



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

La vida en los confines:
valoración del bárbaro en Agatárquides de
Cnido



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADA EN LETRAS CLÁSICAS

P R E S E N T A

PAULA ABRAMO TOSTADO



FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

ASESOR: DR. PEDRO C. TAPIA ZÚÑIGA



MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS

COORDINACIÓN DE
LETRAS CLÁSICAS

ENERO 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi abuela María Teresa,
por su fuerza y su cariño*

Agradecimientos

A mi querido asesor y maestro Pedro C. Tapia Zúñiga, por la paciencia, el tiempo y el cuidado que dedicó a este trabajo.

A mis sinodales: José Molina Ayala, Andreas Ilg, José Tapia Zúñiga y Gerardo Ramírez Vidal, por sus enriquecedoras correcciones y observaciones.

A Francisco Barrenechea, María Alejandra Valdés y Héctor Velázquez, que me enviaron desde el extranjero material bibliográfico fundamental para este trabajo.

A todos los que me ayudaron en el complicado proceso de imprimir esta tesis; en general medio mundo, pero especialmente Javier García, Carolina Olivares y Marisa Velázquez.

A mis padres, por su apoyo, su confianza y su cariño.

A todos mis abuelos, y a Margarita, Marisa, Tere, Héctor, Jazmina, Toumani, Santiago, Carlos y Renata, Churve, Laura, Jéssica, Carolina y Absalom, por todo, todo, todo.

Y a mi guapo, por el paraíso.

*Num sentimento de febre de ser para além doutro oceano
Houve posições dum viver mais límpido
E aparências duma cidade de seres
Não irrealis mas lívidos de impossibilidade, consagrados
/em pureza e em nudez*

COELHO PACHECO

Índice

Introducción.....	9
I. Sobre Agatárquides de Cnido.....	13
I.1. Breve panorama histórico.....	13
I.2. Sobre la vida de Agatárquides.....	22
I.3. Obras.....	29
II. El tratado <i>Sobre el Mar Eritreo</i>	35
II.1. Fuentes.....	35
II.2. Trasmisión	40
II. 3. Pervivencia.....	44
II.4. Género.....	47
II. 5. Temática.....	53
II.6. Argumento de los fragmentos conservados.....	59
III. Valoración de los bárbaros en Agatárquides de Cnido.....	65
III.1. Antecedentes.....	65
III.1.1. El centro: Grecia, los griegos.....	66
III.1.2. La alteridad: los bárbaros.....	67
III.1.3 Los confines	74
III.1.4. Las tierras de confin	78
III.1.4.1. Etiopía	78
III.1.4.2. La India.....	84
III.1.4.3. Arabia	86
III.2. Ecos de las filosofías helenísticas en la valoración de los bárbaros por Agatárquides de Cnido.....	88
III.2.1. Los bárbaros salvajes.....	89
III.2.2. Los pueblos civilizados de los confines.....	115
III.3. Antiimperialismo.....	119
III. 3. 1. Antecedentes: el clima de oposición a Roma entre la intelectualidad griega del siglo II a. C	119
III. 3. 2. El antiimperialismo de Agatárquides.....	123

Conclusiones.....	131
Bibliografía.....	137

Introducción

A mediados del siglo II a. C., no mucho tiempo después de que los romanos saquearan Corinto y arrasaran Cartago, ya viejo y exiliado en Atenas, Agatárquides de Cnido terminó su última obra: un tratado *Sobre el Mar Eritreo* en cinco libros que, a pesar de haber llegado hasta nuestros días de manera fragmentaria, se revela fascinante.

Sobre la vida de este autor es poco lo que se sabe. Nacido en Cnido (Asia Menor), se trasladó a Alejandría en algún momento de su juventud y, de acuerdo con el código 213 de la *Biblioteca* de Focio,¹ sirvió como escriba a Cíneas y a Heráclides Lembo, ambos importantes diplomáticos del gobierno de Tolomeo VI.

Focio atribuye a Agatárquides nueve obras, pero sólo una de ellas ha logrado sobrevivir hasta nuestros días: el tratado *Περὶ τῆς Ἐρυθρῆς θαλάσσης*, que constaba originalmente de cinco libros. Por desgracia, sólo el primero y el último han llegado a nosotros a través de un epítome elaborado por Diodoro Sículo, incluido en el tercer libro de su *Biblioteca Histórica*, y de los *excerpta* que Focio transmite en el código 250 de su *Biblioteca*. Sin embargo, es evidente que este tratado constituyó una importante fuente de información para obras posteriores, entre las cuales pueden mencionarse la *Geografía* de Estrabón y la *Historia Natural* de Plinio el Viejo, quienes la conocieron a través de Artemidoro de Éfeso.

¹Escritor y maestro de filosofía, teología y quizá gramática, aunque mejor conocido por su actividad eclesiástica, Focio era de familia noble. Ejerció varios cargos oficiales y fue patriarca de Bizancio desde aproximadamente el año 858, bajo el reinado de Miguel III y tras la deposición de Ignacio. Nueve años después fue depuesto y desterrado por Basilio I, pero a su regreso fue preceptor en el palacio hasta 877. Volvió a ocupar la silla patriarcal, para ser depuesto de nuevo bajo el reinado de León VI, alrededor del año 886. El resto de su vida se conoce mal. La fecha de su nacimiento es incierta (820-827), al igual que la de su muerte (891-897). *Cfr.* Sánchez León, p. 187.

No deja de sorprender el hecho de que la obra de Agatárquides haya sido objeto de tan pocas traducciones y ediciones a lo largo de la historia. Su viva descripción de los pueblos africanos del Sur es colorida y amena. Su estilo, por otra parte, mereció amplios halagos de Focio.

Nunca ha habido acuerdo sobre el género al que debe adscribirse el tratado *Sobre el Mar Eritreo*. Sin embargo, a lo largo de sus fragmentos salta a la vista la constante proyección de valores griegos sobre los bárbaros de Etiopía y Arabia, que se describen en el libro V y, en contraparte, la crítica contra los imperialismos de la época, unas veces velada y, otras, directa.

La filiación filosófica de Agatárquides ha sido poco estudiada; no obstante, resulta evidente que el escritor cnidio proyecta sobre los pueblos que describe toda una serie de valores propios de las corrientes filosóficas helenísticas que estaban en boga en su tiempo, principalmente el cinismo, el epicureísmo y el estoicismo. El bosquejo de los valores filosóficos va de la mano con la discusión sobre la postura política del escritor, que había asumido una actitud contraria a las políticas tolemaicas y, en general, opuesta al imperialismo en un siglo que, históricamente, se caracteriza por la capitulación de las grandes monarquías helenísticas ante el creciente poderío romano.

Esta investigación no pretende ni abarcar todos los temas que se presentan en los fragmentos ni analizar exhaustivamente los que se tratan en esta tesis, conformada por tres capítulos: el primero trata de Agatárquides de Cnido; el segundo, de su obra *Sobre el mar Eritreo*, y el tercero, de la valoración del bárbaro en el libro V del tratado de Agatárquides. Sobra decir que se trata de un primer acercamiento a Agatárquides, y que casi me limito a reflexionar sobre los pasajes etnográficos, que reflejan los miedos, frustraciones y utopías de un intelectual helenístico ante un mundo complejo e inseguro incluso para aquellos que gozaban de los más altos privilegios en los imperios más poderosos.

He utilizado el texto griego que Karl Müller incluye en su compilación de *Geographi Graeci Minores* (1855), y mis citas remiten a los párrafos de esta obra, cuya numeración suelen utilizar quienes se dedican al estudio de Agatárquides. He centrado mi atención especialmente en los párrafos que van del 23 al 64, del 95 al 103 y, finalmente, el 110, que cierra el tratado y arroja bastante luz sobre la figura de Agatárquides. Mientras no se indique otra cosa, todas las traducciones fueron elaboradas directamente del griego.

I. Sobre Agatárquides de Cnido

I. 1 Breve panorama histórico

En términos temporales, la época helenística suele definirse (con todas las arbitrariedades que este tipo de definiciones implica) como aquel período que se extiende desde la muerte de Alejandro Magno (332 a. C.) hasta la capitulación de Egipto, el último de los grandes reinos helenísticos, ante Roma, en la batalla de Accio (31 a. C.). La primera etapa de este período estuvo marcada por las pugnas entre los diádocos, los generales que habían quedado como sucesores de Alejandro. Puede establecerse el año 280 como el final de esta primera etapa del helenismo. Para entonces había muerto Seleuco, el último de los antiguos generales de Alejandro Magno. Desde ese momento, el imperio fundado por Alejandro quedó dividido en tres reinos: Egipto, en manos de los Tolomeos; Siria, Asia Menor y algunas otras satrapías, en manos de los Seléucidas, y Macedonia, que estuvo un tiempo en manos de Tolomeo Cerauno y luego pasó a las de Antígono y sus descendientes, los Antígónidas.²

Para principios del siglo III a. C., el mundo heleno ya reunía las características esenciales de lo que sería durante el resto del helenismo. Las πόλεις griegas, como pequeñas comunidades autónomas, perdieron importancia sobre todo en el terreno político, aunque no en el económico ni en el intelectual. Ello se debió a la creciente desproporción entre las fuerzas con que podía contar la ciudad y las que podían poner en juego los grandes reinos. Como las ciudades necesitaban tomar parte en los tráficós comerciales, que sólo eran posibles bajo la protección de una gran potencia, se organizaron en ligas que podían garantizar la seguridad e imponer respeto a los reyes. Así, el helenismo es la época de las

² Cfr. Grimal, p. 55.

grandes ligas griegas. La primera que aparece en escena, a fines del siglo IV y principios del III a. C., es la Liga Etolia. A su lado existieron otras ligas menores, cuya supervivencia fue breve, y cuyas hazañas no fueron muy significativas. Frente a ella se erigió la Liga Aquea que, hacia el año 221, tras contribuir a la preponderancia de Macedonia en el Egeo, se unió a la Liga Helénica, conformada por ese reino. La Liga Helénica agrupaba a todas las demás ligas entonces existentes, con excepción de la etolia, y habría de jugar un importante papel en las guerras macedónicas contra Roma en la primera mitad del siglo II a. C.³

Paradójicamente, aunque el helenismo es una época en que la ciudad decae en términos políticos, es también uno de los grandes períodos del urbanismo griego:⁴ si bien muchas antiguas ciudades gloriosas decayeron en estos tiempos, otras nuevas fueron fundadas por los monarcas helenísticos, que así extendieron su cultura a otros territorios.⁵ En general, puede decirse que, en las antiguas ciudades, la depauperización afectó sobre todo a los pequeños productores, al tiempo que las clases acomodadas incluso mejoraron su posición; los recursos de los comerciantes aumentaron. El volumen de la moneda en circulación creció y, entre la clase dominante, que era la griega, se estableció una época marcada por el lujo y el arte.

El mundo helenístico era un mundo griego, acomodado todo él en torno a la cultura griega, por más que hubiera sido Macedonia la gran beneficiada en el reparto del mundo. La opinión de las ciudades helenas siempre fue muy importante para los monarcas. En la cuenca del Egeo se formaban las grandes alianzas, se consagraban las reputaciones y se enrolaban los legionarios. Fueron las ciudades griegas y su cultura quienes dieron unidad al mundo helenístico.⁶

Así, la cultura griega se exportó a todo el mundo. Hubo incluso cierta competencia entre los distintos reinos helenísticos; pues todos querían captar la energía espiritual que

³ *Cfr. idem*, pp. 143-147, 151-152.

⁴ *Cfr. idem*, p. 161.

⁵ *Cfr. idem*, p. 57.

⁶ *Cfr. idem*, p. 21.

emanaba de Grecia: los arquitectos, escultores, poetas, filósofos y legisladores eran griegos que, al dispersarse por los territorios antes conquistados por Alejandro, llevaron su cultura a todas partes. Sin embargo, es importante señalar que esta cultura griega provenía de toda la Hélade y no sólo de Atenas, que en ésta época se había convertido, más que nada, en una ciudad universitaria, un centro cultural del helenismo a cuyas escuelas filosóficas acudían nobles y poderosos procedentes de todo el mundo helenístico.⁷

El griego funcionaba como lengua oficial, y por todo el territorio helenístico se hablaba el griego común o *koiné*, un derivado del ático que los macedonios habían llevado a las provincias y que se había mezclado con elementos ajenos.⁸

El termino "helenístico" designa también, en el ámbito cultural, un momento de recapitulación, de clasificación y ordenamiento del saber. En esta época surgió la crítica, la filología y la idea del gramático como el sabio consagrado a la lectura y a la edición crítica de textos. El lector adquirió cierta superioridad sobre el observador.⁹ Siguiendo una tendencia que había comenzado con Aristóteles, las ciencias se diversificaron y se especializaron en las cortes y en las grandes bibliotecas helenísticas de Pérgamo y Alejandría.

Los ciudadanos griegos adquirieron la conciencia de que sus ciudades no eran un absoluto, sino que estaban supeditadas a incidencias exteriores y superiores a ellas. Dado que, por así decirlo, el mundo resultaba más grande de lo que los ciudadanos griegos hasta entonces habían pensado, surgió un sentimiento de individualismo. El hombre debía bastarse a sí mismo en cualquier circunstancia o lugar, para estar menos sujeto, en lo posible, a los avatares de la *tyche*. Este individualismo va estrechamente ligado con un sentimiento de universalidad. El hombre se consideraba ciudadano del mundo. Y los valores morales o estéticos, extendidos a territorios que antes no se hubieran soñado siquiera, ya no se consideraban patrimonio de una u otra ciudad, sino de todo el mundo. El individuo era la

⁷ Cfr. *idem* pp.7-8.

⁸ Cfr. Tapia Zúñiga *Lecturas Áticas I.*, p. 22. Cfr. también Hofman, *Historia de la lengua griega.*

⁹ Cfr. Hartog, pp. 143-146.

medida de todas las cosas, y los valores morales ya no se dirigían a la salvaguardia de la polis, sino a la libertad, a la conservación y a la felicidad de la persona.¹⁰

Sin duda, la monarquía helenística que duró más tiempo fue la de los Lágidas, en Egipto. Durante los reinados de Tolomeo I, hijo de Lago, Tolomeo II Filadelfo (283-246) y Tolomeo III Evergetes (245-222), Egipto floreció, gozó de gran poderío naval sobre el Egeo y el Mar Rojo, y se expandió hacia el sur de África y algunas islas del Mediterráneo,¹¹ sin mencionar que Alejandría, su capital, se convirtió en el mayor y más importante centro cultural helenístico. Su decadencia no comenzó sino hasta mediados del siglo II a. C. Desde entonces, debilitado por las pugnas internas, revueltas indígenas y luchas dinásticas, Egipto comenzó a tambalearse.

El Egipto tolemaico estaba basado en una economía agrícola. El rey era dueño absoluto de la tierra, y ésta era inalienable. La producción agrícola estaba reglamentada con todo detalle. Los cultivos más importantes eran monopolios reales, que se explotaban por medio de granjas en que los productores llevaban una vida miserable. Como la tentación de crear un mercado negro era fuerte, los monarcas ejercían duros controles y aplicaban penas severas contra quienes eludían el sistema. En Egipto no fueron raras las revueltas indígenas, en las cuales la oposición contra un régimen asfixiante, que excluía a sectores importantes de la población, era más fuerte que el ingrediente nacionalista.¹²

La capital de Egipto, Alejandría, no era una ciudad egipcia, sino una ciudad imperial griega, habitada por una población cosmopolita que no tenía que ver con el pueblo que la sustentaba.¹³ Esta ciudad se vio enriquecida desde el principio por las obras de Tolomeo I Soter, cuya política se empeñó en transformarla en un importante puerto; además, las

¹⁰ Cfr. Grimal, pp. 11-12.

¹¹ Cfr. Blázquez, pp. 832-833.

¹² Cfr. Grimal, P. *op. cit.*, pp. 159-160.

¹³ Cfr. *idem*, p. 162.

actividades económicas del reino egipcio le permitieron a ese monarca construir el Museo, que se convirtió en uno de los pilares del helenismo.¹⁴

Casi todos los monarcas helenísticos fundaban ciudades; los seléucidas, por ejemplo, cuyo reino estaba firmemente asentado en el comercio, establecieron múltiples ciudades a lo largo de su territorio. Sin embargo, Egipto estaba basado en una economía y una sociedad rural, de manera que la dinastía Lágida fundó pocas ciudades en su territorio. Por lo mismo, Alejandría se convirtió en un centro urbano marcado por la presencia permanente de los monarcas. En ella se encontraban las residencias reales, y esto explica que haya florecido allí especialmente la poesía cortesana. Alejandría concentraba la vida urbana, intelectual y cosmopolita de todo el reino, pero la presencia de los monarcas creaba una atmósfera un tanto asfixiante entre la intelectualidad alejandrina, hecho que determinó el florecimiento de ciertos saberes en detrimento de otros. Así, por ejemplo, además de la poesía cortesana, florecieron en Alejandría la filología, la geografía y la medicina, pero no puede decirse lo mismo de la elocuencia, la filosofía o la historiografía. La existencia misma del Museo (y su biblioteca) garantizaba cierto control de los soberanos sobre la intelectualidad, si bien permitió el desarrollo de talentos originales; por lo demás, fue un centro de estudio vuelto hacia el pasado, donde nacieron la crítica textual, la gramática, la dialectología, la biografía histórica y literaria, y la mitografía.¹⁵

Agatárquides vivió en Alejandría en una época especialmente difícil debido a las luchas dinásticas en que Roma, frecuentemente, fungía como árbitro; es casi seguro afirmar que estuvo en Alejandría durante la Sexta Guerra Siria,¹⁶ el último intento de los monarcas Lágidas por apoderarse de la Celesiria, antes de hundirse en las luchas dinásticas que minaron para siempre su poderío.

¹⁴ *Cfr. idem.*, p. 120.

¹⁵ *Cfr. idem.*, pp. 155, 168-170.

¹⁶ *Cfr. Burstein*, p. 14.

La Celesiria era un territorio que poseía importantes ciudades comerciales fenicias que fungían como puertos de tránsito entre el lejano Oriente y Occidente. Allí llegaban las rutas de las caravanas que conducían al Mediterráneo mercancías tan lujosas como la seda china, y la región siempre gozó de una economía floreciente, un comercio rico y una intensa vida religiosa. Tras la batalla de Ipsos (303 a. C.), la Celesiria había estado a punto de pertenecer a Tolomeo I, pero finalmente quedó en manos de los Seléucidas, porque el hijo de Lago, por un malentendido, retiró sus tropas de dicha batalla a última hora. En adelante, los Tolomeos nunca cejaron en su empeño por recuperar este territorio. Las guerras que entablaron contra los Seléucidas mermaron mucho las fuerzas de éstos, pero nunca alcanzaron la victoria definitiva.¹⁷

Durante la Sexta Guerra Siria, reinaba en Egipto Tolomeo VI Filometor junto con su esposa y hermana Cleopatra II. Ambos compartían el poder, en una especie de triunvirato, con su hermano menor, Tolomeo el Joven. Estos tres personajes intentaron invadir la Celesiria, que entonces estaba en poder de Antíoco IV, pero éste, en respuesta, cercó Alejandría y conquistó Chipre. Egipto se vio forzado a pedir ayuda a Roma para que el monarca Seléucida se retirara de ambas posiciones.¹⁸ La paz se firmó en 169; en las negociaciones intervinieron personajes muy cercanos a Agatárquides.

Tras estos sucesos, la corte lágida se vio muy afectada por las luchas intestinas. El triunvirato estaba destinado al fracaso. Tolomeo el Joven comenzó a intrigar contra Tolomeo VI, que nuevamente pidió auxilio a Roma. Ésta dividió el reino en dos partes, concediendo a Tolomeo VI Egipto y Chipre, y dejando la Cirenaica en manos de Tolomeo el Joven. Sin embargo, este último no quedó conforme con la repartición, y exigió que se le entregara Chipre. Roma accedió, con tal que la entrega fuera pacífica; sin embargo, Tolomeo VI no quiso ceder esa parte de su territorio e hirió a su hermano, que redactó un testamento en que prometía legar a Roma el mando de la Cirenaica en caso de morir sin herederos. Y,

¹⁷ *Cfr.* Grimal, pp. 220-229.

¹⁸ *Cfr.* Blázquez, p. 868.

como no murió, los romanos se inclinaron por él, permitiéndole que atacara a Tolomeo VI para adueñarse de Chipre. Sin embargo, la empresa de Tolomeo el Joven fracasó, y éste volvió a Cirene, donde llevó una vida rodeada de lujos, que le valió el epíteto de Fiscon.¹⁹ Su historia, empero, no habría de terminar allí.

En el año 145, murió Tolomeo VI, y quedaron al mando del reino Cleopatra II y el hijo de ambos, Tolomeo VII Neos Filopátor. Entonces un movimiento popular exigió la vuelta de Fiscon al trono de Egipto. Fiscon no se hizo esperar. Invadió Chipre, llegó a Alejandría, donde se casó con Cleopatra II y, el mismo día de la boda, asesinó a Tolomeo VII. Luego se casó con una hija de Cleopatra II y Tolomeo VI, y ascendió al trono con el nombre de Tolomeo VIII Evergetes II Fiscon, junto con su nueva esposa, Cleopatra III. Ese año fue fatídico para los intelectuales alejandrinos, pues Fiscon los expulsó del reino.²⁰

Sin embargo, las luchas dinásticas no cesaron: en 132-131 estallaron revueltas populares, posiblemente agitadas por Cleopatra II, que expulsaron de Alejandría a Fiscon y Cleopatra III. Éstos huyeron a Chipre, y Cleopatra II asumió el poder apoyada por la población. Cleopatra II propuso como rey a un hijo que había tenido con Fiscon, pero este último hizo matar al niño y lo envió descuartizado a su madre. Luego, el monarca desplazado retomó Alejandría y castigó con mucha dureza a los partidarios de Cleopatra II, que logró huir a Siria con el tesoro real. Fiscon se mantuvo en el poder hasta 116. Las luchas dinásticas no cesaron en Egipto sino hasta que la monarquía Lágida llegó a su fin.²¹

Sin entrar en los complejos detalles que representa este período a nivel del Mediterráneo, vale señalar que, pese a todo su poderío, los reinos helenísticos nunca formaron un frente común contra Roma, cuya fuerza aumentaba vertiginosamente. Así, Macedonia parece haber sido el reino que más firmemente se opuso a los romanos: primero, bajo el mando de Filipo V, que fue derrotado por Tito Quinto Flaminio en la batalla de

¹⁹ *Cfr. ibidem.*

²⁰ *Cfr. idem, p. 169.*

²¹ *Cfr. idem, pp. 868-870.*

Cinocéfalos (197 a. C.);²² luego, bajo el reinado de su hijo Perseo, que finalmente cedió ante Roma en el año de 168 a. C., en la fatídica batalla de Pidna.²³ A partir de entonces, Roma dividió el reino macedónico en cuatro repúblicas, pero ni aun así cesó la oposición de los macedonios. En 150, un tal Filipo (su nombre real era Andrisco), presentándose como sucesor de Perseo, intentó reunificar el reino y logró vencer a los romanos, pero finalmente fue derrotado en 148.²⁴ Es significativo que, dos años más tarde, Roma arrasara con Corinto y con Cartago.

Por su parte, entre fines del siglo III y principios del II a. C., el reino Seléucida había perdido ya sus territorios más orientales (entre ellos la India). Para el año 188 a. C., Antíoco III perdió un enfrentamiento contra Roma; dicho enfrentamiento culminó con la paz de Apamea. Desde entonces, el reino Seléucida entró en decadencia.²⁵ Sus territorios estaban muy disminuidos, sobre todo por la creación, a partir de la derrota de Apamea, del reino Atálida, franca y continuamente apoyado por Roma, con Pérgamo como capital. En el año 64 a. C., cuando finalmente llegó a su fin la monarquía Seléucida,²⁶ su extensión ya era sólo un pálido destello de lo que había sido. En cuanto al reino de los Atálidas, cabe recordar que se mantuvo apenas durante poco más de medio siglo. En 133 a. C., Atalo III murió dejando un testamento en el que legaba su reino a Roma.²⁷

Grecia, mientras tanto, fue poco a poco incorporada a Roma. No hay una fecha exacta que indique su caída, pero sí puede señalarse que para mediados del siglo II a. C., las *poleis* griegas ya no tenían control sobre sus asuntos internos, que estaban controlados por oligarcas locales en conjunción con los oficiales romanos.²⁸

²² Cfr. *idem*, p. 854.

²³ Cfr. *idem*, p. 867.

²⁴ Cfr. Lacy, p. 208-209.

²⁵ Cfr. Mosterín, p. 24.

²⁶ Cfr. Grimal, p. 55.

²⁷ Cfr. Lacy, p. 170.

²⁸ Cfr. *idem*, p. 208.

Finalmente, una breve observación sobre la historia de Rodas, caso ejemplar de la inseguridad política a que estaban sujetas las ciudades griegas durante la época helenística: el caso de esta isla viene a cuento porque Agatárquides era originario de Cnido, y esta breve península de Asia Menor estuvo sujeta a la suerte de Rodas durante la época helenística.

Rodas había gozado de una posición privilegiada desde los primeros años de la expansión romana en Oriente, gracias a su comercio marítimo y a su influencia sobre las ciudades limítrofes; a fines del siglo III a. C., aceptó la ayuda de los romanos ante la amenaza que representaba Filipo V de Macedonia. Entre la paz de Apamea y la batalla de Pidna (188-168 a. C.), Rodas experimentó un florecimiento que comenzó a incomodar a los romanos; éstos intervinieron en la isla, fomentaron discordias internas y, en el mismo año de la batalla de Pidna, emprendieron una expedición punitiva utilizando como pretexto la conducta poco clara de la isla frente a la sublevación de Perseo a quien, en honor a la verdad, los rodios no habían apoyado.²⁹ Así, con la derrota de Perseo, Rodas perdió el control de múltiples territorios. Poco más tarde, la apertura del puerto libre de Delos debilitó su poder marítimo en el Egeo.³⁰

En estos tiempos complejos, de los que sólo se han expuesto aquí unos cuantos pasajes, vivió Agatárquides. Durante su existencia, presenció el hundimiento del mundo helenístico y el fortalecimiento de la nueva potencia que, con el paso del tiempo, habría de dar continuidad al helenismo.

²⁹ *Cfr.* Gozzoli, p. 55.

³⁰ *Cfr.* Lacy, p. 109.

I. 2 Sobre la vida de Agatárquides

Sobre la vida de Agatárquides es poco lo que se sabe. Es seguro que nació en Cnido, en algún momento de la primera o segunda década del siglo II a. C., de acuerdo con algunos estudiosos,³¹ o bien, según otros, antes del 200 a. C.³² Probablemente, en su juventud llegó a presenciar aquella fugaz época de esplendor y poderío de Rodas, que pronto habría de caer vertiginosamente arrastrando a Cnido junto con ella.

Además de su origen, sólo pueden tenerse como seguros otros dos datos que él mismo nos refiere: que el tratado *Περὶ τῆς ἐρυθρῆς θαλάσσης* fue su última obra, y que la escribió siendo viejo.³³ El año 100 a. C., cuando Artemíodoro de Éfeso empleó el tratado de Agatárquides como fuente, funciona como *terminus ante quem* para su datación.³⁴

El único recuento biográfico del autor es el que incluye Focio en el código 213 de su *Biblioteca*. Es imposible saber a ciencia cierta de dónde extrajo el patriarca de Constantinopla esta información; quizá tuvo a la mano algún βίος anónimo.³⁵ Como los datos de esta breve biografía permiten cierta reconstrucción especulativa de la vida del autor, vale la pena citarlos aquí:

Se leyó una obra histórica de Agatárquides. Algunos lo llaman Agatarco. Su patria era Cnido; su técnica lo muestra como un gramático. Heráclides Lembo, a cuyo servicio estuvo, nos hace saber que era también escriba y lector. Además, fue criado de Cíneas. Sabemos que Agatárquides escribió *Sobre los asuntos de Asia* en 10 libros, y que su historia *Sobre los asuntos de Europa* ocupaba 49

³¹ Müller, basándose en los datos de la vida de Heráclides Lembo y Cíneas, supone que Agatárquides nació entre los años 190 y 180 a. C. (*Natum igitur Agatharchidem ponamus inter annos 190 et 180 a. C.*) (Müller, p. LIV). Ver también Burstein, p. 17.

³² Cfr. Burstein, p. 17.

³³ τῆν ἐξήγησιν ἄρδην ἀπολελοίπαμεν (...) οὔτε τὸν πόνον τῆς ἡλικίας ὁμοίως ὑποφέρειν δυναμένης... Cfr. Agatharch. §110.

³⁴ Cfr. Burstein, p. 13.

³⁵ Al decir de Mazzuchi, "es evidente que el futuro patriarca disponía de algún material, probablemente de un βίος antepuesto al texto, donde quizá se encontraban ya algunos elementos de valoración (sc. estilística)". Cfr. Mazzuchi, p. 263.

libros. Pero hay también 5 libros suyos que describen el Mar Eritreo y las regiones aledañas.

Él mismo hace memoria de todos los escritos arriba mencionados al final del libro V, donde dejó de escribir, entre otras razones, porque ya lo oprimía la vejez. Sin embargo, hay quienes dicen que escribió también otros tratados, de los que yo jamás he conocido ninguno. Dicen que elaboró un *epítome* en un solo libro acerca de lo que escribió en el tratado *Sobre el Mar Eritreo*, y 5 libros *Sobre los Trogloditas*, además de un *epítome* de la *Lide* de Antímaco,³⁶ y otro *Sobre lo escrito acerca de los vientos asombrosos*, así como una selección de las historias y un tratado *Sobre la reunión de los amigos*.³⁷

Así pues, Agatárquides fue escriba y lector de Heráclides Lembo, y “criado” de Cíneas. Estos dos hombres eran importantes personajes de la elite política en la Alejandría del s. II. a. C. El primero, según el testimonio de la Suda, vivió en tiempos de Tolomeo VI Filométor y gozó de cierta autoridad en el palacio. Como diplomático, participó en la negociación del tratado que terminó con la invasión de Antíoco IV a Egipto durante el año 169 a. C.³⁸ Además de su importancia política, Lembo pertenecía a la escuela peripatética, y llegó a escribir numerosos trabajos, entre los cuales se encontraba una obra histórica compuesta por nada menos que 37 libros. De sus trabajos menores sólo sobrevive una serie de pequeños extractos de los estudios aristotélicos sobre las constituciones de las distintas ciudades griegas.³⁹

³⁶ Antímaco de Colofón, poeta que floreció hacia 404 a. C., es el autor de esta *Lide*, supuestamente resumida por Agatárquides. Se trataba de un largo poema elegíaco que narraba historias de amor desdichadas. Por inspirarse en la poesía catalógica al estilo de Hesíodo y conformar una unidad mediante diversas historias, se considera a Antímaco precursor de la poesía helenística. *Cfr.* Lesky, pp 667-668.

³⁷ *Ἀνεγνωσθη Ἀγαθαρχίδου ἱστορικῶν ἔνιοι δὲ αὐτῶν Ἀγαθαρχῶν ὀνομαζέσονται. Τούτῳ πατρίδῃ μὲν ἡ Κνίδος ἦν, ἡ δὲ τέχνη γραμματικῶν ἐπεδεύκνυτο· ὑπογραφεὰ δὲ καὶ ἀναγνωσθῆν ὁ τοῦ Λέμβου Ἡρακλείδης δι' ὧν αὐτῷ ἐξῆλθε, παρέσχε γνωρίζεσθαι. Ἦν δὲ καὶ θρεπτός Κινναίου, Γράμμα δὲ τῶν ἀνδρῶν τούτων τὰ κατὰ τὴν Ἀσίαν ἐγνωμεν ἐν βιβλίῳις· καὶ τῶν κατὰ τὴν Ἑυρώπῃν δὲ εἰς θ' καὶ μ' παρατείνεται αὐτῷ ἡ ἱστορία· ἀλλὰ καὶ ε' βιβλία τὴν Ἐρυθρὰν αὐτῷ πᾶσαν καὶ τὰ περὶ ταύτης ἐξιστοροῦσι.*

Τὴν οὖν εἰρημένῃν ὅπασαν συγγραφὴν καὶ αὐτὸς ἐπὶ τέλει τοῦ ε' λόγου εἰς μαθήμην ἀνάγει, ἐν ᾧ καὶ πεπαισθῆναι τοῦ γράφειν διὰ τινός τε αἰτίας ἄλλας, καὶ ὅτι τὰ τῆς ἡλικίας ἀποκλίνουσι πρὸς τὸ ἐξῆρον. Πλὴν γε εἰσὶν οἱ φασιν αὐτῶν καὶ ἕτερος συγγραφεῖναι πραγματείαις ὧν ἡμεῖς οὐδένα οὐδέπω ἴσμεν. Ἐπιτομὴν δὲ αὐτῶν φασι τῶν περὶ τῆς ἐρυθρᾶς θαλάσσης ἀναγεγραμμένων ἐν ἐνὶ συντάξει βιβλίῳ, καὶ μὴν καὶ περὶ Τρωαδοδυτῶν βιβλία ε', ἀλλὰ καὶ ἐπιτομὴν τῆς Ἀντιμάχου Ἀλύδης, καὶ πάλιν ἄλλων ἐπιτομῶν τῶν συγγραφέων περὶ συναγωγῆς θαυμασιῶν ἀνέμων, ἐκλογᾶς τε ἱστοριῶν αὐτῶν συντάξαι, καὶ περὶ τῆς πρὸς φίλους ὁμιλίας. *Cfr.* Phot., *Bibl.*, cod. 213.

³⁸ Müller, nos dice lo siguiente: *ex his Heraclidem Lembum sub Ptolemaeo VI Philometore vixisse et auctoritate apud regem polluisse Suidae testimonio (v. Ἡρακλείδης) constat. (...) scilicet verba Suidae Ἡρακλείδης... γεγονώς ἐπὶ Πτολεμαίου τοῦ ἕκτου· ὃς τὰς πρὸς Ἀντιοχὸν ἔθετο συνθήκας ita intelligo ut ipse Heraclides de pace componenda legatus ad Antiochum missus sit. Cfr.* Müller, p. LIV. Ver también: Gozzoli, p. 59 y Burstein, p. 14.

³⁹ *Cfr.* Burstein, p.15.

Por su parte, Cíneas fue consejero y co-regente de Tolomeo VI a principios de la década de 160.⁴⁰ Heráclides y Cíneas colaboraron durante la crisis de la VI Guerra Siria, y es probable que en ese momento Agatárquides pasara del servicio del segundo al del primero.⁴¹

Existen discrepancias cuando se trata de interpretar el término *θρεπτός*, que Focio emplea para describir la relación de Agatárquides con Cíneas.⁴² De acuerdo con Stanley Burstein, “es difícil determinar las connotaciones precisas del término *θρεπτός*, pero algo común a los significados atestiguados es que la persona así designada mantenía una relación cuasi filial con su patrono, o bien que la relación era la de un hijo putativo, un niño adoptado, o un esclavo criado en la casa de su amo”,⁴³ de modo que no es de excluir la posibilidad de que Agatárquides procediera de un extracto servil, o cuando menos, humilde.

No se sabe por qué salió Agatárquides de su patria. Gozzoli⁴⁴ señala que la colosal injerencia de Rodas en Cnido debió causar descontento entre la población de la península, pero también es probable que simplemente se viera atraído por el gran centro político y cultural que era la Alejandría de esos momentos. Seguramente para 168 ya se encontraba allí, al servicio de Lembo,⁴⁵ de quien heredó ciertos aspectos del pensamiento peripatético.⁴⁶

El contacto cercano de Agatárquides con Cíneas y Heráclides debió permitirle un seguimiento cercano de los acontecimientos políticos de su tiempo⁴⁷ y, además, claro está, un acceso casi inigualable a las fuentes documentales guardadas en los archivos reales que, posteriormente, utilizó para escribir el tratado que aquí me ocupa.

⁴⁰ Cfr. *Idem*, p. 14.; También Pib., XXVIII, 19, 1.

⁴¹ Cfr. Burstein, p. 14.

⁴² Cfr. Sánchez León, p. 184.

⁴³ Burstein, p. 14.

⁴⁴ Cfr. Gozzoli, p. 54, nota 2.

⁴⁵ *Idem*, p. 59.

⁴⁶ La influencia de Heráclides sobre Agatárquides y la filiación peripatética de este último (que se discutirán más adelante) son puestas en relieve por Müller: “*Exemplum patroni secutus et coepta eius, ut videtur, continuans amplissima scripsit opera historica; neque a philosophia alienum fuisse tum e libro Περὶ τῆς πρὸς φίλους ὁμιλίας colligitur, tum Strabo (...) testatur, cui Agatharchides est ὁ ἐκ τῶν περιπάτων ἀνήρ συγγραφεύς*”. “Siguiendo (sc. Agatárquides) el ejemplo de su patrón (sc. Heráclides Lembo) y, al parecer, dando continuidad a sus proyectos, escribió una amplísima obra histórica, y no se mantuvo ajeno a la filosofía, a la que relacionó también con la obra *Sobre la reunión de los amigos*, como afirma Estrabón, que considera a Agatárquides como un escritor del Peripato” Cfr. Müller., p. LIV).

⁴⁷ Cfr. Gozzoli, p. 59, nota 22.

Ciertos eruditos han intentado hacer de Agatárquides mismo un importante personaje de la corte Alejandrina basándose en la parénesis que se incluye en el libro I de *Sobre el Mar Eritreo*, esto es, en los fragmentos 11-18 de la obra, donde un viejo consejero real se dirige a un joven Lágida no identificado en el texto.⁴⁸ Müller ve en el anciano al propio Agatárquides, pues “a la elegancia de la lengua y la variada doctrina de este varón se añadía la entereza de costumbres y la recomendación de su poderoso patrono. En nada sorprende, pues, que se relacionara con él hasta el punto de ser elegido como maestro del pequeño rey y que lo asistiera en el gobierno como consejero y tutor. (...) Sin duda, entre los *excerpta* 11-18 se leen muchos consejos dirigidos al joven rey”.⁴⁹ Para argumentar su suposición, Müller afirma que Agatárquides, que era gramático, filósofo peripatético e historiador, y que además había sido formado por un ministro real, bien pudo haber adquirido dignidades de las más altas (específicamente, el título de tutor real), en un tiempo en que podían acceder a ellas individuos de la más baja condición, como Euleo, Leneo, Agatocles, Sosibio y otros.⁵⁰ Sin embargo, los argumentos de Müller no resultan convincentes. La identificación de Agatárquides con el viejo consejero es discutida y rechazada por Gozzoli. Según ella, “la identificación más probable de los personajes del diálogo es la que ve en el tutor a Aristómenes y, en el rey, al joven Tolomeo Epífanos, que

⁴⁸ Vale la pena citar aquí el § 17, que sirve como muestra del tono y del estilo de los consejos del tutor al príncipe: Ἐγὼ δ' ἂν τῆς ἡμέρας ἢ τύχη με κατέστησεν ἐπίτροπον τοῦ σώματος τοῦ σοῦ, νέου παντελῶς ἄντος, καὶ τῆς ὅλης βασιλείας, ὅτι ἐκείνης εὐθύς μέγαν ἑμαυτῷ πόσον ἐπέβαλον. Τίνα τοῦτον; τοῖς πρὸς τῆσδε ἡμετέρας εὐνοουμένους καὶ δυσχεραίνουσιν, σοῦ πρώτου αὐτοῦ περιαιρούμενος οὐ τὴν ἐξουσίαν, ἀλλὰ τὴν ἄνοιαν, ἵνα τῶν τοσούτων ἀγαθῶν φρονῶν ἀπολαύσῃς, μὴ διαμαρτάνω. Τοῦτο γὰρ ἐξήτησεν πατὴρ ἔχων εὐνοίας χρόνου στοχαζομένην, οὐ κόλακος εἰρωνείαν καὶ ῥῶ προσομιλοῦσαν. “Desde el día en que la fortuna me puso como tutor de tu persona y de todo el reino, cuando eras muy joven, desde entonces me impuse un gran trabajo. ¿Cuál? El de enfrentar a los que te frecuentan para placer e irritarme contra ellos, no quitándote yo la riqueza, sino la ignorancia, para que gozaras prudentemente de tantos bienes sin equivocarte. Esto intentaba con la benevolencia paterna que pone la mira en el porvenir, y no con la simulación de un adulator, esa que se regodea en el oportunismo”.

⁴⁹ *Ad linguae elegantiam et variam viri doctrinam accedebat morum probitas et potentis patroni commendatio. Nihil mirum igitur contingisse ei, ut regii pueri magister eligeretur, eique regnum adepto consiliarius et tutor adsisteret (...). Nimirum complures in Excerptis (11-18) leguntur παρὰ νεύσεως ad regem iuvenem... Cfr. Müller, p. LV.*

⁵⁰ Textual: *ego non perspicio cur Agatharchides grammaticus, philosophus peripateticus, historicus, a regio ministro enutritus, aliis ministri usu formatus ab eoque commendatus, a summis dignitatibus arcendus fuerit, quas eunuchos et abjectissime conditionis homines, Eulaeos, Lenaeos, Agathocles, Sosibios, alios, obtinuisse constat. Cfr. Müller, p. LV.*

tuvo el poder del 201 al 196 a. C".⁵¹ Ya en tiempos de Müller esta posibilidad había sido señalada por Niebuhr, que consideraba que la parénesis nada tenía que ver con Agatárquides, sino que había sido dirigida a Tolomeo Epifanes por algún otro personaje que sería su tutor.⁵² Si se tiene en cuenta la fuerte posibilidad de que *Sobre el Mar Eritreo* fuera un tratado de carácter histórico, no tiene nada de sorprendente el hecho de que incluyera, entremezclados con la narración de los hechos, discursos de esta especie. La parénesis del libro primero no parece tener validez de fuente para la vida del historiador de Cnido.

Agatárquides debió permanecer en Alejandría hasta que, teniendo una edad avanzada, se vio obligado a salir de allí διὰ τὰς κατ' Αἴγυπτου ἀποστάσεις⁵³ que, además, le impidieron continuar con su investigación sobre el Mar Rojo⁵⁴ al privarlo del acceso a las fuentes documentales en que se basaba. Como en el resto de la información biográfica del autor, aquí también falta claridad. ¿A qué disturbios se refiere Agatárquides? Hay dos posibilidades. O se trata de los sucesos del año 145, cuando Tolomeo VIII expulsó de Alejandría a los intelectuales que habían apoyado la causa de su hermana Cleopatra II, viuda de Tolomeo VI, y de su joven hijo Tolomeo VII (145-144 a. C.); o bien, se trata de los acontecimientos verificados más tarde, en 132, cuando Tolomeo VIII volvió a Egipto y aplicó terribles represalias contra los habitantes de la ciudad. Varios estudiosos, basados en la referencia que hace Agatárquides a lo avanzado de su edad al momento de interrumpir su obra, han identificado los "disturbios" con los conflictos del 132.⁵⁵ Sin embargo, hay que recordar que, dada nuestra falta de información en torno a la fecha del nacimiento del autor,

⁵¹ Gozzoli, pp. 69-70. Se trata, para mayor precisión, de Aristómenes de Arcadia, regente de Tolomeo V a principio de la década de 190 a. C. Véase también Burstein, p. 14: según este último estudioso, también sería posible identificar al tutor con un guardaespaldas de Tolomeo II.

⁵² Niebuhr, 'Ueber das Alter der zweyten Hälfte der Adulitanischen Inschrift', en *Museum der Alterthums-Wissenschaft*, II (1810), pp. 610-612 mencionado por Burstein, p. 14 Cfr. también Müller, p. LV: *Niebuhrus quidem (...) verba ista ad Agatharchidem nihil pertinere putavit, sed ex persona dicta esse alius cuiusdam, qui tutor fuerit Ptolemaei Epiphaniis.*

⁵³ Cfr. Agatharch., § 110.

⁵⁴ En la Antigüedad se designaba Mar Rojo (o Eritreo) a todo lo que actualmente se conoce como el Océano Índico, incluyendo el Golfo Árabe y el Pérsico.

⁵⁵ Entre ellos Schwartz, vol. I, col. 739.

este argumento no es suficientemente válido.⁵⁶ Por el contrario, es más adecuado pensar que se trata de la primera opción, y que Agatárquides fue uno de los exiliados del 145 cuya diáspora despertó por Grecia y por sus islas, en palabras de Ateneo (IV 83), una ἀνακνώσις πάσης παιδείας.⁵⁷ La prueba más consistente para apoyar esta hipótesis es la temática de la obra. Como se verá más adelante, parece ser que el hilo conductor del escrito era la historia de las acciones de los Tolomeos al sur de Egipto. Un tema de tales características estaría en boga en tiempos de Tolomeo VI, que renovó la expansión de su reino hacia el Sur; sin embargo en las décadas siguientes a la muerte de este monarca, acaecida en 145, sumidos en los conflictos internos y en las luchas por la sucesión al trono, ni Tolomeo VIII ni Cleopatra II se ocuparon de tales territorios.⁵⁸

Los escasos indicios que se encuentran en *Sobre el Mar Eritreo* parecen sugerir que Agatárquides efectivamente salió de Egipto en calidad de exiliado, pues él mismo nos dice que, debido a los disturbios, ya no pudo consultar adecuadamente sus fuentes escritas.⁵⁹ Hay que tener en cuenta también la dura crítica que hace Agatárquides al gobierno tolemaico, al cual califica como una tiranía cuando describe los trabajos forzados que soportaban los presos políticos en las minas de oro del Wadi Allaqi, los terribles riesgos a que se enfrentaban todos aquellos que deseaban agrandar a los reyes cazando animales exóticos, o bien, las penosas condiciones que tenían que sufrir los buscadores de topacios y los hombres que capturaban y transportaban los elefantes del rey por mar. La postura política de Agatárquides no es precisamente favorable a la política de los Tolomeos, pero estas cuestiones se tratarán en el capítulo pertinente.⁶⁰

⁵⁶ Burstein, p. 16.

⁵⁷ Citado por Mazzuchi, p. 260.

⁵⁸ Cfr. Burstein, pp. 16-17.

⁵⁹ τὴν ἐξήγησιν ἄρδην ἀπολελοίπαμεν(...) ... οὔτε τῶν ἱπομημάτων διὰ τὰς κατ' Αἴγυπτον ἀποστάσεις, ἀκριβῆ παραδιδόντων σκέψιν. "Dejé en el aire la descripción (...) porque, debido a las revueltas [verificadas] en Egipto, los informes no permiten un examen adecuado de tales asuntos". Cfr. Agatharch. § 110.

⁶⁰ Cfr. *infra*, apartado III, 3, 2., p. 123 de este trabajo.

Generalmente se acepta que Agatárquides salió expulsado de Egipto y que dejó de escribir y murió en el exilio,⁶¹ posiblemente en Atenas, al igual que otros muchos intelectuales que huyeron por los mismos motivos.⁶² En realidad, tampoco es posible precisar la fecha de su estancia en Atenas, pero sin duda estuvo allí, debido a la referencia que hace en el párrafo 5 de un informante persa llamado Boxo⁶³ que lo instruyó respecto a la etimología del Mar Eritreo.⁶⁴ Seguramente, el cnidio encontró en Atenas un clima de rechazo a las últimas hazañas de Roma: la destrucción total de Cartago y el saqueo de Corinto, ambas verificadas en el año 146 a. C.⁶⁵

Agatárquides, a quien Gozzoli considera “la figura quizá más relevante, en términos culturales, del mundo egipcio de aquel tiempo,”⁶⁶ murió dejando manifiestamente incompleto el tratado *Sobre el Mar Eritreo*, y ningún autor posterior parece haber hecho caso a su invitación de continuar el trabajo. Lo que queda de su obra es, ciertamente, una visión muy particular, marcadamente filosófica y con una postura política definida, lo que se explica en un autor que vivió la debacle de ciudades antes florecientes, y que, finalmente, murió en el exilio, víctima de las pugnas que trababan entre sí los reyes de un Egipto cada vez menos firme; sin embargo, también es un ejemplo invaluable de la visión que, en esos tiempos, se tenía sobre los pueblos africanos de Egipto, Sudán, Etiopía, Somalia y Arabia.

⁶¹ Jacoby sostiene que la obra *Sobre el Mar Eritreo* no se concluyó en Egipto (F. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.* II C *Kommentar* n. 86, p. 151, citado por Gozzoli, p. 62). Sin embargo, Gozzoli considera que la causa del exilio pudo ser la crítica a la política de los tolemeos que Agatárquides incluye en su obra, lo que supone que el tratado, al menos en parte, se escribió en Alejandría. Una opinión distinta es la de Emilio GABBA, que supone que el cnidio escribió este opúsculo después del 146 a. C., o tal vez hacia el 132, cuando también el reino de Pérgamo había sido absorbido por los romanos (Cfr. Gabba, 1974, p. 639).

⁶² Meneclés Barca, por ejemplo. La fuente es Andrón de Halicarnaso, *Fr. Gr. Hist.* 246 F1 y 270 F9.

⁶³ Τέταρτος (sc. λόγος) δὲ καὶ ἀληθὴς ἐστίν, ὃν αὐτὸς μεμύθηκε παρὰ Πέρσου· Βόξος δ' ἦν τοῦτ' ὄνομα, φησὶν αὐ καὶ ἑλληνίσαι γλώσσαι καὶ γνώμην, καὶ ταῖς Ἀθηναῖς λιπόντα τὴν πατρίδα ἐμβιῶνα. “La cuarta y verdadera razón es la que el mismo Agatárquides conoció por medio de un persa; de éste, dice que su nombre era Boxo, que se había helenizado en lengua y cultura, y que, tras haber dejado su patria, vivía en Atenas”. Cfr. Agatharch., § 5.

⁶⁴ Cfr. Müller, p. LIV: “*Studiis Alexandriae absolutis, nescio an Athenas iuvenis inviserit. Certe urbem istam adiisse eum vel tunc vel postmodum, inde colligas, quid de nomine maris Erythraei edoctum sese dicit a Boxo Persa, quem ταῖς Ἀθηναῖς λιπόντα τὴν πατρίδα, ἐμβιῶνα prodit*”. Aunque en mi opinión también es notoria la semejanza de la información que brinda Agatárquides a este respecto (y en muchos otros puntos) con la que refiere Nearco (Cfr. Arr., *Ind.*, XXXVII), que pudo haberle servido como fuente.

⁶⁵ Cfr. García Moreno, p.124.

⁶⁶ Gozzoli, p. 59.

I. 3 Obras

Además del tratado *Sobre el Mar Eritreo*, del que me ocuparé con más detenimiento en el siguiente capítulo, las varias obras que escribió Agatárquides demuestran que fue un escritor prolífico.

Agatárquides mismo nos indica que había escrito "muchas cosas sobre Europa y Asia".⁶⁷ Más preciso que Agatárquides, Focio aclara que se trata de dos obras históricas: "Sabemos que Agatárquides escribió *Sobre los asuntos de Asia* en 10 libros, y que su historia *Sobre los asuntos de Europa* ocupaba 49 libros".⁶⁸ Sin embargo, no nos es posible saber si el patriarca tuvo realmente en las manos estos trabajos; su afirmación de haber leído "una obra histórica de Agatárquides" (Ἀγεγνώσθη Ἀγαθαρχίδου ἱστορικόν) es poco clara en este sentido. Jacques Schamp, editor de Focio, supone que, bajo el término ἱστορικόν, el patriarca se refería al conjunto conformado por los trabajos *Sobre los asuntos de Asia* y *Sobre los asuntos de Europa*.⁶⁹ Podría apoyar esta hipótesis el hecho de que el juicio estilístico que Focio hace sobre Agatárquides en el código 213 de su *Biblioteca* se refiere a ciertas cuestiones estilísticas que no necesariamente se reflejan en la obra *Sobre el Mar Eritreo*. Sin embargo, todo este asunto permanece oscuro, y es posible también que Focio sólo tuviera a mano el tratado *Sobre el Mar Eritreo*, pero completo.

De los 22 fragmentos que se conservan de estas dos obras, 16 nos han llegado a través de Ateneo de Naucratis, enciclopedista del s. III d. C.. El que un solo autor haya citado ambas obras puede indicar que fueron poco leídas en la Antigüedad; de lo contrario, aparecerían citadas por más eruditos antiguos.⁷⁰ Otros fragmentos nos llegan a través de

⁶⁷ πολλῶν ἡμῶν ὑπὲρ τε τῆς Εὐρώπης καὶ τῆς Ἀσίας ἀναγεγραμμένων. Cfr. Agatharch., § 110.

⁶⁸ Phot, *Bibl.*, cod. 213.

⁶⁹ Cfr. Phot, *Bibl.*, trad. Jacques Schamp, p. 123, nota 1.

⁷⁰ *Fr. Gr. Hist.* II, A, pp. 205-222.

Diodoro y de Estrabón, y han sido recopilados por Jacoby en *Die Fragmente der Griechischen Historiker*.⁷¹

No es posible definir claramente los contenidos de estas obras; quizá concluían con la caída del reino de Macedonia,⁷² pero también es probable que, en su conjunto, narraran la historia desde los más remotos tiempos del imperio asirio hasta los días de Agatárquides.

De acuerdo con Müller, en los diez libros *Sobre los asuntos de Asia* se exponía la historia de los diádocos de Alejandro en Asia.⁷³ Pero, al parecer, no sólo se ocupaban de esto, sino que comenzaban por la hegemonía de Asiria.⁷⁴ Sea como fuere, el tema tratado en esta obra debió ser anterior a *Sobre los asuntos de Europa*, pues la historiografía antigua tendía a hacer una narración tanto más detenida cuanto más se acercaba a los tiempos del autor, y Agatárquides sólo le dedicó a la historia de Asia 10 libros, al tiempo que su historia de Europa se extiende a 49.⁷⁵

Es interesante observar aquí que, en algún punto, *Sobre los asuntos de Asia* contenía una digresión sobre el Nilo (conservada fragmentariamente en los libros I y III de la *Biblioteca histórica* de Diodoro, y en el libro XVII de la *Geografía* de Estrabón), donde se describía ampliamente el reino de Meroé, en el Sudán central, su gente y sus alrededores.⁷⁶ La digresión demuestra ya el interés de Agatárquides por una región (la parte meridional del mundo) que, como él mismo dice, todavía no había sido objeto de una obra general completa. En el tratado *Sobre el Mar Eritreo*, Agatárquides remite a los lectores a este escrito para la descripción de Meroé, capital de Etiopía.

Por su parte, *Sobre los asuntos de Europa* narraba la historia de los reinos asiáticos, desde la fundación de los reinos macedónicos hasta la época de Agatárquides,⁷⁷ aunque, de

⁷¹ Cfr. Sánchez León, p. 185 y nota 16.

⁷² Cfr. Gabba, 1974, p. 638.

⁷³ Cfr. Müller, p. LIX.

⁷⁴ Cfr. Burstein, p. 19.

⁷⁵ Cfr. Urfas Martínez, "Acerca de los textos...", p. 62.

⁷⁶ Cfr. Burstein, p. 19.

⁷⁷ Cfr. *Ibidem*.

acuerdo con Müller, también "parece que en los libros sobre Europa, el autor llevó la narración (...) desde el punto en que Heráclides Lembo había interrumpido su historia hasta el fin del imperio Macedónico".⁷⁸ Varios estudiosos actuales se han dedicado a indagar con detenimiento, a la luz de los fragmentos sobrevivientes, las fuentes que empleó Agatárquides para elaborar esta obra, entre las que se encuentran los trabajos de Jerónimo de Cardia⁷⁹ y los de Filarco.⁸⁰

Cualquier juicio sobre el estilo historiográfico de Agatárquides es por fuerza impreciso, dado que no conocemos directamente nada que haya sido escrito por su propio puño. Sin embargo, lo que queda de sus obras sobre Asia y Europa muestra, de acuerdo con Gozzoli, cierta tendencia a la historia universal, y hace evidente que el autor "seguía los cánones de una historiografía de amplio contenido, de tipo herodoteo, canonizada por la escuela peripatética, que insertaba en la narración también hechos extraños y curiosidades cuando éstos ayudaban a comprender mejor la historia de un pueblo".⁸¹ Basta echar un vistazo a unos cuantos párrafos de *Sobre el Mar Eritreo* para comprender que, también en esta obra más tardía, se reflejan las mismas características.

⁷⁸ "in Europiacis auctor (...) ab eo tempore, in quo Heraclidæ Lembi historia substiterat, exorsus usque ad finem imperii Macedonici narrationem deduxisse videtur" Cfr. Müller, p. LIX).

⁷⁹ El artículo "Diodoros Siculus and Hieronymus of Cardia", de Irwin Merker, por ejemplo, es ilustrativo al respecto: J. K. Beloch sugiere que Diodoro Sículo utilizó indirectamente a Jerónimo de Cardia en los libros XVIII a XX de su *Biblioteca Histórica*, y que la fuente intermedia fue Agatárquides. Para sostener su propuesta, argumenta, entre otras cosas, que la actitud favorable a Tolomeo no puede proceder de Jerónimo de Cardia (partidario de los Antígónidas) y sí de Agatárquides, y que el tono retórico de la descripción de las batallas es poco acorde con el estilo sobrio de Jerónimo. Estos y otros argumentos son debatidos por Merker, que afirma que todos estos rasgos bien pudieron deberse a Diodoro mismo, que no copiaba de manera ancilar a sus fuentes, sino que las reelaboraba y modificaba a su gusto. Merker niega, así, que Agatárquides haya sido una fuente intermedia entre Jerónimo de Cardia y Diodoro, pero esto no implica necesariamente que Agatárquides no haya usado como fuente a Jerónimo.

⁸⁰ Marasco (pp. 35-42), comenta 3 fragmentos de Agatárquides pertenecientes a la obra histórica *Sobre los asuntos de Europa*. Estos tres pasajes han llegado a nosotros a través de Ateneo y se encuentran en la recopilación de historiadores de Jacoby; es probable que, a su vez, Agatárquides utilizara como fuente a Filarco. La discusión gira en torno a la datación de los sucesos (y personajes) mencionados en estos tres fragmentos. Marasco llega a la conclusión de que todos ellos se refieren a la época de las reformas políticas de Agis, y que, por lo tanto, pueden utilizarse como otros tantos testimonios de ese período histórico espartano. De esta manera, Agatárquides completa la tradición filarquea que conocemos a través de Plutarco, y deja ver que la narración de Filarco de las hazañas de Agis debió ser mucho más amplia y detallada de lo que puede deducirse de la obra del historiador de Queronea.

⁸¹ Gozzoli, p. 60.

La obra de Agatárquides se adscribe a la corriente de historiografía helenística conocida como “dramática” o “dramatizante”. Esta corriente, originaria de los ambientes peripatéticos, tenía como principales representantes a Duris de Samos, Calístenes y Filarco, y su característica más evidente era el interés por temas patéticos que dieran la oportunidad de desarrollar efectos dramáticos ricos en colorido y sentimiento.⁸² Gracias a Agatárquides poseemos uno de los mejores ejemplos de este tipo de historiografía;⁸³ su descripción del trabajo en las minas de oro y, en menor medida, del transporte de los elefantes destinados a los ejércitos tolemaicos (ambos parte de la obra *Sobre el Mar Eritreo*) dejan ver claramente su filiación a esta tendencia.

Tampoco es posible hacer evaluaciones pecisas sobre el estilo literario de Agatárquides; en consecuencia, no me ocuparé de tales cuestiones, en parte porque no se cuentan entre los intereses centrales de este trabajo, y en parte porque no conservamos ninguna obra agatarquídea en su estado original.

Sobre las obras de Agatárquides que ni siquiera Focio llegó a conocer más que de nombre, casi nada puede decirse. Sus títulos reflejan cierto interés por las cuestiones éticas y paradoxográficas. Casi todas sus obras son epítomes y selecciones de obras ajenas, señal de que Agatárquides pertenecía al enorme grupo de coleccionistas y sintetizadores que abundaban en la época helenística, eruditos de biblioteca y de archivo que con frecuencia se dedicaban a elaborar descripciones de todo aquello que fuera asombroso y pudiera maravillar al público. Müller no considera muy segura la lectura ἀνέμων del ἐπιτομῆ τῶν συγγεγραφότων περὶ συναγωγῆς θαυμασίων ἀνέμων. Considera que la palabra puede interpretarse como ἐθῶν ο νόμων; pero, ya se trate de un epítome de lo escrito acerca los vientos, de los pueblos o de las costumbres asombrosos, es evidente que era un escrito eminentemente paradoxográfico.⁸⁴

⁸² *Idem*, p. 69.

⁸³ *Idem*, p. 71.

⁸⁴ Müller (p. LIX) dice, al respecto, que “*scripto περὶ θαυμασίων ἐθῶν (si ita legendum est) in multis praeluserit mirabilibus illis ad quae in geographicis libris prae ceteris auctor attendisse videtur,*

La paradoxografía, un género basado en la sobrevaloración de noticias extraordinarias, fue un fenómeno típicamente helenístico, consecuencia de la vertiginosa expansión del conocimiento geográfico y etnográfico durante las primeras fases del helenismo. Esto, aunado al derrumbe de la polis y al ascenso de un nuevo tipo de sociedad urbana y plural con intereses más amplios, dio lugar, según González Ponce, a “una incongruencia, en virtud de la cual el auge del racionalismo y el interés científico, vigente aún en los siglos IV y III a. C., se enfrenta a toda una propensión hacia lo irracional, fantástico y milagroso, que acaba por imponerse...”⁸⁵ Así, los exhaustivos trabajos científicos de Aristóteles y sus sucesores, como Teofrasto, por ejemplo, se convirtieron en una riquísima cantera de información, de donde estos recopiladores y anticuarios extrajeron colecciones y colecciones de datos asombrosos⁸⁶ que encontraban en las ciudades helenísticas un público seguro, más interesado en la evasión que en comprobar la realidad objetiva de dichas afirmaciones que, por lo demás, en la mayoría de los casos, era lejana e inaccesible para él.⁸⁷

Sin embargo, hay que tener cuidado al hablar de la paradoxografía en relación con Agatárquides. Éste, sin duda, se interesaba en los *mirabilia* y sin duda tenía obras puramente paradoxográficas, pero clasificarlo solamente como un paradoxógrafo sería erróneo.⁸⁸ Sus trabajos más importantes eran históricos, y si incluía en ellos, como es el

quorumque colligendorum studium sub Ptolemaeo VII, talium rerum curiosissimo, imprimis vigerit; esto es, que “en el escrito *Sobre las costumbres admirables* (si es que esta es la lectura correcta) se dio al ejercicio de numerosos *mirabilia* que el autor debió haber conocido por medio de otros en los libros de geografía, pues el trabajo de compilación era el que más florecía bajo el gobierno de Tolomeo VII, que se interesaba mucho por tales cuestiones”.

⁸⁵ González Ponce, p. 174.

⁸⁶ Dentro de las colecciones de curiosidades paradoxográficas se dan casos en que los datos referidos como fantásticos (que ocasionalmente se convertían en objeto de burla de escritores más escépticos) son reales; tal es el caso de Píteas, que conoció tierras de los confines del norte, donde el sol, en invierno, se ocultaba al poco tiempo de haber salido. Sus descripciones de la isla de Tule fueron objeto de las críticas de Polibio y Estrabón (sobre este asunto *cfr.* Linage Conde, p. 300). También se consideró paradoxográfico y se incluyó en colecciones de este tipo el hecho de que las ballenas amamantaban a sus crías, observado originalmente por Aristóteles.

⁸⁷ *Cfr.* García Moreno, p. 9.

⁸⁸ Gómez Espelósín, incluye a Agatárquides en *Paradoxógrafos griegos: rarezas y maravillas*, (Madrid, Gredos, 1996), hecho que contribuye a complicar la ya debatida pertenencia de Agatárquides a un género u otro de la literatura, sobre todo si se tiene en cuenta que las únicas traducciones que tenemos de Agatárquides en español se encuentran, una, en una colección de viajeros, y otra en una de paradoxógrafos, y ninguna de estas clasificaciones es exacta.

caso de *Sobre el Mar Eritreo*, datos paradoxográficos, era sin duda porque sentía simpatía hacia tales cuestiones, y porque éstas garantizarían para sus obras un público más amplio, sin constituir el tema central de las mismas.

Aclarado este punto, sólo resta decir, sobre las otras obras perdidas, que Müller considera que los cinco libros *Sobre los trogloditas* no eran otra cosa sino los cinco libros de *Sobre el Mar Eritreo*, cuyo epítome en un libro no debe atribuirse al propio Agatárquides, que ya era muy anciano, sino a algún otro.⁸⁹

⁸⁹ "Libros quinque Περὶ τῶν Τρωγλοδοτῶν non diversos fuisse puto a libris quinque Περὶ τῆς Ἐρυθρῆς θαλάσσης. Horum epitomen non ipse Agatharchides senex, sed alius quidam elaborasse videtur". Cfr. Müller, p. LIX.

II. El tratado *Sobre el Mar Eritreo*

II. 1 Fuentes

Aunque Agatárquides da a entender que es el único que se ha encargado de la parte sur del mundo habitado,⁹⁰ esto no es muy preciso. Ciertamente, el sur de la ecumene aún no había sido objeto de una obra general y completa, pero Etiopía y el Egipto meridional ya habían atraído la atención de otros científicos y viajeros griegos anteriores a Agatárquides. Las fuentes del Nilo, por ejemplo, habían sido un motivo de constante curiosidad e indagación, así como las causas de las inundaciones del Nilo, la habitabilidad de la zona tórrida y la unidad de los mares del mundo.⁹¹

Heródoto, por ejemplo, narra en sus *Historias* el primer intento de circunnavegar el continente africano: cierta vez, Neco, un rey egipcio, abrió un canal que comunicaba el Nilo con el Golfo arábigo, y ordenó a unos fenicios que desde allí dieran la vuelta a África, y llegaran por el norte a Egipto tras entrar por las Columnas de Heracles. Heródoto cuenta que tuvieron éxito, y que volvieron al cabo de tres años. Sobra decir que esto es por demás dudoso, pero el simple hecho de que el padre de la historia hable de ello ya es indicio de una inquietud real. El segundo intento, referido por este mismo historiador, lo emprendió un cartaginés, Sataspes. Para librarse de una condena de muerte, este hombre se vio obligado a rodear el continente, y navegó a lo largo de la costa occidental del mismo durante muchos

⁹⁰ "Οι φησί, τῆς ὅλης οἰκουμένης ἐν τέτταροι κυκλιζομένης μέρεσιν, ἀνατολῆς λέγω, δύσεως, ἀρκτου καὶ μεσημβρίας, τὰ μὲν πρὸς ἑσπέραν ἐξείργασται Λύκος τε καὶ Τίμαιος, τὰ δὲ πρὸς ἀναστολὰς Ἐκαταῖος καὶ Βάσιλις, τὰ δὲ πρὸς τὰς ἀρκτους Διόφαντος καὶ Δημήτριος, τὰ δὲ πρὸς μεσημβρίαν, φορτικῶν, φησί, τὸ ὅληθες, ἡμεῖς." Agatárquides dice: estando toda la ecumene comprendida en cuatro partes (me refiero al Oriente, al Poniente, al Norte y al Sur), las cosas del poniente las trataron Licas y Timeo; las del oriente, Hecateo y Basilis; las del norte, Diofanto y Demetrio, y las del sur, aunque la verdad es molesta - dice -, nosotros". *Cfr.* Agatharch., §64.

⁹¹ *Cfr.* Burstein, p. 29.

meses, hasta llegar a una región habitada por hombres pequeños, vestidos con hojas de palma, que huían al verlo; pero no pudo terminar la empresa porque su barco ya no podía seguir adelante.⁹²

Los pueblos etíopes también fueron motivo de un interés constante para los griegos; más adelante hablaré de las transformaciones que sufrió el imaginario griego en torno a estas poblaciones a lo largo del tiempo.

En la época helenística, bajo el reinado de los Tolomeos, muchos exploradores fueron enviados al sur de Egipto, Etiopía, Sudán y Somalia en busca de puestos apropiados para la captura de elefantes y otras bestias salvajes y extrañas que agradaban a estos monarcas. El territorio africano pronto atrajo la atención de los primeros Lágidas, que habían puesto los ojos en sus yacimientos de oro y topacio, y se abrió a los griegos, que lo recorrían con intereses variados, desde el deseo de agradar a los reyes con datos o hallazgos preciosos hasta el simple interés por el viaje. Los exploradores tolemaicos elaboraban informes que describían las costas, las tierras recorridas, y quizá también las condiciones políticas de la zona, salpicados aquí y allá por informaciones curiosas y paradoxográficas que abarcaban cuestiones de historia natural, etnográficas y astronómicas, entre otras. Así, la gama de fuentes que pudo emplear Agatárquides para obtener la información que más tarde conformaría el libro V de *Sobre el Mar Eritreo* es muy vasta.

Sin embargo, no es posible determinar con suficiente precisión qué fuentes empleó el cnidio para escribir sobre este tema. Salta a la vista la importancia de los ὑπομνήματα.⁹³ Es innegable que éstos constituían la base de la investigación de Agatárquides, dado que, cuando se vio incapaz de consultarlos, tuvo que interrumpir la elaboración del tratado, pero ¿qué eran exactamente los *hypomnēmata*? Se trataba de comentarios, de notas, de documentos oficiales, entre los que hay que incluir los reportes y los diarios de los agentes que los Lágidas enviaban a explorar las tierras africanas, sobre todo durante el s. III a. C., y

⁹² Cfr. Hdt., IV, 42-43.

⁹³ Cfr. Agatharch., §110.

quizá también algunas normas oficiales, como las que regulaban el trabajo en las regiones productoras de topacio.⁹⁴ Actualmente se tiene noticia de siete hombres que escribieron este tipo de informes, mismos que Agatárquides pudo consultar gracias a su acceso a los archivos reales. Tenemos noticias de Dalión, que fue el primero en explorar el valle del Nilo al sur de Meroé; de Simónides el joven, que vivió cinco años en esta ciudad; de Aristocreón; de Basilis, que escribió sobre Etiopía y la India; de Bión de Solos, cuyos fragmentos contienen importante información sobre la geografía y las instituciones de Meroé; de Filón, gobernador de Gazirat Zarbajad (la isla de los topacios), bajo el reinado de Tolomeo II, y, finalmente, de Pitágoras, un navegante de los tiempos de Tolomeo II o III.⁹⁵ A este último lo conocemos a través de Ateneo y Eliano, de modo que sabemos que hablaba del pandero y de un instrumento tetracordio empleado por los trogloditas, además del cepo y del onocentauro. Al parecer, este Pitágoras puede identificarse con un enviado de Tolomeo que, según Plinio, encontró grandes gemas en el Mar Rojo⁹⁶ y escribió una obra titulada exactamente igual que la de Agatárquides: *Sobre el Mar Eritreo*.⁹⁷

Otro grupo de fuentes pertenecientes también a los ὑπομνήματα, pero expresamente mencionadas por Agatárquides, es el conformado por Simias, Sátiro y Aristón. El primero de estos tres autores fue amigo personal de Tolomeo Evergetes, quien lo envió a explorar el Océano Índico.⁹⁸ Tras su viaje, Simias escribió muchas anécdotas sobre los etíopes, entre las que, al parecer, se cuentan los *paradoxa* sobre los ictiófagos que transmite Agatárquides.⁹⁹ Sátiro exploró los territorios troglodíticos en busca de sitios para cazar

⁹⁴ Cfr. Burstein, p. 30.

⁹⁵ Cfr. *idem*, p. 32.

⁹⁶ Cfr. Müller, p. LX.

⁹⁷ Cfr. Str., II, 1, 5.

⁹⁸ Καὶ ὁ τρίτος δὲ Πτολεμαῖος ὁ φιλοτιμηθεὶς περὶ τὴν θῆραν τῶν ἐλεφάντων τῶν περὶ τὴν χώραν ταύτην ὄντων ἐξέπειμμεν ἕνα τῶν φίλων, ὄνομα Σιμμία, κατασκευόμενον τὴν χώραν. "Y Tolomeo III, el que se afanaba en la caza de los elefantes que había por esa región, envió a uno de sus amigos, llamado Simias, a inspeccionar dicha región" Cfr. Agatharch., §41 según la versión de Diodoro (D.S. III, 18 3-6).

⁹⁹ Cfr. González Ponce, p. 155 y 164.

elefantes,¹⁰⁰ al tiempo que Aristón, mencionado por el cnidio en el § 85,¹⁰¹ había sido enviado por Tolomeo a explorar las costas de Arabia, siguiendo el mismo camino que Anaxícrates había recorrido en 324 a. C. por órdenes de Alejandro Magno.¹⁰² De Aristón deriva la descripción costera de Arabia que ocupa los fragmentos 80-94 de *Sobre el Mar Eritreo*. Woelk considera que Agatárquides consultó, además del periplo de Aristón, alguna otra fuente del siglo V o IV a. C.¹⁰³

Una fuente descuidada por los estudiosos que se ocupan de la obra de Agatárquides es Nearco. Se trata de una de las fuentes más trascendentes en lo que respecta a la descripción de los ictiófagos. Su obra se ha perdido, pero se conservan amplísimos pasajes de ella en la *Indiká* de Flavio Arriano. Aunque describe solamente a los ictiófagos de Gedrosia, cuyas costas recorrió en el invierno de 325/324 a. C.,¹⁰⁴ las semejanzas con el recuento de Agatárquides son muy evidentes. Igual que el cnidio, Nearco nos refiere que la mayoría de los pueblos ictiófagos se alimentan exclusivamente de pescado, muchas veces secado al sol, molido y luego preparado a manera de pan; edifican casas con las osamentas de las ballenas, pescan aprovechando los vaivenes de la marea y recolectan ostras gigantes, entre otras cosas.¹⁰⁵ Es, pues, sorprendente que semejantes paralelos hayan pasado inadvertidos o hayan sido ignorados por quienes trabajan el tratado *Sobre el Mar Eritreo*.

¹⁰⁰ Cfr. Burstein, p. 30.

¹⁰¹ Τὸ δ' ἄλλο μέρος τῆς ἀναπέρου παραλίου τὸ προσκεκλιμένον Ἀραβίᾳ πάλιν ἀναλαβόντες ἀπὸ τοῦ μυχθοῦ διέξιμεν. Οὗτος γὰρ ὀνομάζεται Ποσειδεῖον, ἰδρυσαμένον Ποσειδῶνι πελαγίῳ βωμῶν Ἀρίστωνος τοῦ πεμφθέντος ὑπὸ Πτολεμαίου πρὸς κατασκοπὴν τῆς ἕως Ὠκεανοῦ παρρηκούσης Ἀραβίας. "Comenzando de nuevo desde el fondo, recorreremos la otra parte de la costa, la que se inclina hacia Arabia. Este punto se llama Posideo, porque Aristón, el que fue enviado por Ptolomeo para explorar la Arabia que se extiende hasta el océano, estableció allí un altar para Posidón marino" Cfr. Agatharch., §85 según la versión de Diodoro (D. S. III, 42, 1-5).

¹⁰² Cfr. Gómez Espelós, 1994, p. 207.

¹⁰³ Cfr. Woelk, *Agatharchides von Knidos. Uber das Rote Meer*, p. 260, citado por Gozzoli, p. 78.

¹⁰⁴ Sobre este asunto, Cfr. Longo, pp. 9-55. Es un artículo sumamente ilustrativo en lo que respecta a la descripción de los ictiófagos realizada por Nearco y Agatárquides, aunque en ocasiones su búsqueda exhaustiva de paralelos con la realidad, incluso en lo que respecta a los *paradoxa*, resulta un tanto cuanto inadecuada, y dificulta cualquier interpretación filosófica de la etnografía agatarquídea.

¹⁰⁵ Cfr. Art., *Ind.*, XXI-XXXI.

Además de los ὑπομνήματα βασιλικά, es indudable que Agatárquides tenía a su alcance, en la biblioteca de Alejandría, obras de geografía general de primera importancia, que por lo general incluían extensos tratados sobre el sur de la ecumene. "Sin embargo, sólo una fue una fuente importante para el *Sobre el Mar Eritreo*: la Geografía de Eratóstenes de Cirene, estudioso del s. III a. C., que (...) contenía la primera descripción de las condiciones políticas y culturales del Mar Rojo, basada en la información obtenida por los exploradores de Alejandro y sus sucesores tolemaicos".¹⁰⁶ Estrabón observa que el recuento de Artemidoro (es decir, el de Agatárquides) sobre las costas del Mar Rojo se basaba en parte en Eratóstenes y en parte en otros escritores: ταῦτα μὲν περὶ τούτων εἶρηκε, τᾶλλα δὲ τὰ μὲν παραπλησίως τῷ Ἐρατοσθένει λέγει· τὰ δὲ καὶ παρὰ τῶν ἄλλων ἱστορικῶν παρατίθησιν.¹⁰⁷

Por último, es necesario hacer algunas observaciones sobre los testigos oculares a los que menciona Agatárquides como sus informantes.¹⁰⁸ Es evidente que recurrió a ellos, por ejemplo, para la descripción de los etíopes insensibles, pero su identificación es difícil. Quizá se trataba de comerciantes y viajeros que habían pasado por la zona. De cualquier manera, no debieron ser fuentes importantes, porque esa región no tenía interés comercial y porque, al parecer, los historiadores y geógrafos helenísticos preferían las fuentes oficiales al momento de confeccionar sus obras.¹⁰⁹

¹⁰⁶ Burstein, p. 30.

¹⁰⁷ Str., XVI, 4, 19 c778: "...dijo (sc. Artemidoro) tales cosas sobre esto; otras cosas las dice igual que Eratóstenes, al tiempo que otras, por su parte, las cita de otros historiadores".

¹⁰⁸ Agatharch., §41 según Diodoro (D. S. III, 18 3-6). Cfr nota 98 de este trabajo.

¹⁰⁹ Cfr. Burstein, p. 31.

II.2 Transmisión

Como se ha dicho, el tratado de Agatárquides *Sobre el Mar Eritreo* ha llegado a nosotros de manera muy incompleta y fragmentada, a través de una cadena de transmisores cuyas obras en algunos casos tampoco han sobrevivido hasta la actualidad.

Al parecer, el primero en emplear como fuente la obra que aquí nos ocupa fue Artemidoro de Éfeso. Su tratado geográfico, titulado Γεωγραφούμενα, ocupaba 11 libros y no ha llegado hasta nuestros días salvo en un epítome realizado por Marciano de Heraclea en el siglo IV o V de nuestra era, pero es necesario considerarlo como un eslabón fundamental en la cadena de transmisión de *Sobre el Mar Eritreo*. Es Artemidoro, pues, quien establece el *terminus ante quem* para la datación de la obra del cnidio: su *acmé* se sitúa entre los años 104-100 a. C., y fue en esos momentos cuando tuvo entre sus manos el texto de Agatárquides.¹¹⁰ A través del geógrafo efesio, Agatárquides pasó a las obras de Diodoro, Estrabón,¹¹¹ Esteban de Bizancio y Plinio, que cita las descripciones agatarquídeas de la costa del Mar Rojo en su *Historia Natural*;¹¹² así, cuando se quiera buscar a Agatárquides en las obras de los autores arriba citados, habrá que tener en cuenta las mutilaciones que sufrió el texto de *Sobre el Mar Eritreo* a manos de Artemidoro: en primer lugar, dado que su interés era más que nada geográfico, el efesio omitió todos los pasajes narrativos del tratado; en segundo lugar, complementó las descripciones agatarquídeas de la costa africana del libro V de *Sobre el Mar Eritreo* con información extraída en parte del libro I y en parte de otras

¹¹⁰ Cfr. Sánchez León, p. 192. Müller (p. LVIII) dice que “entre aquellos que emplearon los libros de Agatárquides, el más antiguo es sin duda Artemidoro, un poco más joven que Agatárquides, porque Marciano de Heraclea dice que floreció en la 169 olimpiada (104 a. C.)”. *Ex iis autem qui Agatharchidis libris usi sunt, antiquissimus est Artemidorus Agatharchide paullo iunior, quippe quem floruisse Ol. 169 (104 a. C.) refert Marcianus Heraclensis*. Hay que tener en cuenta que el término “paullo iunior” obedece aquí al hecho de que Müller situaba a Agatárquides en una época muy posterior a la actualmente aceptada.

¹¹¹ Las descripciones del Mar Rojo en la *Geografía* de Estrabón (Str. XVI, 4.5-20) dependen de *Sobre el Mar Eritreo* por intermedio de Artemidoro de Éfeso. Cfr. Burstein, p. 22.

¹¹² Cfr. Sánchez León, p. 193.

fuentes que es imposible identificar y, finalmente, hizo caso omiso de la organización temática de Agatárquides.¹¹³

Las fuentes más importantes en la transmisión del texto agatarquídeo *Sobre el Mar Eritreo* son tres, a saber, en orden de menor a mayor importancia: Estrabón, Diodoro Sículo y Focio.

Estrabón transmite información extraída de Agatárquides en su *Geografía* (XVI 4.5-20 C769), pero su epitome es poco significativo, entre otras cosas, porque está sumamente condensado y proviene de un conocimiento indirecto de la obra, de modo que, por lo general, solamente sirve para confirmar lo que Diodoro y Focio transmiten.

A su vez, "En III.11.1-3, Diodoro hace referencia a sus fuentes (...) que son, entre otras Agatárquides Ἀσιατικά, libro II, y Artemidoro, libro VIII, base de su narración en III, 2-10 sobre Etiopía. Es difícil esclarecer qué contenido pertenece a cada uno, pues aquí Artemidoro copia literalmente a Agatárquides. Se suele dar III, 5-10 como perteneciente a Agatárquides, con menciones etnográficas".¹¹⁴ La *Biblioteca histórica* de Diodoro Sículo, elaborada entre el año 60 y el 30 a. C., estaba dividida en 40 libros, de los cuales no todos se conservan.¹¹⁵ De acuerdo con Martínez Lacy, ésta es una de las obras que más han influido en la visión de la historia, pero es poco apreciada porque se le acusa de poca originalidad; en efecto, se trata de una recopilación bibliográfica¹¹⁶ que, escrita con un esquema analítico basado en la síntesis y el reordenamiento de los trabajos que se consideraban modelos, pretendía servir simplemente, como su título lo indica, como una biblioteca, y contener todo lo necesario para brindar un buen conocimiento de la historia universal.¹¹⁷ No es posible saber exactamente cómo utilizaba el siciliota a sus fuentes, pero en términos generales puede decirse que lo hacía con bastante libertad y poca literalidad. Así, en el libro tercero, los

¹¹³ Burstein, p. 39.

¹¹⁴ Sánchez León, p. 189.

¹¹⁵ Cfr. Baroja, p. 179.

¹¹⁶ Cfr. Lacy, p. 104.

¹¹⁷ Cfr. Merker, p. 90.

párrafos 12 - 48 de Diodoro transmiten partes del libro V de Agatárquides, pero reinterpretándolo en una clave formal distinta, de manera que “en este sentido, es de menor valor que Photius (*sic*) para el establecimiento del estilo de Agatárquides”.¹¹⁸ En términos de contenido, sin embargo, los párrafos de Diodoro se corresponden bastante bien con los de Focio, de manera que es posible saber, con cierta seguridad, de qué trataba el libro V de *Περὶ τῆς ἐρυθρᾶς θαλάσσης*.

Después de Diodoro, ningún erudito clásico se interesó seriamente por la obra de Agatárquides, a no ser como un depósito de informaciones curiosas que podrían dar color a alguna que otra obra literaria, como se verá más adelante. No fue sino hasta el siglo IX cuando Focio, en Constantinopla, se dio a la tarea de extraer pasajes de la obra agatárquidea *Sobre el Mar Eritreo*, que conformarían más tarde el códice 250 de su *Biblioteca*. Su versión es la mejor para establecer el texto de Agatárquides, pero hay que tener en cuenta que seleccionó el material de acuerdo con sus propios objetivos e intereses, de tal manera que prefirió los pasajes geográficos, paradoxográficos y morales en serio detrimento de las partes narrativas.¹¹⁹

¿Tuvo Focio un acceso directo a los textos de Agatárquides? Dado que califica a Agatárquides como émulo de Tucídides en cuanto a la abundancia y elaboración de los discursos públicos, y le atribuye la primacía no sólo entre los γραμματικοί, sino también entre los ῥήτορες, Mazzucchi sospecha que, como en el tratado *Sobre el Mar Eritreo* lo único que tiene forma de discurso es la parénesis al joven Lágida, el filólogo bizantino debió tener al alcance alguna de las otras dos obras históricas del cnidio: “el ἱστορικόν que leyó debía contener también algún libro de las historias de Asia y de Europa”.¹²⁰ Contraria a esta visión es la que expresa W.T. Treadgold: “No hay razón para pensar que Focio leyó las historias de Asia y Europa, dado que menciona que leyó solamente un ἱστορικόν;

¹¹⁸ Sánchez León, p. 188.

¹¹⁹ *Cfr.* Burstein, p. 37.

¹²⁰ Mazzucchi, p. 264.

evidentemente, el *Sobre el Mar Rojo*".¹²¹ Sea como fuere, no está en cuestión el hecho de que Focio haya tenido entre sus manos una versión original de Περὶ τῆς ἔρυθρῆς θαλάσσης.

Ahora bien, Focio trabajaba de tres maneras distintas los textos que le interesaban, de modo que en su *Biblioteca* pueden encontrarse códices que sólo indican el tema de un trabajo, o resúmenes de longitud variable, o bien *excerpta* en los que el patriarca copiaba *verbatim* los pasajes del texto, en el mismo orden en que aparecían en el original, pero sin nada que los ligara entre sí, y sin hacer ninguna observación en torno al contexto en que estaban insertos.¹²² El código 250 de su *Biblioteca*, en que se encuentran reunidos los *excerpta* de los libros I y V de *Sobre el Mar Eritreo*, pertenece a este último grupo, así que, a decir de María L. Sánchez León, "hay que matizar, en general, una mayor fidelidad de los sumarios photianos (*sic*) al original en contenido y estilo frente a la personal expresión e interpretación de Diodoro alterando, por ejemplo, como ha puesto de relieve la historiografía, las claves políticas del original agatarquídeo, lo que le resta valor, como transmisor frente al patriarca bizantino".¹²³ Por ello he preferido aquí la versión de Focio a la de Diodoro y, dado que lo que me interesa es más el contenido que la forma de la obra, cuando haya diferencias en la información transmitida entre estos dos recopiladores, lo indicaré. Una vez señaladas estas generalidades en lo que respecta a la transmisión de *Sobre el Mar Eritreo*, se verá ahora de qué manera influyó esta obra a otros autores con el paso del tiempo.

¹²¹ W.T. Treadgold en *The nature of the Bibliotheca of Photius*, Washington D.C., 1980, p. 60, n. 36, citado por Mazzuchi, p. 264, nota 46.

¹²² *Cfr.* Burstein, p. 24.

¹²³ Sánchez León, p. 194.

II. 3 Pervivencia

Dada la gran cantidad de información que contenía, la obra de Agatárquides fue durante un tiempo, el documento primordial para conocer la geografía y la etnografía de la cuenca del Mar Rojo, pero muy pronto, cuando Roma conquistó por fin Egipto y Siria, a fines del s. I a. C., el comercio naval y caravanero con el sur de Arabia y la India se expandió considerablemente, y, como consecuencia lógica, una nueva oleada de información fresca complementó y actualizó lo que se sabía sobre dichas regiones. Todo escritor posterior a esa época enriquecía la información agatarquídea con los datos aportados por estos nuevos descubrimientos¹²⁴ y, con el paso del tiempo, el contacto directo con la obra de Agatárquides se volvió cada vez más esporádico. Para el s. II de nuestra era, ya nadie la consultaba como fuente geográfica, aunque algunos literatos seguían interesándose en sus coloridas descripciones de la fauna africana. Poco a poco, Agatárquides dejó de ser consultado incluso en este sentido, pues lo habían sustituido compendios más completos, como la *Historia de los animales*, de Eliano, y la *Cynegetica*, de Opiano.¹²⁵

Ésta es, pues, la historia de la pervivencia de Agatárquides, a muy grandes rasgos. Conviene verla ahora de manera más detallada. De entre los autores que conocemos actualmente, muestran claras señales de haber utilizado como fuente a Agatárquides, además de Diodoro y Estrabón, Plinio el Viejo y Eliano.

Plinio el Viejo menciona a Agatárquides como fuente para el libro VII de su *Historia natural*, pero en realidad puede encontrarse material agatarquídeo también en los libros VI, VIII, IX, X y XXIX de dicha obra.¹²⁶ Hay que tener en cuenta que, al igual que Diodoro y

¹²⁴ Cfr. Burstein, p. 35.

¹²⁵ Cfr. *Idem*, p. 34-35.

¹²⁶ Cfr. *Idem*, p. 35, nota 1.

Estrabón, Plinio sólo había conocido el *Sobre el Mar Eritreo* a través de fuentes intermedias. En su caso, no sólo se trataba de Artemidoro, sino también de Juba, autor de una monografía sobre Arabia (actualmente perdida), que le debía mucho a Agatárquides.

Juba y un sirio helenizado, llamado Uranios, autor de una *Arábica* en cinco libros, terminaron por sustituir como fuente geográfica al tratado *Sobre el Mar Eritreo*, dado que sus obras eran más actuales.

Sin embargo, otros autores se interesaron más por sus descripciones del bestiario etiópico, entre ellos, el propio Eliano, y otros más se vieron atraídos por sus descripciones etnográficas. Así, Agatárquides influenció a Pomponio Mela, que hablaba de pueblos africanos fabulosos,¹²⁷ y es probable que también deriven de su obra los cuadros utópicos de Estrabón (IX, 4) sobre el territorio de los albaneses, o de Apiano (*Lyb.* 71), donde se describe a los nómadas como gente robusta y longeva debido al clima, a la dieta sencilla y al trabajo al aire libre.¹²⁸

Existe cierta relación entre Posidonio de Apamea (s. I a. C.) y Agatárquides, no sólo en cuanto al pensamiento etnográfico helenístico,¹²⁹ sino también, según Urías Martínez, en lo que respecta a la concepción de la historia: el estudioso español afirma que ambos prestan más atención a la descripción de las circunstancias en que se producen los acontecimientos (al contexto y las condiciones socioeconómicas que los originan) que a la simple narración de los hechos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la peculiar selección de *excerpta* de que fue objeto el tratado de Agatárquides puede presentar una idea engañosa de la importancia que tendrían dichas descripciones en el conjunto de la obra perdida en gran parte, que debía ser preminentemente narrativa.

¹²⁷ La fuente es Plin., *HN* I, 23., citado por Baroja, pp. 200-201.

¹²⁸ Cfr. Gómez Espelós, 1994, p. 180, nota 22.

¹²⁹ A. Dihle ("Zur Hellenistische Ethnographie", en *Grecs et Barbares*, Ginebra, Entretiens sur l'antiquité classique, tomo VIII, Fondation Hardt, 1962, pp. 205-232, citado por Urías Martínez, "La historia...", p. 58 y nota 3) establece una estrecha relación entre Agatárquides y Posidonio, en el marco del pensamiento etnográfico helenístico.

Finalmente, también Heliodoro, en sus *Etiópicas*, parece basarse en Agatárquides (a través de Juba y Plinio) al describir detalladamente las costumbres de los pueblos etíopes¹³⁰ y los hábitos alimenticios de los “vaqueros” de la desembocadura del Nilo, que se alimentaban con los peces del lago secados al sol.¹³¹ Sin embargo, en un mayor número de casos, Heliodoro se apoya en lugares comunes del pensamiento griego en torno a Etiopía; son lugares comunes que aparecen registrados desde Heródoto y que, para la época del autor de la novela, ya habían sido desmentidos por el contacto establecido entre los pueblos africanos y la cultura grecorromana.

¹³⁰ Cfr. Hld., Tr. y notas de Emilio Crespo, Madrid, Gredos, 1979, p. 411, nota 331.

¹³¹ Cfr. *Idem*, I, 5,4.

II. 4 Género

La discusión sobre el género al que pertenece *Sobre el Mar Eritreo* nunca ha cesado del todo, pues la enorme variedad temática de los fragmentos conservados ha causado conflictos a quienes han intentado someterla a un esquema definido. Así, algunos estudiosos hablan de un trabajo etnográfico, paradoxográfico, geográfico y periplográfico, sin ponerse de acuerdo; desoyendo la caracterización que hace el patriarca Focio del tratado como una obra histórica (ἱστορικόυ), y descuidando algunos indicios que presenta el propio Agatárquides a lo largo de los fragmentos multicolores de su escrito.

Antes de considerar con detenimiento cada una de estas opiniones, vale la pena citar tres ejemplos de esta confusión que, a mi juicio, son los más significativos. Müller, uno de los editores más importantes de Agatárquides, lo incluye en su compendio de *Geógrafos griegos menores*, hecho que, al decir de Sandra Gozzoli, no sólo ha influido seriamente en la crítica posterior, sino que incluso ha disminuido la importancia de la obra;¹³² por otra parte, como ya se dijo, de las traducciones españolas que hay de este trabajo, la única íntegra se encuentra en una antología de literatura de viaje, y la otra, fragmentada y breve, está inserta en un volumen sobre paradoxografía.¹³³

Esta situación, empero, no es gratuita. Por un lado, el título *Sobre el Mar Eritreo* bien podría encabezar un trabajo de carácter geográfico y, por el otro, según Burstein, debido al variopinto contenido de los fragmentos del libro I, la mayoría de los estudiosos ha preferido ignorarlo para centrar su atención en el libro V, cuyos fragmentos son de tema

¹³² Cfr. Gozzoli, p. 63.

¹³³ Me refiero, respectivamente, a García Moreno (ed.), *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, y Gómez Espelósín (ed.), *Paradoxógrafos griegos: rarezas y maravillas*.

eminentemente etnográfico,¹³⁴ lo que los ha llevado a situar a Agatárquides entre los etnógrafos.

La opinión menos precisa es aquella que caracteriza a Agatárquides como viajero o periplógrafo. Como queda dicho, su obra se basaba en documentos escritos; no es, pues, un autor de periplos,¹³⁵ entendiendo periplo como “la descripción de la costa que se observaba desde la nave siguiendo el orden de los lugares que aparecían en el recorrido”.¹³⁶ Algunas partes de su obra, sin duda, son claramente deudoras de periplos en el más exacto sentido del término, como el de Nearco y el de Aristón, pero la imprecisión geográfica de dichos pasajes es tal que, aunada al carácter de investigador de archivo de su autor, es argumento suficiente para desmentir cualquier idea de un Agatárquides viajero o navegante.

Sobre Agatárquides como paradoxógrafo he dicho ya lo suficiente. *Sobre el Mar Eritreo* manifiesta un comprensible gusto por los *mirabilia*, “muy en consonancia con el interés de los tiempos”,¹³⁷ pero sería erróneo clasificar a Agatárquides exclusivamente como un paradoxógrafo, porque la intención de su escrito no parece limitarse al entretenimiento de los curiosos, y también porque los fragmentos paradoxográficos no constituyen un ingrediente muy significativo en lo que se conserva de la obra.

Más comprensible es la caracterización del *Cnido* como etnógrafo, debido al predominio de la descripción etnográfica presente en lo que se conserva del libro V. François Hartog, por ejemplo, lo califica como “filósofo” y “etnógrafo de biblioteca, ocupado en la reflexión sobre los confines”.¹³⁸ Otros estudiosos, como Julio Caro Baroja, centran sus

¹³⁴ Cfr. Burstein, p. 22.

¹³⁵ Cfr. González Ponce, p. 56: “Igual de incorrecto sería contar entre los periplógrafos al erudito Agatárquides de Cnido (mitad del siglo II a. C.), que parece haber cerrado su producción literaria con un tratado geo-etnográfico-histórico titulado *Sobre el Mar Eritreo...*” Nótese aquí también la dificultad de González Ponce para definir el género al que pertenece la obra, a la que caracteriza como “geo-etnográfica-histórica”. Más precisa parece la aclaración de Gozzoli que, tras especificar que la obra en cuestión no es un relato de viajes, dice que su método se parece más al de Hecateo de Abdera y Megástenes, donde la geografía y la etnografía no se limitan a sí mismas, sino que se relacionan con la historia, y se utilizan con finalidades precisas (Cfr. Gozzoli, p. 64). Para Gozzoli, Agatárquides es un “historiador, etnógrafo y político del . II a. C.” (*Idem*, p. 54).

¹³⁶ Lesky, p. 246.

¹³⁷ Gómez Espelós, 1994, p. 208.

¹³⁸ Hartog, p. 139.

análisis exclusivamente en este sentido, sin considerar la evidente postura política y la carga moral que parecen ser parte integrante de la etnografía en la obra agatárquida. Por lo demás, la etnografía griega nunca conformó un género aparte, aislado de la historia o la geografía.

Mucho más adeptos tiene la teoría de que *Sobre el Mar Eritreo* era un tratado geográfico; entre ellos se encuentran Müller, A. Diller y Van Paasen;¹³⁹ pero para todos los que eligen esta opción no deja de ser inquietante la poca exactitud geográfica del cnidio al momento de describir las líneas costeras o de ubicar geográficamente a las tribus de las que habla. Así, tras identificar a Agatárquides como geógrafo, el siguiente paso ha sido tacharlo de mal geógrafo y, luego, justificar su negligencia en este sentido con los más variados argumentos.

Müller, congruente con el hecho de haber incluido al cnidio en un compendio de geógrafos, se da a la tarea de analizar largamente los datos geográficos brindados por Agatárquides en comparación con los incluidos en las obras de Artemidoro (vía Estrabón), Plinio y Tolomeo. Esta minuciosa labor lo lleva a discutir incluso cuestiones exclusivamente relacionadas con la obra del segundo, como, por ejemplo, la aparente confusión entre el Golfo arábigo y el pérsico. Mediante la comparación de los datos geográficos referidos por dichos autores y los mencionados por el cnidio, Müller intenta asignar equivalencias reales a los sitios a los que Agatárquides se refiere, aunque el erudito también se vale en ocasiones de semejanzas fonéticas entre los topónimos antiguos y los modernos (v. g.: *Cum Amnametho componere licet, quoad nomen, Amna insulam*).¹⁴⁰

Müller atribuye la falta de exactitud y rigor geográficos en la obra de Agatárquides al hecho de que dio crédito a las creencias populares, o a un abuso en los artificios retóricos, o bien, a la falta de información sobre la ubicación de los lugares mencionados. Parece, sin embargo, que lo convence más la segunda posibilidad, y conviene citar aquí su explicación:

¹³⁹ El primero en *Geographi Graeci Minores*, como queda dicho, y los dos últimos en DILLER, A. *The Tradition of the Minor Greeks Geographers*, Lancaster, 1952, pp. 65-66 y VAN PAASSEN, *The Classical tradition of Geography*, Groningen, 1957, ambos mencionados por Urfas Martínez "La historia...", p. 60.

¹⁴⁰ Müller, p. LXXIII.

Te preguntará, lector, en qué descuella Agatárquides con sus cinco libros *Sobre el mar Eritreo*, tras las expediciones, viajes y comentarios de tantos hombres griegos. Me temo que las razones serán menos de las que esperas; porque, si es lícito hacer un juicio a partir de los fragmentos sobrevivientes de su obra, resulta evidente que nos encontramos ante un narrador agradable, muy elegante, cuyos escritos históricos ostentan todas aquellas virtudes que Focio alabó con cuidado y que nosotros estamos prontos a confirmar; tanto más cuanto que los escritores de tratados geográficos no suelen preocuparse demasiado por estas cosas. Pero ese mismo empeño por la elegancia parece haber sido la causa de que nuestro autor descuidara la exactitud que, con la intención de hacer transparente la narración y precisar cuidadosamente los nombres, ubicación y ambiente de todas las regiones, constituye la gloria especial del geógrafo. Sin preocuparse por esto, la obra de Agatárquides, en lugar de una imagen clara, muestra una confusa mescolanza de colores muy brillantes, que no se circunscribe a ninguna línea. Éste es el aspecto de nuestra obra, así que no debes pensar que fue elaborada por un geógrafo, sino escrita por un rétor que se había propuesto precisamente eso, y que, para lograrlo, extrajo de varios escritos ajenos un libro ameno y sumamente grato para la juventud y la masa de lectores, porque se alejaba de la austeridad de la ciencia exacta.¹⁴¹

A pesar de las varias críticas que hace a la falta de exactitud geográfica de la obra *Sobre el Mar Eritreo*, Müller no deja de encontrar, entre los comentarios de Agatárquides, algunos que pudieran tener utilidad práctica, sobre todo aquellos que se refieren a las características de la costa (indicando si ésta es montañosa, rocosa, arenosa, recta, sinuosa) o a la mayor o menor profundidad del mar.¹⁴²

De entre los que optan por tachar a Agatárquides como geógrafo negligente, conviene mencionar a Trüdinger.¹⁴³ Reinhart,¹⁴⁴ por su parte, parece más inclinado hacia la tesis de Müller, y sostiene que Agatárquides manipuló todo su material para surtir efectos

¹⁴¹ "Post tot virorum Graecorum itinera, expeditiones conditosque de iis comentarios quaeras quidnam Agatharchidis suis De Mari Erythraeo libris quinque praestiterit. Vereor ne minora fuerint quam expectaveris. Quodsi ex parte superstite de integro opere iudicium ferre licet, narratorem sane habemus suavem, perelegantem, omnesque illas orationis virtutes ostendentem, quas in historicis Nostris scriptis summopere Photius laudavit, tantoque promptius nos praedicamus, quo minus geographicorum scriptores de iis solliciti esse solent. At ipsum illud elegantiae studium in causa fuisse videtur ut negligeret auctor ἀκριβείαν istam, quae in ordine narrationis perspicua et in locorum regionumque nominibus, situ, ambitu, distantiiis accurate definiendis posita praecipuam geographi laudem constituit. Qua spreta diligentia, pinguntur nullis circumscrip-ta lineis, et pro distincta imagine praebetur confusa nitidissimorum licet colorum farrago. Ea enim nostri operis species est, ut non tam a geographo elaboratum putes quam a rhetore concinnatum, qui hoc sibi proponeret ut e variis aliorum scriptis librum eliceret amoenum ac iuventuti lectorumque multitudini tanto gratiorem quo magis procul haberet exactae doctrinae austeritatem" Cfr. Müller, p. LXI.

¹⁴² Cfr. *Idem*, p. LXIV.

¹⁴³ En su trabajo sobre la etnografía griega (*Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie*, Basel 1918, p. 111 nota 1), mencionado por Gozzoli p. 63.

¹⁴⁴ En su obra *Poseidonios*, München, 1921, pp. 22-24, citada por Gozzoli, p. 63.

estilísticos, idea que es rechazada por Woelk, que intenta, nuevamente, confirmar la exactitud y la profundidad de los datos geográficos contenidos en *Sobre el Mar Eritreo*.

A mi juicio, ninguno de estos extremos es adecuado. No parece correcto calificar a Agatárquides como buen o mal geógrafo en su tratado *Sobre el Mar Eritreo*, dado que su atención evidentemente no se centraba en brindar datos exactos sobre medidas geográficas o sobre las distancias que mediaban entre puertos o territorios; de hecho, los fragmentos que se ocupan de estas cuestiones, además de vagos, son relativamente escasos y más bien parecen cumplir funciones estructurales, actuando como nexos, por ejemplo, entre la descripción de los pueblos de África y los de Arabia. Hablaré más de ellos al encargarme del argumento de los fragmentos conservados.

Contra todas estas opiniones, gran parte de la crítica considera a Agatárquides, muy acertadamente, en mi opinión, como un importante historiador que, además de sus dos grandes trabajos históricos, también se ocupó de la historia regional en *Sobre el Mar Eritreo*. Entre estos críticos se encuentran H. F. Frieten, Strassburger, Momigliano y Burstein.¹⁴⁵ El segundo de esta lista sostiene, por ejemplo, que de un análisis global y atento de *Sobre el Mar Eritreo* pueden surgir valoraciones complejas, donde los componentes histórico-políticos adquieren un significado relevante.¹⁴⁶

A este grupo de eruditos hay que añadir a Focio y al propio Agatárquides, que se consideraba historiador y equiparaba su obra *Sobre el Mar Eritreo*¹⁴⁷ con la de otros autores que se habían dedicado a escribir sobre las demás partes del mundo, a saber, Licas, Timeo, Hecateo, Basilis, Diofanto y Demetrio; no debe pasar inadvertido el hecho de que cinco de ellos se habían encargado de obras históricas locales.¹⁴⁸

¹⁴⁵ El último de ellos en *Agatharchides of Cnidus, On the Erytraean Sea*, trabajo que ya tantas veces he citado; los tres últimos en H. F. Frieten, *De Agatharchide Cnidio*, Bonn, 1848, pp. 30-31; Momigliano, *La historiografía griega*, Madrid, 1984, p. 26 y Strassburger, *Die Wesenbestimmung der Geschichte durch die antike Geschichtschreibung*, Wiesbaden, 1966, p. 89, respectivamente, todos ellos citados por Urias Martínez, "La historia...", pp. 60-61.

¹⁴⁶ Cfr. Strassburger, *Die Wesenbestimmung der Geschichte durch die antike Geschichtschreibung*, Wiesbaden, 1966, p. 88 y ss, citado por Gozzoli, p. 64.

¹⁴⁷ Cfr. Agatharch., § 64. Véase nota 90 de este trabajo.

¹⁴⁸ Cfr. Burstein, p. 22.

La presencia de discursos, como la parénesis del libro primero, es otro argumento para caracterizar la obra del *cnidio* como historiográfica; es típica del género histórico, y no tendría nada que hacer en un tratado geográfico, por no hablar de un relato de viajes o de un simple compendio paradoxográfico.¹⁴⁹

En seguida me encargaré del tema central de *Sobre el Mar Eritreo*, que puede esbozarse a grandes rasgos, a pesar de las extensas proporciones de texto perdido. Hace falta aclarar dos cosas antes de ello: en primer lugar, que el libro V, del que aquí me ocupo, era, al parecer, un añadido; una especie de apéndice etnográfico perteneciente a una obra esencialmente histórica, y en segundo lugar, que la idea del *cnidio* sobre el método historiográfico no era precisamente la de los historiadores de la época clásica. Historiador de archivo, típico de la época alejandrina,¹⁵⁰ Agatárquides consideraba que las virtudes necesarias para un historiador digno de continuar su obra inconclusa eran, por un lado, que estuviera en contacto con el tema y, por el otro, que tuviera un estilo digno de la historia y la determinación de conquistar la fama a través de su trabajo.¹⁵¹ En ningún momento, nótese, habla de otras cualidades que serían imprescindibles para cualquier historiador clásico, tales como la autopsia. Es interesante ver este hecho dentro de su contexto, dado que, en la época helenística, no era raro que los historiadores se basaran preferentemente en documentos escritos (excepción hecha de Polibio). Habla en favor de Agatárquides el hecho de que sus fuentes eran buenas - lo que aseguró la calidad de su trabajo - y el que tuvo acceso a ellas, por citar a Burstein, "en una escala casi inigualable entre los historiadores griegos más importantes".¹⁵²

¹⁴⁹ Cfr, por ejemplo, *idem*, p. 23.

¹⁵⁰ Cfr. Gozzoli, p. 63, nota 43.

¹⁵¹ Cfr. Agatharch § 110: 'Ὁ δὲ καὶ τοῖς κατὰ μέρος πράγμασιν ἐντετευχώς, καὶ λόγοις κατεσκευασμένος ἱστορίας ἀξίους, καὶ προαίρεσιν ἔχων δυναμένην δόξαν πᾶσι θηρεύειν, σὺν ἀφέξετα. "Aquel que haya trabajado uno tras otro estos asuntos y disponga de palabras dignas de la historia, y tenga la poderosa decisión de de ganarse la gloria con su trabajo, no se abstendrá de ello (sc. de continuar la obra interrumpida de Agatárquides)".

¹⁵² Burstein, p. 17.

II. 5 Temática

Extrañamente, la discusión en torno al tema central de *Sobre el Mar Eritreo* no es tan compleja como la del género al que pertenece. Por lo general se acepta que el tratado se ocupaba de la intervención militar y paramilitar de los primeros Tolomeos al sur de Egipto,¹⁵³ de manera que vale la pena hablar aquí un poco sobre la relación del mundo griego con África oriental y, en menor medida, con Arabia occidental.

Territorio surcado desde antiguo por curiosos y viajeros griegos, África mantuvo, hasta principios del s. III a. C, un contacto muy esporádico con el resto del mundo mediterráneo, lo que nutrió esa aura de fabulación y exotismo que, pese a todo, nunca la ha abandonado por completo.

Consta, por ejemplo, que los egipcios entraron en contacto con los etíopes desde muy antiguo. Una de las primeras acciones expansionistas egipcias hacia el Sur fue comandada por el rey Sesostris, que hacia el siglo XIV a. C. subyugó con una flota a los pueblos costeros del Mar Rojo más allá del Golfo arábigo, y luego hizo conquistas hacia el interior del continente africano.¹⁵⁴

Es célebre también el fracasado intento de Cambises por conquistar a los etíopes, de quienes, según Heródoto, tenía una idea cargada con todos los *topoi* griegos respecto a esos pueblos. Nunca pudo acercarse a ellos debido a la lejanía de sus territorios y a lo desértico del trayecto, lo que confirma la concepción de Etiopía como tierra de confín.¹⁵⁵ Sobre la visión de los griegos en lo que a los etíopes respecta, hablaré más adelante.¹⁵⁶ Lo que ya

¹⁵³ Con ciertos matices. Los que abogan por un *Sobre el Mar Eritreo* perteneciente al género geográfico, por ejemplo, aceptan esta idea, pero subrayan el hecho de que el tratado debía centrarse en la enumeración de los puestos de caza y de los puertos situados a lo largo de la costa, instalados por los Tolomeos para asegurar el abasto de elefantes, más que en cuestiones históricas (Cfr. Müller, p. LXII).

¹⁵⁴ Cfr. Hdt., II, 102.

¹⁵⁵ Cfr. Hdt., III, 20 y ss.

¹⁵⁶ Cfr. capítulo III.1.4.1, p. 78 de este trabajo.

debe quedar claro es que hubo, en efecto, contacto entre los etíopes y los griegos desde mucho tiempo antes de la época de los primeros Tolomeos.

Sin embargo, la relación constante entre los griegos y el sur de Egipto no se entabló sino hasta la época de Tolomeo II, y es muy fácil explicar las causas de esto. La actividad de los Tolomeos se dirigió hacia la costa africana por motivos estratégico-comerciales.¹⁵⁷ En el valle del Alto Nilo y más allá, hacia el Sur, no sólo había yacimientos de topacio, sino elefantes. El interés de los reyes de Egipto en los paquidermos africanos comenzó a mediados de la década anterior al año 270 a. C., aunque su empleo militar por parte de los indios ya había sido mencionado a los griegos por Ctesias de Cnido en el s. IV a. C.,¹⁵⁸ y su efectividad se había comprobado durante las campañas de Alejandro Magno.¹⁵⁹

El tratado *Sobre el Mar Eritreo* comenzaba con las siguientes palabras, que confirman lo anterior: (sc. Dice Agatárquides) "que Tolomeo, el [siguiente] tras el hijo de Lago, fue el primero en establecer la cacería de elefantes, y también de otros animales parecidos, y en reunir en un mismo recinto, con premeditación, las bestias separadas por la naturaleza".¹⁶⁰ A lo que Focio añade: "es necesario preguntarse qué dice aquí el historiador, pues ciertamente antes de los Tolomeos muchos emplearon elefantes domesticados en la guerra, como lo hizo Poro, el indio que luchó contra Alejandro, y otros muchos. Agatárquides dice, o bien, que ese Tolomeo fue el primero en afanarse bastante en ello, o bien, que fue el primero en hacerlo después de Alejandro, o bien que fue el primero de entre los reyes de Egipto".¹⁶¹

¹⁵⁷ Cfr. Gómez Espelosín, 1994, p. 207, nota 119

¹⁵⁸ Cfr. Ctesias, *Fr. Gr. Hist.*, 3A, 688 Ff. 1.16-19.

¹⁵⁹ Cfr. Burstein, p. 5.

¹⁶⁰ "Οτι Πτολεμαίου φησι τὸν μετὰ τὸν Λάγου πρῶτον ἐλεφάντων θήραν συστήσασθαι, ἀλλὰ γὰρ καὶ τῶν ὁμοιοτρόπων, καὶ τὰ τῆ φύσει κεχωρισμένα τῆ προσοίᾳ συναγαγεῖν ὑπὸ μίαν οἰκησιν. Cfr. Agatharch., § 1.

¹⁶¹ Σκεπτέον δὲ τί φησιν ἐνταῦθα ὁ ἱστορικός. Καὶ γὰρ καὶ πρὸ τῶν Πτολεμαίων ἐλέφασιν πολλοὶ χειροῦνται καὶ ἐν πολέμῳ ἐχρῶντο, ὡς Πῶρος τε ὁ Ἰνδὸς ὁ πρὸς Ἀλέξανδρου παλεμήσας καὶ ἄλλοι οὐκ ὀλίγοι· ἢ ὅτι Πτολεμαῖος οὗτος πάλυς πρῶτος περὶ ταύτην ὥφθη τὴν σπουδὴν, ἢ πρῶτος τῶν μετὰ Ἀλέξανδρον, ἢ τῶν Αἰγύπτου βασιλέων πρῶτος. Cfr. *idem*.

Así, luego de que la utilidad de los elefantes como instrumentos de guerra quedó clara, tras la muerte de Alejandro, todos los monarcas helenísticos se esmeraron con afán en conseguir cuantos más ejemplares fuera posible, y no es difícil comprenderlo. El elefante surtía un efecto de pánico sobre los enemigos y, al decir de Heliodoro, no sólo se protegía con equipos de hierro, sino que, "además, está armado en cuanto a su piel por naturaleza, porque una dura costra recorre su superficie y destroza cualquier dardo ante el choque".¹⁶² De manera que estos animales constituían una especie de "tanques de guerra" de la Antigüedad en los que se apostaban seis hombres¹⁶³ que disparaban contra los enemigos como si lo hicieran "desde las torres de una ciudadela"¹⁶⁴.

Sin embargo, la captura de estas bestias era difícil, lo que se hace evidentísimo en las dramáticas descripciones agatarquídeas al respecto¹⁶⁵ y, como no se reproducían en cautiverio, y muchos de ellos morían durante los combates, había que cazarlos constantemente.

En comparación con los demás reyes helenísticos, los Tolomeos se encontraban en una seria desventaja en este sentido, pues los Seléucidas les bloqueaban las rutas hacia la India, que no sólo era la principal fuente de elefantes, sino de entrenadores. El problema no fue tan grave para Tolomeo I (305-282), porque poseía algunos de los elefantes originales de Alejandro, pero para la primera Guerra Siria (275 a. C) esos elefantes ya estaban viejos y no podían combatir con los jóvenes animales de Antíoco I (281-261 a. C), de manera que, en lo sucesivo, debido a la necesidad que tenían los Tolomeos de encontrar una fuente de elefantes libre de interferencia Seléucida, la participación de estos monarcas en los asuntos de la costa africana del Mar Rojo se intensificó.

¹⁶² καὶ ἄλλως δὲ πρὸς τῆς φύσεως τὴν δορὰν ἐστόμωται, στερεμίου φολίδος τὴν ἐπιφάνειαν ἐπιτρεχούσης καὶ πάσαν αἰχμὴν τῷ ἀντιτυπῷ θραυσούσης. *Cfr.* Hld., IX, 18, 8.

¹⁶³ ἕξ μὲν ἑκάστου (sc. θηρίου) κατελιφότες δύο δὲ κατὰ πλευρῶν ἑκάστην ἐκτοξεύοντες, τῆς ἐπ' οὐρῶν μόνης εἰς τὸ ἀπρακτοῦ σχολαΐσσης. "Apostándose seis hombres en cada animal y disparando dos de cada lado, quedando libre sólo el lado de la cola, para el descanso". *Cfr. Idem*, IX, 18, 5.

¹⁶⁴ ὥσπερ ἐξ ἀκροπόλεως τῶν πύργων. *Cfr. ibidem*.

¹⁶⁵ *Cfr.* Agatharch, §83, sobre todo en la versión de Diodoro.

Durante los siguientes cincuenta años se estableció una cadena de puertos, puestos de guardia y estaciones de caza a lo largo de la costa africana, incluso más allá de los estrechos de Bab-al-Mandeb: lo primero que se hizo, en la década anterior al año 270, fue dragar y reabrir el viejo canal que conectaba al Nilo con el Mar Rojo, y fundar el puerto de Arsinoe cerca del golfo de Suez.

A continuación se fundaron otros puertos, cada vez más al sur, en Myos Hormos, Filotera y, el más importante, el de Berenice Troglodítica, que habría de volverse un potente centro comercial. Pero los exploradores iban incluso más al sur, tratando de encontrar, en las costas del Sudán, sitios propicios para la caza de elefantes.

La primera etapa de actividad tolemaica en el Mar Rojo concluyó exitosamente, con la fundación Tolemaida de las cacerías (cerca del actual Port Sudán, bajo las órdenes de un oficial griego llamado Eumedes), y con el desembarco del primer cargamento de elefantes en Egipto, en algún punto de la década anterior a 260 a. C.

Para entonces ya había sido vencida la resistencia de los grupos nativos a los esquemas de los Tolomeos. Los elefantes se capturaban en el valle Baraka y quizá también en el área situada entre los actuales Kassala y Sennar; desde Tolemaida de las cacerías iban por mar hasta Berenice, y luego atravesaban el desierto para llegar a un sitio de contención en la Tebaida. De allí eran transportados Nilo abajo hacia los grandes establos de elefantes de Menfis.

A mediados de la década anterior a 240 a. C., Tolomeo III (246-222) tenía una manada suficientemente grande como para hacer frente a la tercera Guerra Siria (246-241 a. C.).

Bajo Tolomeo III y Tolomeo IV las cacerías de elefantes continuaron, pero en nuevas zonas que abarcaban la Troglodítica, las regiones interiores de la actual Eritrea, la Etiopía actual e incluso Somalia. Esta nueva búsqueda de tierras para la caza, probablemente, se debió a la disminución de elefantes en estado natural. Para justificar esta

suposición, Stanley Burstein argumenta que, en épocas de Tolomeo II el precio del marfil en el Egeo cayó en torno a un 50%, de manera que las manadas de elefantes también eran explotadas por los colmillos, y no sólo para emplearlas como piezas de guerra en los ejércitos: "En las fuentes no se encuentra ninguna explicación para este cambio, pero hay una coincidencia sugerente. Durante el segundo cuarto del siglo III a. C., esto es, en el auge de la explotación de las fuentes de elefantes de Etiopía por parte de Tolomeo II, el precio del marfil cayó en el Egeo aproximadamente en un 50%, un hecho que sugiere firmemente que, además de ser perseguidas para la captura de animales aptos para el adiestramiento, las manadas también eran explotadas por su marfil".¹⁶⁶

Bajo Tolomeo III y IV siguieron estableciéndose puertos cada vez más alejados, fuera de los estrechos de Bab-al-Mandeb y en la costa Norte de Somalia, pero, después, la caza de elefantes cesó repentinamente.

Los elefantes de los Tolomeos lucharon en 217 la batalla de Rafia, en Palestina, pero su desempeño no fue nada satisfactorio. Intimidados por los elefantes más grandes de Antíoco III (223-187 a. C.), los pequeños elefantes de Tolomeo IV retrocedieron y perjudicaron a su propio ejército. Diez años más tarde, la estabilidad del gobierno tolemaico se vio en peligro por primera vez: en 206 los egipcios se sublevaron apoyados por el rey de Meroé y envalentonados por su contribución a la victoria de Tolomeo IV en Rafia. Desde entonces hasta 186, el alto Egipto fue gobernado por 2 reyes nativos. Estas condiciones, a las cuales se aunaban la falta de recursos y de mano de obra, no permitieron a Tolomeo V proseguir las cacerías.

Tolomeo VI (180-145 a. C) reanudó brevemente una política activa en Nubia, durante el segundo cuarto del s. II a. C., pero sus sucesores no fueron capaces de evitar la disminución del territorio bajo su mando. Para fines del reinado tolemaico, hacia 30 a. C., la actividad de los Lágidas en el Mar Rojo se limitaba a alentar el comercio con la India y con

¹⁶⁶ Burstein, p. 9.

las tierras productoras de incienso, pues para entonces ya se conocía la ruta del monzón, descubierta en el último cuarto del s. II a. C. Pero de los puertos y asentamientos establecidos por los primeros Tolomeos sólo sobrevivieron, e incluso prosperaron, aquellos que podían ser autosuficientes. Los demás, que sólo habían servido para la caza de elefantes y no eran capaces de mantenerse a sí mismos, fueron abandonados.¹⁶⁷

En cuanto a la relación de los Tolomeos con Arabia y con el Mar Rojo en la acepción actual del nombre, esto es, el Golfo arábigo, hay menos que decir. Más allá de toda fabulación al respecto, Arabia era una fuente riquísima de inciensos y perfumes, productora, al igual que el norte de Somalia, de mirra y cinamomo. El comercio de estos productos en la península arábica estuvo siempre en manos de los árabes, pero el control de los puertos de Levante, desde donde el incienso se embarcaba hacia Egipto y otros sitios del Mediterráneo, estuvo en manos de los Tolomeos hasta el año de 197 a. C, lo que les aseguró a los Lágidas amplias provisiones de incienso y lucrativos beneficios provenientes de los impuestos aplicados a su importación y exportación. Todo esto explica el hecho de que el principal interés de los Tolomeos fuera mantener abiertas y seguras las rutas navales del Mar Rojo.

Esta explotación sistemática del Golfo arábigo y su costa Africana a manos de los primeros cuatro Lágidas parece haber sido, en su momento, el tema central del tratado *Sobre el Mar Eritreo*. De existir completa, y de tratarse de un texto historiográfico, esta obra sería la fuente más importante sobre el tema en la actualidad. La pérdida de grandes porciones de texto es, pues, lamentable, pero lo que se conserva es, aun así, un testimonio invaluable en este sentido.

¹⁶⁷ A partir de la nota 165 de este trabajo, he resumido lo expuesto por Burstein, pp. 5-11.

II. 6 Argumento de los fragmentos conservados

A continuación referiré muy sumariamente cuál es el tema de los fragmentos conservados de *Sobre el Mar Eritreo*, siguiendo a Focio como guía, pero indicando las equivalencias con Diodoro Sículo. En este resumen, los fragmentos transmitidos por Focio llevan al lado una F en superíndice (F^o), y, los transmitidos por Diodoro, una D (D^o). Cuando se trata de fragmentos transmitidos por ambos personajes, van seguidos por las dos letras (F^o D^o).

El libro I comienza por la mención de la caza de elefantes emprendida por Tolomeo II (fr. 1^F). Los fragmentos 2-6^F constituyen una discusión sobre el origen del nombre del Mar Eritreo, que da lugar a una crítica a las explicaciones míticas de los toponímicos (frags. 7^F y 8^F). El fr. 9^F sirve como nexa entre la anterior digresión y el tema central, sobre el cual se vuelve más adelante; es muy breve, y sólo enlista los lugares en los que es posible cazar elefantes: la India, Libia y Etiopía. A continuación (fr. 10^F) se mencionan las fronteras de Egipto para delimitar su territorio. Lo que sigue (frags. 11^F-18^F) es la parénesis dirigida al príncipe Lágida. Finalmente, el libro I cierra (frags. 19^F y 20^F) con una descripción de las armas que emplearon los etíopes contra Tolomeo II en su campaña nubia, y las armas de las que éste se sirvió para luchar contra los etíopes.

Los libros II-IV completamente perdidos, se ocupaban, al parecer, de la campaña nubia emprendida por Tolomeo II, y de otros aspectos de la actividad tolemaica en Etiopía.¹⁶⁸ Es lamentable que no se haya conservado ninguna referencia a estas partes del texto.

¹⁶⁸ Cfr. Burstein, p. 25.

El libro V inicia con una crítica al estilo historiográfico asiánico (fr. 21^F), seguida por una breve enumeración de las ciudades que existen desde Menfis hasta Etiopía, a lo largo del curso del Nilo (fr. 22^F). Con excepción de estos dos fragmentos iniciales, lo que sigue casi siempre es transmitido al mismo tiempo por el patriarca y por Diodoro.

A continuación (fr. 23^{F D}) hay una descripción de la zona pantanosa y aurífera situada al sur de Egipto, en un sitio que Stanley Burstein localiza en el actual Wadi Allaqi.

Sigue la descripción de los trabajos forzados en las minas de oro de dicha región, pasaje que se considera como uno de los mejores ejemplos de la historiografía dramática helenística¹⁶⁹ (frags. 24-29^{F D}). El fr. 30^{F D} hace claramente las veces de nexo entre lo anterior y la etnografía enfocada en los habitantes africanos: enumera, clara y sintéticamente, los cuatro tipos de pueblos que existen al sur de Egipto.

Así, la descripción de los ictiófagos inicia con una vaga y somera indicación sobre su distribución geográfica (fr. 31^{F D}), para continuar con la descripción de la forma en que obtienen su alimento (fr. 32-33^{F D}), la manera en que lo procesan para consumirlo (fr. 34^{F D}), las alternativas alimentarias cuando no les es posible pescar (fr. 35-36^{F D}), la obtención de bebida (fr. 37-40^{F D}), su impasibilidad y carencia de lenguaje (fr. 41^{F D}), la buena relación que mantienen con las focas (fr. 42^{F D}), sus viviendas (frags. 43-44^{F D}), la ausencia de ritos funerarios (fr. 45^{F D}) y la existencia de un grupo de comedores de peces en un sitio tan inaccesible que Agatárquides no puede sino pensar que dichos hombres siempre estuvieron allí, desde su aparición (fr. 46^{F D}). Como variantes de los ictiófagos habría que incluir a los comedores de tortugas (fr. 47^{F D}) y a los comedores de ballenas (fr. 48^{F D}), con los que finaliza el pasaje que se ocupa de este vasto conjunto de tribus que viven del mar y sus frutos.

¹⁶⁹ Burstein (p. 26) considera también que este tramo de la obra constituía un ejemplo de la forma en que el buen escritor debía tratar el sufrimiento ajeno. Así, se trataría de una continuación de la discusión en contra del estilo asiático del Agatharch., §26.

El fr. 49^F transmite una larga reflexión en torno al modo de vida de los ictiófagos, paradigma de los pueblos en estado de naturaleza. Aquí, en lugar de esta información, Diodoro hace una descripción de otro género de pesca empleado por éstos.

Siguiendo fielmente la brevísima síntesis de los cuatro tipos de pueblos que habitan al sur de Egipto, Agatárquides se entrega ahora a la descripción del modo de vida de los comedores de raíces (fr. 50^{F D}), los comedores de semillas y los comedores de madera (fr. 51^{F D}); en seguida, describe el género de vida de los pueblos cazadores de fieras (fr. 52^{F D}), de elefantes (frags. 53^{F D}, 54^F, 55^{F D} y 56^F), de avestruces (fr. 57^{F D}), y de saltamontes (fr. 58^{F D}), que están separados de los ordeñadores de perros (fr. 60^{F D}) por una extensión de tierra despoblada a causa de una plaga de tarántulas y escorpiones (fr. 59^{F D}). Finalmente, el cnidio hace una descripción mucho más fina y detallada de los trogloditas (frag. 61^{F D}), seguida de un minúsculo paréntesis donde Focio indica que Agatárquides, a pesar de ser aticista, utiliza la palabra “cámara” (fr. 62^F); y, sobre todo, una descripción de los ritos funerarios de dicha tribu (fr. 63^{F D}). La descripción de los pueblos que habitan al sur del mundo se cierra en el fr. 64^F.

A continuación se habla de los climas extremos que existen en los confines del sur (fr. 65^D) y de la diversidad de climas y costumbres del orbe (frags. 66^F y 67^D). Estos pasajes funcionan como nexo entre el tema etnográfico y la descripción del territorio habitado por los pueblos descritos.

Sigue una curiosa y fantástica descripción de la fauna etiópica; esta descripción se extiende desde el fr. 68 hasta el 79, y conviene desglosarla con más detalle: el fr. 68^F habla de los leones de Arabia; el 69^F, de las “hormigas”;¹⁷⁰ el 70^F, de las panteras; el 71^{F D}, de la lucha entre el elefante y el rinoceronte; el 72^F, del “camelopardo”;¹⁷¹ el 73^{F D}, de las esfinges; el

¹⁷⁰ Probablemente se trata de aquellos animales míticos de la India (sobre la confusión entre la India y Etiopía hablaré más adelante) que sacaban el oro de la tierra (Nearco también se refiere a ellos, *cfr.* Arr., *Ind.*, XV), pues los elementos paradoxográficos están muy presentes en la descripción agatarquídea del bestiario africano, en que se incluyen seres fantásticos como las esfinges.

¹⁷¹ El camelopardo o “camello-leopardo”, que no es otra cosa sino la jirafa, aparece mencionado por Heliodoro, que lo describe graciosamente con múltiples rasgos paradoxográficos (*Cfr.* Hld., tr. Emilio Crespo, Madrid, Gredos, p. 459, nota 375) la fuente de Heliodoro es Estrabón que, a su vez cita a

74^{F D}, del babuino (o “cabeza de perro”); el 75^{F D}, del “cepo”; el 76^{F D}, de los toros carnívoros; el 77^{F D}, de las hienas (o “crocotas”); el 78^F, de las serpientes y su domesticación; y el 79^D, de la caza de una serpiente gigantesca que ciertos cazadores querían obsequiar a Tolomeo II.

A continuación, se presenta un texto que se conoce como “periplo del Golfo arábigo” (frags. 80-94). Se trata de un pasaje que, efectivamente, sigue la línea costera enlistando los puertos y territorios encontrados en el viaje. Ya he mencionado los rasgos periplográficos de Agatárquides;¹⁷² baste añadir que el autor describe aquí la costa desde Arsínoe hasta Myos Hormos (o Afrodita) (fr. 80^{F D} - 81^{F D}), la isla de los topacios y la vida de los buscadores de topacio (fr. 82^{F D}), las zonas aledañas al puerto “de la salvación” (Probablemente Port-Sudan o Suakin, en África), el transporte de elefantes (fr. 83^{F D}), las regiones internas del continente africano (Sudán) más allá de los Tauros y de Tolemaida, el mar que circunda al continente (frags. 84^F y 85^D), los palmares que quizá habría que ubicar en el Sinaí (fr. 86^F), el Sinaí y el Golfo de Aqaba (fr. 87^{F D}-89^{F D}), un golfo (fr. 90^{F D}), tres islas (fr. 91^{F D}), una costa de difícil navegación en el país de los árabes tamudenos (fr. 92^{F D}), las escolleras e islas de la costa arábica (posiblemente cerca del actual Jeddah) (fr. 93^D), una playa fértil y un monte al que Focio llama Laimón, y Diodoro, Jabino (fr. 94^{F D}).

Tras este periplo, que funciona prácticamente como nexo entre el continente africano y Arabia, Agatárquides se da a la descripción de los pobladores de esta última, a saber, los debas (fr. 95^{F D}), los aileos y casandres (fr. 96^{F D}), los carbas y los sebeos, y la tierra que éstos habitan: la Arabia Feliz, cubierta de bosques perfumados (fr. 97^{F D}), pero plagada de serpientes mortíferas (fr. 98^{F D}) y dotada de una atmósfera tan aromática, que sus

Artemidoro. Sin embargo, Crespo no menciona ni considera en ningún momento a Agatárquides, que describe en los mismos términos al animal, y lo llama con el mismo nombre. Antes bien, relacionando el pasaje de Heliodoro con otro casi idéntico que aparece en la *Historia Augusta*, Crespo sostiene que el término “camelopardo” solamente aparece en estas dos obras, y por ello considera a Heliodoro como fuente de esta última en esta particularidad léxica, cosa que le sirve para situar la *Historia Augusta* como un *terminus ante quem* para *Las Etiópicas*, y para datar a Heliodoro poco antes de dicha obra, en la segunda mitad del siglo IV d. C. El argumento pierde validez por el simple hecho de que el término ya había sido empleado por Agatárquides casi seiscientos años antes, a menos que Focio no sea fiable en este sentido.

¹⁷² Cfr. *supra*, p. 33 de este trabajo.

habitantes, los sebeos, se ven obligados a hacer fumigaciones para contrarrestar los efectos del perfume (fr. 99^{F D}). Agatárquides se detiene en la descripción del reino de los sebeos, de la forma en que vive su rey recluido (fr 100^{F D}), del modo de vida del pueblo en general (fr. 101^F), de su riqueza y de su lujo (fr. 102^{F D}). Finalmente deja este reino, y se ocupa de las lejanísimas y fantásticas islas "afortunadas", donde las ciudades no tienen murallas, y todos los animales son blancos (fr. 103^{F D}); de los fenómenos celestes que se observan en estos confines (fr. 104^{F D}), y del extraño comportamiento del sol más allá de Tolemaida de las Cacerías (fr.105^F y 106^D). El autor tiene el cuidado de expresar su desconfianza ante los rumores sobre mareas y fenómenos francamente paradoxográficos (fr. 107^F), pero luego habla de juncos, olivos (fr. 108^F) y peces extraordinarios (fr. 109^F).

La obra cierra en el fr. 110^F, donde Agatárquides señala que deja el trabajo incompleto debido a su avanzada edad y a los disturbios egipcios que le impidieron consultar los archivos reales, y terminar la obra. Quien esté dispuesto a ello, concluye el autor, podrá hacerlo en un futuro.

La edición de Müller incluye, además, un último párrafo que refiere el intento de Arriano por demostrar que los fenómenos celestes no indican nada bueno o malo (fr. 111^F), y algunos fragmentos de ubicación desconocida transmitidos por otros autores, a saber: un párrafo donde se habla del régimen del Nilo (fr. 112, transmitido por Diodoro I, 41, 4), otro que habla sobre la muerte de los comedores de saltamontes (fr. 113, transmitido por Plutarco, *Quaestiones convivales* VIII, 9, 16), otro más que describe a un pueblo africano inmune a las picaduras de los animales (fr. 114, transmitido por Eliano, en *NA.*, XVI, 27) y, por último, otro del mismo tema que, además, menciona el exterminio de estos hombres a manos de los nasamonos (fr. 115, transmitido por Plinio, *HN.*, VII, 2).

III. Valoración de los bárbaros en Agatárquides de Cnido

III. 1 Antecedentes

Dentro de la ciencia griega, la geografía y lo que actualmente conocemos como etnografía siempre estuvieron estrechamente unidas. No era raro que los territorios se dividieran con base en criterios étnicos.¹⁷³ El espacio terrestre y los hombres que lo habitaban no podían separarse y, con frecuencia, las regiones del mundo tomaban el nombre del pueblo que las habitaba, de manera que la correspondencia entre el término que se empleaba para designar a un grupo humano y el que se empleaba para designar la zona geográfica en que éste habitaba era total.¹⁷⁴ El objetivo de este capítulo es presentar, sumariamente, la forma en que los griegos concebían a los bárbaros y a los confines y, en consecuencia, la manera en que se veían a sí mismos frente a ellos. Es, pues, necesario hablar de la visión del centro cultural y geográfico a partir del cual los griegos contemplaban y describían el mundo, revisar un poco su visión de los bárbaros y, finalmente, viajar hasta los confines, sobre todo hacia los vinculados con esta tesis: Etiopía, India y Arabia. Se comprende, sin embargo, que en este recorrido no será posible, ni prudente, separar la geografía de la etnografía. Ambas disciplinas estarán entretreídas aquí como lo estaban en la mentalidad griega.

¹⁷³ Eratóstenes rediseñó la figura de Asia dividiéndola en cuatro partes, de acuerdo con criterios étnicos. (Cfr. Prontera, p. 30).

¹⁷⁴ Cfr. Prontera, p. 54. La coincidencia entre el étnico y el corónimo entorpecía la puesta al día de los étnicos obligada por los cambios en las situaciones históricas y políticas. Muchas veces el problema se solucionaba, en parte, con la creación de nombres compuestos de dos étnicos, o de un étnico y un corónimo (v.g. indoescitas o celto-ligures). Esto permitía ordenar las nuevas realidades dentro de los viejos marcos étnico geográficos (Cfr. Prontera, p. 115).

III.1.1 El centro: Grecia, los griegos

No es posible acceder a los confines sin saber, antes, dónde se encuentra el centro a partir del cual éstos se consideran tales. La idea del centro del mundo está relacionada estrechamente con la idea de un mundo finito, pues uno infinito no puede tener centro. El centro suele corresponder al país en que habita el sujeto, o a algún otro lugar de especial relevancia para sus tradiciones o creencias.¹⁷⁵ Incluyo aquí, como parte del concepto de centro, la cultura desde la cual habla o escribe el sujeto, y el tiempo al que éste último considera como su referente.

En los primeros mapamundis griegos, aquellos globos como salidos del torno de los que se burlaba Heródoto,¹⁷⁶ el centro estaba situado en la Hélade y, en términos más generales, en el Mediterráneo. Esta situación no cambió ni siquiera después de que se demostrara la enorme extensión de Asia, tras las conquistas de Alejandro Magno.¹⁷⁷ En otras palabras, la cultura griega era una cultura etnocéntrica. Su sitio de referencia, su centro simbólico, era ella misma: su territorio, su lengua, su cultura y su tiempo.¹⁷⁸

Habrá que hacer algunas precisiones. En honor a la verdad, en época clásica, el ciudadano griego se identificaba más que nada con su *polis*: consideraba a los griegos provenientes de otras *poleis* que residían en su ciudad como "extranjeros" — no ciudadanos — a los que designaba con el término de "metecos". Desde luego, estos esquemas de

¹⁷⁵ Cfr. Janni, p. 25.

¹⁷⁶ γελῶ δὲ ὁρέων γῆς περιόδους γραμμάτων πολλοῖς ἤδη καὶ οὐδένα νοσοσχόντως ἐξηγησάμενον· οἱ Ὀκεανὸν τε βέβητα γράφουσι περὶ τῆν γῆν εὐύσσαν κυκλοτερέα ὡς ἀπὸ τῶρου, καὶ τῆν Ἀσίην τῆν Εὐρώπην ποιεύντων ἴσθην. "Me río cuando veo que muchos han trazado ya mapas de la tierra y nadie la ha explicado razonablemente. Éstos dibujan al Océano fluyendo alrededor de una tierra redonda como salida del torno, igualando a Asia con Europa". Cfr. Hdt, IV, 36.

¹⁷⁷ Cfr. Frontera, p. 69.

¹⁷⁸ En otros casos, sin embargo, no es imposible que el centro esté en otra parte. La civilización europea del s. XVI, por ejemplo, era más bien "alocéntrica". Su centro simbólico era Jerusalén. En el Renacimiento ni siquiera el tiempo presente podía considerarse como céntrico; la era ideal era el pasado grecorromano (Cfr. Todorov, p. 118).

ciudadanía e identidad no eran inamovibles, porque la identidad de un pueblo está basada, en gran parte, en la herencia común de un pasado mítico o histórico; en el caso de los griegos, sin embargo, las tradiciones no eran inamovibles, sino que conformaban un material susceptible de modificaciones e intervenciones que permitían transformar la identidad de una ciudad estado o de un pueblo según las necesidades históricas.¹⁷⁹

No obstante, por encima de estas distinciones internas, había una identidad helena general basada en la comunión de lengua. Frente a ella, todo pueblo que no hablara el griego, en cualquiera de sus dialectos, era considerado bárbaro.¹⁸⁰

III.1.2 La alteridad: los bárbaros

Considero fundamental escribir aquí dos palabras sobre la alteridad. Frente al otro pueden tenerse dos reacciones: o se le ve como diferente o como igual. El discurso de la diferencia lleva fácilmente al prejuicio de superioridad ante el otro, al tiempo que el de la igualdad puede llevar a la indiferencia y, “si bien es indiscutible - dice Tzvetan Todorov - que el prejuicio de superioridad constituye un obstáculo en la vía del conocimiento, también hay que admitir que el prejuicio de igualdad es un obstáculo todavía mayor, pues consiste en identificar pura y simplemente al otro con el propio ‘ideal del yo’ (o con el propio yo) (...). El postulado de igualdad lleva consigo la afirmación de identidad, y la segunda gran figura de la alteridad, aun si es indiscutiblemente más amable, nos lleva hacia un conocimiento del otro todavía menor que la primera”.¹⁸¹

Todorov distingue tres planos (o ejes) en que puede situarse la problemática de la alteridad, y que yo esquematizo de la manera siguiente:

¹⁷⁹ *Cfr.* Prontera, p. 118.

¹⁸⁰ *Cfr.* Pl., *Plt.*, 262.

¹⁸¹ Todorov, p. 177-181.

1.- plano axiológico (juicio de valor respecto al otro):

- a) el otro es bueno (lo quiero, es mi igual)
- b) el otro es malo (no lo quiero, es inferior a mí)

2.- plano praxeológico (alejamiento o acercamiento en relación con el otro):

- a) adopto los valores del otro, me identifico con él
- b) me comporto de manera neutral e indiferente
- c) asimilo al otro a mí, le impongo mi propia imagen

3.- plano epistemológico:

- a) conozco la identidad del otro
- b) ignoro la identidad del otro

Ninguno de estos planos puede reducirse a otro, aunque estén relacionados entre sí. Además, entre los dos estados de conocimiento del otro, hay una gradación infinita de estados menos o más elevados.¹⁸² Este esquema no representa absolutos, pero constituye un punto de partida bastante práctico para analizar la forma en que los griegos, y Agatárquides entre ellos, veían a los bárbaros.

La palabra “bárbaro” (βάρβαρος) parece remontar su origen al indoeuropeo. La repetición “*barbar*”, que se encuentra también en el latín *balbus* (tartamudo), es una forma onomatopéyica, de origen metalingüístico.¹⁸³ Bárbaro es aquel que, al hablar, sólo puede proferir un lenguaje áspero, algo ininteligible; de ahí que Aristófanes les diga βάρβαροι a los pájaros.¹⁸⁴

Este criterio lingüístico de distinción ante el otro es una de las muestras más claras de la reacción humana, primera y espontánea, cuando se encuentra frente al extranjero: lo imagina inferior. Le niega o disminuye su capacidad de lenguaje, signo distintivo de lo humano. Para demostrar que no se trata de un fenómeno exclusivamente griego, bastan

¹⁸² *Idem*, p. 195.

¹⁸³ *Cfr.* Grekou, p. 66; Hartog, p. 112.

¹⁸⁴ *Cfr.* Ar., *Av.*, 199-200.

algunos ejemplos: los esclavos de Europa llamaban a su vecino alemán *nemec* (mudo); los mayas llamaban *munob* (mudos) a los toltecas; y entre los mismos mayas, los cakchiqueles se referían a los *mam* como "tartamudos"; los mexicas llamaban a los del sur de Veracruz *nonoualca* (mudos),¹⁸⁵ al tiempo que los nahuas ("los de habla clara") llamaban popolocas ("tartamudos") a todos aquellos que no hablaran su lengua. Aún hoy, los indígenas *ñoñhu* ("los que hablan bien") designan la manera de hablar de los no otomíes como *ñhamfö* (ladrar).¹⁸⁶

Desde luego, la actitud en la mirada hacia los bárbaros por parte de los griegos varió de acuerdo con los cambios en el contexto histórico y en el marco geográfico;¹⁸⁷ El descubrimiento del otro, aunque es una cuestión que debe ser asumida por cada individuo, y vuelve a comenzar eternamente, también tiene una historia.¹⁸⁸ Esa historia es la que me interesa referir aquí sumariamente. No podré detenerme demasiado en los casos particulares, y tampoco me ocuparé, pues no viene al caso, de las divisiones que primaban entre los propios griegos. Me centraré en la dicotomía más evidente de la identidad griega: la que distinguía a helenos y bárbaros.

La visión que los griegos tenían sobre los otros ha sido objeto de polémicas modernas. Momigliano,¹⁸⁹ por ejemplo, considera que los griegos tenían ante los otros una postura de cierre y desconocimiento, al tiempo que Castoriadis afirma que el verdadero interés por los otros nació con los griegos, y no fue sino un aspecto de la mirada crítica e interrogadora con la que se contemplaban a sí mismos.¹⁹⁰

El sistema bárbaro-griego, como dicotomía, no es tan claro en Homero como lo fue en tiempos posteriores. Los únicos "bárbaros" que se registran en su obra son los carios

¹⁸⁵ Cfr. Todorov, p. 84.

¹⁸⁶ Cfr. Abramo, pp.126-130.

¹⁸⁷ Prontera, p. 105.

¹⁸⁸ Cfr. Todorov, p. 257.

¹⁸⁹ Cfr. Momigliano, "L'errore dei Greci", en *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1980, vol. II, p. 513, citado por Hartog, p. 23, nota 36.

¹⁹⁰ C. Castoriadis, *Les carrefours du labyrinthe II*, París, Éditions du Seuil, 1986, p. 262 citado por Hartog, p. 23.

“barbarófonos” y, aquí, bárbaro no significa no griego.¹⁹¹ No es sino hasta las guerras médicas cuando este sistema se acentúa. El fenómeno es evidente en Heródoto. El bárbaro por antonomasia es ahora el persa, y el mundo se divide entre el Asia bárbara y la Europa griega.¹⁹²

Esta división se refleja en los postulados de Hipócrates, que sostenía que los asiáticos eran menos fuertes y belicosos que los griegos por vivir en una tierra que gozaba de un clima estable, sin demasiados cambios de temperatura: “las causas de que los asiáticos sean mucho menos belicosos que los europeos y mucho más blandos en lo que respecta a sus costumbres son sobre todo las estaciones, que no cambian mucho, ni en cuanto al calor ni en cuanto al frío, sino que se mantienen uniformes. Pues no hay aturdimientos del alma ni cambios violentos del cuerpo, por los cuales es natural que el carácter se enfurezca y caiga en lo insensato y en lo iracundo, más que aquel que siempre está en el mismo estado”.¹⁹³ Sobra decir que, para la mentalidad hipocrática, Europa, y específicamente Grecia, reunía las características idóneas para generar hombres resistentes y valerosos. Quizá en compensación, se pensaba que en Asia todo era más bello y grande. Sin embargo, es importante tener en cuenta que el determinismo del clima, en Hipócrates, no es total. Hipócrates, así como Demócrito, Aristóteles, y más tarde Agatárquides y Estrabón, consideraban que el ejercicio y la costumbre eran factores más importantes en la adquisición de las τέχναι y de las δυνάμεις de las sociedades humanas, que la constitución natural.¹⁹⁴ Hipócrates considera, por ejemplo, que si bien la naturaleza puede marcar una propensión a la indolencia y a la cobardía, esta tendencia puede contrarrestarse con instituciones políticas

¹⁹¹ Cfr. Hom., *Il.*, B 867. Cfr. también Hartog, p. 112.

¹⁹² Cfr. Hartog, p. 118. Esta división entre Asia y Europa permaneció vigente en la mentalidad griega y es patente en Agatárquides, cuya historia, que posiblemente pretendía ser universal, como queda dicho, estaba dividida en dos obras: *Sobre los asuntos de Asia* y *Sobre los asuntos de Europa*.

¹⁹³ ὅτι ἀπολεμώτεροί εἰσι Εὐρωπαϊῶν οἱ Ἀσκηνοὶ καὶ ἡμερώτεροι τὰ ἥθεα αἱ ὄραι αἴτια μάλιστα, οὐ μεγάλας τὰς μεταβολὰς ποιούμενοι οὔτε ἐπὶ τὸ θερμὸν οὔτε ἐπὶ τὸ ψυχρὸν, ἀλλὰ παραπλησίως, οὐ γὰρ γίνονται ἐκπλήξεις τῆς γνώμης οὔτε μετὰστασις ἰσχυρὴ τοῦ σώματος, ἀφ' ὧν εἰκὸς τὴν ὀργὴν ἀγριοῦσθαί τε καὶ τοῦ ἀγνώμονος καὶ θυμοειδέος μετεχειν μᾶλλον ἢ ἐν τῷ αὐτῷ αἰεὶ εἶναι. (Hr., *Aer.*, 16).

¹⁹⁴ Cfr. Dihle, p. 30.

adecuadas, que produzcan el efecto contrario.¹⁹⁵ En otras palabras, el gobierno monárquico que regía a los pueblos asiáticos era considerado por los griegos inferior a la *polis* isonómica de estos últimos. Una vez más, se demuestra aquí el sentimiento griego de superioridad ante los bárbaros. Con mucha frecuencia, en época clásica, la barbarie se asocia con la realeza. Quienes estaban sometidos a un tirano, necesariamente caracterizado por su *hybris*,¹⁹⁶ sufrían las consecuencias de este hecho. Están ahí *Los Persas*, de Esquilo, para probarlo.¹⁹⁷

Después de Hipócrates, varios pensadores se dedicaron a estudiar las diferencias corporales y anímicas de los hombres según las características climáticas y territoriales de sus países de origen, entre ellos, Platón y Aristóteles.¹⁹⁸ Este último consideraba que los climas fríos producían hombres con mucho espíritu, pero poca inteligencia y habilidad, al tiempo que relacionaba a Asia con inteligencia y habilidad, pero falta de brío. Los griegos, en cambio, al situarse en el punto medio, en términos geográficos, eran libres, inteligentes, briosos, organizados y capaces de dirigir a los demás.¹⁹⁹

Frente a estas posturas etnocéntricas había otras relativistas. Protágoras manifestó su interés etnográfico a través del estudio de la diversidad de leyes, encaminado a demostrar que cada pueblo consideraba mejores las suyas propias.

En el sistema bárbaro-griego también habrá que hacer algunos matices. Los helenos distinguían muy bien entre bárbaros y bárbaros. Aquellos pueblos extranjeros (los persas, los cartagineses y los romanos, por ejemplo) cuya organización política y militar les otorgaba una identidad más acentuada a los ojos de los griegos, entraron de manera estable a la historia y la historiografía griegas. En cambio, los pueblos menos organizados o, valga la

¹⁹⁵ *Cfr.* Hp., *Aér.*, 24.

¹⁹⁶ *Cfr.* Hartog, p. 120.

¹⁹⁷ La distinción entre bárbaros y griegos deja de radicar en la ausencia o presencia de un régimen monárquico con Jenofonte, que expresó cierta visión ideal de los persas (en la *Ciropeedia*) en un momento en el que era particularmente difícil sostener tal postura. Jenofonte diferencia la idea de realeza: no es lo mismo un monarca que un tirano. Así la distancia política entre griegos y bárbaros se reduce (*Cfr.* Hartog, p. 136 y Gómez Espelósín, 1994, p. 177). Los persas que aparecen en la *Ciropeedia* son en realidad griegos ideales, dotados de virtudes puramente helénicas.

¹⁹⁸ *Cfr.* Pl., *Lg.*, V 747 d-e; Arist., *Pol.*, VII, 1327b23-38; Arist., *Pr.*, I, 8-12, 19-29.

¹⁹⁹ *Cfr.* Baroja, p. 124.

expresión, más primitivos, hallaron su lugar en otro tipo de reflexiones, generalmente de índole filosófica, o en las teorías evolucionistas de ciertos pensadores. Algunos de ellos²⁰⁰ consideraban que los pueblos bárbaros primitivos eran los representantes de los antepasados del hombre civilizado. Otros veían en ellos un reflejo de la desaparecida edad de oro, identificada con un régimen económico de caza y recolección, y una vida en estado de naturaleza pura, y libre de guerras y convenciones sociales.

A finales de la época clásica y durante el helenismo los intelectuales griegos desarrollaron el tema de las “sabidurías bárbaras”, que evidencia una teoría de la cultura donde se asignaba prioridad a los bárbaros.²⁰¹ Los cínicos, por ejemplo, siempre prefirieron el modo de vida salvaje, valorando los confines contra el centro, y el modo de vida primitivo contra el civilizado.²⁰² Surgió así una etnografía filosófica que siempre comparaba, de manera más o menos explícita, al salvaje y al civilizado, reflexionando sobre la división entre φύσις y νόμος.²⁰³ Por lo general, la etnografía filosófica estaba cargada de cierto pesimismo ante el progreso y el tiempo presente y, como contraparte, idealizaba el pasado primitivo y puro.

Dicearco es un buen representante de esta corriente de pensamiento. Peripatético, discípulo de Aristóteles y Teofrasto, explicaba la evolución de la sociedad en tres etapas: partiendo de un estado natural, se pasaba a un segundo, en el que se daban, simultáneamente, el pastoreo, la recolección y la caza; finalmente se llegaba al tercer estadio: el de la agricultura con ganado y arado.²⁰⁴ En el sistema de Dicearco, el estado natural correspondía a la edad de oro, e iba degenerando conforme aumentaba el adelanto técnico y

²⁰⁰ Cfr. Pl., *Cra.*, 397d; Th., I, 6, 5.

²⁰¹ Cfr. Hartog, p. 136-137.

²⁰² Baroja (p. 68) afirma que, desde principios del s. V a. C se habían dado ciertas idealizaciones de este tipo, dado que por esa época el comediante Ferécates escribió una obra, *Ἄγριοι*, donde se ridiculizaban las posturas que proponían un retorno a la naturaleza para escapar de la tiranía de las leyes y convenciones sociales. Platón menciona a algunos personajes rústicos que Ferécates presentó en el coro de una de sus comedias del 420 a. C. Posiblemente se trate de esa obra (Cfr. Pl. *Prt.* 327d).

²⁰³ Cfr. Hartog, p. 139.

²⁰⁴ La fuente es Varrón, *RR*, II.

el grado de civilización. En su tratado *Sobre la decadencia del hombre*, este peripatético aclaraba que el hombre había causado al hombre más muertes que todas las catástrofes naturales.²⁰⁵ No andaba errado. La visión que tenía Dicearco de la vida salvaje influyó de manera notoria en la visión del bárbaro que manifiesta Agatárquides de Cnido, de modo que conviene citar aquí un fragmento donde el discípulo de Aristóteles habla de esta evolución-degeneración de la sociedad:

Todo crecía espontáneamente (...) aún no conocían ni el arte de la agricultura ni ningún otro (...). No había entre ellos ni guerras ni sediciones: puesto que no se les proponía ninguna apuesta importante cuya conquista mereciera el planteo de una discrepancia semejante. Por eso, la mayor parte de su vida estaba hecha de ocio, de despreocupación con respecto a las necesidades, de salud, de paz, de amistad (...). Puede notarse que el alimento de los primeros hombres era frugal y sin pretensiones por las palabras "basta de bellotas", que fueron pronunciadas más tarde y probablemente por quien, el primero, quiso que eso cambiara. Más adelante apareció la vida nómada en la que, al rodearse ya de bienes superfluos, se ampliaron las posesiones; y se levantó la mano contra los animales, de los que se vio que unos eran inofensivos y los otros, perjudiciales y crueles. Fue así como se domesticó a los primeros y se atacó a los otros, al mismo tiempo que en esta misma vida aparecía la guerra (...). puesto que había ya considerables bienes, que unos tenían empeño en conquistar, para lo cual se reagrupaban y animaban mutuamente, y los otros en defender.²⁰⁶

No sólo en ambientes cínicos y peripatéticos se idealizaba el modo de vida salvaje. También el naciente estoicismo consideraba que la sencillez y la humildad de algunas formas de vida salvajes y primitivas eran capaces de proporcionar más felicidad que las costumbres sofisticadas y la comodidad de la civilización.²⁰⁷ Posidonio de Apamea apreciaba la sencillez del modo de vida celta, así como el de los primeros griegos y romanos, que estarían llenos de virtudes, ante la corrupción de los tiempos modernos.²⁰⁸

Los griegos siempre vieron al bárbaro bajo sus esquemas y reglas propias. Esto no quiere decir que no conocieran jamás las sabidurías extranjeras, pero sí que "nunca se interesaron verdaderamente por ellas; por sí mismas, en su contexto y, en primer lugar, en la lengua que las expresaba".²⁰⁹ Por el contrario, las tradujeron a sus propios términos y

²⁰⁵ La fuente es Cic., *Off.*, II, 5.

²⁰⁶ Porph., *Abst.*, IV, 2, 2-8. Citado por Hartog, p. 138-139.

²⁰⁷ Cfr. Gómez Espelosín, 1944, p. 180.

²⁰⁸ Cfr. Baroja, p. 149.

²⁰⁹ Cfr. Hartog, p. 22.

esquemas,²¹⁰ a sus propias sabidurías, obedeciendo a finalidades precisas, sobre todo políticas.

En términos muy generales, por volver a la forma en que Todorov plantea la problemática de la alteridad, podría decirse que, independientemente de la postura que los griegos tomaran en el plano axiológico (esto es, aunque consideraran buenos o malos a los bárbaros), en el plano praxeológico siempre los asimilaron a sí mismos, y les impusieron su propia imagen, cuando no en la práctica, sí, al menos en la teoría (hicieron de los salvajes los paradigmas de los cínicos o de los epicúreos, proyectando sobre ellos todos los valores que estas y otras filosofías implicaban). Finalmente, en el plano epistemológico, su postura tendía sobre todo a ignorar la identidad del otro, antes que a conocerla.

La manera en que los griegos veían a los bárbaros, ya fuera positiva o negativa siempre les sirvió para justificarse, explicarse o criticarse a sí mismos. Es por ello, precisamente, que con frecuencia nos dice más sobre los observadores que sobre los observados.

III.1.3 Los confines

Finalmente, este periplo se acerca a su fin. Si el mundo es finito y tiene un centro, entonces también tiene confines. La mente humana no puede renunciar a ellos: necesita sentir que, en alguna parte, existe un límite experimentable, o al menos imaginable. Los confines son la

²¹⁰ La proyección de valores propios sobre el otro es graciosamente patente en Vespuccio, quien, al describir la vida de los salvajes americanos (con rasgos patentes de buen salvajismo), afirma lo siguiente: "...como dije, la vida suya (sc. de los indígenas americanos) es más bien epicúrea que estoica o académica, porque, como digo, no tienen bienes propios ni división de reinos ni de provincias: en conclusión, todo es común, y si ellos nos dieron, o, como dije, nos vendieron esclavos, no fue la venta por precio pecuniario, sino casi dados gratis, porque nos daban por un peine de madera o un espejo (...) una cabeza de [esclavos], y tal espejo o peine no nos lo hubieran dado después por todo el oro del mundo". *Cfr.* Vespucci, p. 86.

periferia del mundo conocido, regiones habitadas por toda clase de portentos y fenómenos.²¹¹

En el marco de la mitología griega, la travesía de los confines es hazaña propia de héroes; sólo ellos salen victoriosos — aunque no inmunes — de tamaña proeza, y llegan incluso a desafiar al confín último, ése que separa al mundo de los vivos del de los muertos, para llegar a “algo que no es homogéneo con nuestro mundo, es un no mundo, donde existen seres que no son humanos, son lo ‘distinto’ en términos absolutos”.²¹²

En efecto, las tres categorías antropológicas griegas (bestia, hombre y dios), bien delimitadas en el centro, pierden claridad hacia los confines. En los casos de idealización, los seres que habitan estas tierras son cuasidivinos, gozan de una particular predilección por parte de los dioses, o viven en una especie de edad de oro.²¹³ En los casos más teratológicos, referidos a tierras como la India o Libia, y favoritos de la paradoxografía, la diferencia entre hombres y bestias es poca y difícilmente precisable. En ocasiones, el salvajismo y la proximidad con los dioses coexisten de manera evidente; baste como ejemplo la jactancia de Polifemo:

οὐ γὰρ Κύκλωπες Διὸς αἰγιόχου ἀλέγουσιν
οὐδὲ θεῶν μακάρων, ἐπεὶ ἤ πολὺ φέρτεροί εἰμεν.²¹⁴

La imaginación griega se representa los confines delimitados por barreras geográficas o étnicas infranqueables, que sirven de marco a los seres fabulosos que los habitan.²¹⁵ Homero considera al Océano como límite del mundo conocido. Los confines, para él, son aquellos lugares donde moran los últimos hombres (ἔσχατοι); los cimerios, los lestrigones,

²¹¹ Cfr. Plu., *Thes.*, I, 1-2: ...ἐν ταῖς γεωγραφίαις, ᾧ Σόσσιε Σενεκίων, οἱ ἱστορικοὶ τὰ διαφεύγοντα τῆν γνῶσιν αὐτῶν τοῖς ἐσχατοῖς μέρεσι τῶν πινάκων περὶ σὺντες, αἰτίας παραγράφουσιν ὅτι "τὰ δ' ἐπέκεινα θίνες ἄνδρες καὶ θηριώδεις" ἢ "πηλὸς ἀδυνῆς" ἢ "Σκυθικὸν κρύος" ἢ "πέλαγος πεπηγός..." en los escritos geográficos, Socio Seneción, los historiadores, resumiendo en las últimas partes de sus tablas lo que huye de su conocimiento, arguyen que "lo que hay más allá son fieras y dunas desprovistas de agua", "oscuro lodo", "frío escita" o "mar congelado...". Cfr. también Janni, pp. 26-27.

²¹² Janni, p. 35.

²¹³ Para la edad de oro, cfr. Hes., *Op.*, 110-120, Arat., 96-136, Ov., *Metamorfosis*, I, 89-150.

²¹⁴ "Los cíclopes no nos cuidamos de Zeus, portador de la égida, / ni de los dioses felices, porque realmente somos mucho más fuertes" (Hom., *Od.*, IX, 275-276). Cfr. también Hartog, p. 47.

²¹⁵ Cfr. Gómez Espelosín, 1994, p. 217.

las gorgonas, los pigmeos, los feacios y los etíopes son, evidentemente, mortales, pero están próximos a los dioses, y su vida presenta rasgos semejantes a los de la edad de oro.²¹⁶

Cuando el mundo griego entró en contacto con el imperio persa, los confines orientales comenzaron a representarse de manera fabulosa, tal como sucede en las descripciones de Escilax de Carianda y Ctesias de Cnido.²¹⁷

Es Heródoto, sin embargo, quien, a pesar de su agnosticismo ante gran parte de las creencias en torno a los seres fantásticos de los confines,²¹⁸ ha hecho llegar hasta nuestros días un cuadro bastante claro de las mismas. Heródoto rechaza la idea de la insularidad de la ecumene, rodeada por el Océano y, dada su actitud crítica frente a las tradiciones mítico-poéticas, se ve obligado a fundamentar una nueva representación del mundo basada en los viajes de exploración marítima por Asia y África.²¹⁹ El padre de la historia se preocupa por extender su logos hasta donde le es posible, hasta que un mar o un desierto le impiden proseguir, y no tiene conflictos cuando llega el momento de confesar su ignorancia sobre lo que hay más allá. Así, cuando habla de Occidente, es patente su vaga idea de Iberia, y del océano más allá de las Columnas de Heracles: “Yo, que me preocupo por esto, nunca he podido escuchar a nadie que haya sido testigo real de que existe un mar más allá de Europa. Ciertamente, el estaño y el ámbar llegan a nosotros desde los confines”.²²⁰

La descripción de los confines no varió mucho a lo largo de la historia griega, pues el peso de la tradición y la necesidad de adecuar el espacio exterior a las imágenes establecidas “convertían un discurso aparentemente extraño en una reflexión más sobre el propio mundo heleno, y dejaban de lado la demanda, inexistente por otro lado en aquel entonces, de una

²¹⁶ Cfr. Hartog, p. 39.

²¹⁷ Cfr. Gómez Espelósín, 1994, p. 177.

²¹⁸ Este historiador descarta, entre otras, la existencia de los hiperbóreos, seres de los confines del norte, bien retratados por Píndaro (*P.*, X) como un pueblo frecuentado por los héroes y los dioses, lo mismo que Etiopía. Siguiendo una concepción del mundo que suponía cierta simetría entre el Norte y el Sur, Heródoto arguye que, de existir los hiperbóreos, también deberían existir los hipernotios (*Cfr.* Hdt., IV, 36).

²¹⁹ Cfr. Prontera, p. 91.

²²⁰ τοῦτο δὲ σὺδενὸς ἀντόπτω γενόμενον δύναμαι ἀκοῦσαι, τοῦτο μελετῶν, ὅπως θάλασσα ἐστὶ τὰ ἐπέκεινα Εὐρώπης, ἐξ ἐσχάτης δ' ὧν ὁ κασσίτερος ἡμῶν φοιτᾷ καὶ τὸ ἤλεκτρον. *Cfr.* Hdt., III, 115. El conocimiento de Occidente sólo se amplió hasta después de la caída de Cartago. Para Eratóstenes, el punto más occidental de la ecumene era el Algarve portugués.

geografía más realista del mundo bárbaro, atenta a las circunstancias históricas concretas de cada pueblo".²²¹ En ocasiones, incluso los nuevos conocimientos sirvieron para enriquecer el elenco de maravillas y curiosidades de este tipo de narraciones. Así, vale la pena recorrer los confines, tal como los retrata Heródoto (sin creer lo que dice), a vuelo de pájaro. En efecto, las tradiciones míticas y poéticas que refiere el historiador incluyen lugares comunes que, una y otra vez, reaparecerán en la literatura griega posterior. El que más me interesa aquí es el de las compensaciones.

La idea de las compensaciones es un *topos* frecuente en las descripciones griegas de los confines. Dentro de la mentalidad griega primaba cierta idea de equilibrio en la que, mientras el centro no se veía beneficiado por grandes portentos ni amenazado por peligros terribles, en los confines existían al mismo tiempo las cosas más bellas y las más raras.²²² Esto es, el mundo se articulaba de acuerdo con criterios de cualidad.²²³ Se trata de un concepto semejante al que diferenciaba el carácter de los pueblos de Grecia con el de los de la periferia. Así, aunque las tierras de confín poseyeran grandes riquezas, sus habitantes tenían que sufrir enormes penalidades (como climas extremos o enfrentamientos con bestias monstruosas) para hacerse de ellas.

Veamos los ejemplos que presenta Heródoto. Según el padre de la historia, se pensaba que en los confines del norte había grandes cantidades de oro, que sus habitantes monoftalmos, los arimaspos, sólo podían obtener luchando contra los monstruosos grifos.²²⁴ Lo mismo sucedía en los confines del sur, en Arabia, como se verá más adelante. En la India aparece el mismo motivo, sin grandes variaciones: los hombres, para obtener el oro, debían hacer frente a gigantescas hormigas.

²²¹ Gómez Espelosín, 1994, p. 219.

²²² *Cfr.* Hdt., III, 116.

²²³ *Cfr.* Janni, p. 27.

²²⁴ *Cfr.* Hdt., III, 116.

Hechas estas precisiones, me centraré ahora en la concepción tradicional de los confines que aquí nos interesan, por ser las tierras en las cuales Agatárquides situó sus descripciones y reflexiones etnográficas.

III.1.4 Las tierras de confin

III.1.4.1 Etiopía

El étnico “etíope” se aplica a todos aquellos pueblos que reúnen una característica física común: la negrura del rostro. En palabras de Zadi Grekou, “Αἰθίοψ significa, propiamente, ‘de apariencia bronceada’. En otras palabras, el sustantivo tiene el sentido de ‘etíope, negro’ (II. 23,205, *Od.* 1,23 y ss; 4,84). Pero el término también puede designar a aquellos pueblos cuya piel, sin ser absolutamente negra, es naturalmente muy oscura”²²⁵ Sin embargo, si se analizan los elementos que componen el término Αἰθίοψ, éste también puede interpretarse como un adjetivo que designa a aquellas personas que tienen ojos brillantes o ardientes.²²⁶ Si se considera sobre todo el primer significado, resulta comprensible que los griegos también llamaran etíopes a aquellos pueblos de la India que tenían una piel oscura, lo que, a la larga, quizá contribuyó a establecer equivalencias y comparaciones entre esa región y el África negra, tan presentes en autores como Heródoto, Nearco y el propio Agatárquides.

La mayoría de las observaciones de la Antigüedad concernientes a los pueblos negros giran en torno al tono de su piel, atribuido a las condiciones climáticas.²²⁷ El color negro de los etíopes se designaba, entre los griegos, principalmente mediante el adjetivo μέλας,

²²⁵ Grekou, p. 67.

²²⁶ El primer elemento, αἰθ(ι)-, proviene del verbo αἶθω(encender, arder). El segundo, -οψ, proviene de ὤψ, que lo mismo puede significar ojos que rostro. Así en términos estrictamente etimológicos, el adjetivo tanto puede querer decir “de rostro quemado” como “de ojos ardientes”.

²²⁷ Para este asunto, ver Hdt., II, 22 y Arist., *IA*, V, 3; 782b; *Pr.*, XIV, 4 909a.

aunque también eran frecuentes las referencias a otros colores oscuros, como *κυάνεος* o *αἰθραλούς*.²²⁸ La negrura de los etíopes, según los griegos, era una característica que se extendía a sus uñas,²²⁹ su semen²³⁰ y sus divinidades, y que tenía su origen en el carácter tórrido de las regiones del sur. En la época helenística, los hombres cultos podían explicar mediante las ciencias naturales las causas del color oscuro de la piel, y no veían en este último ninguna razón de inferioridad.²³¹

Como en varios otros casos, un nombre genérico con el que se designaba a diversas etnias que a veces sólo compartían entre sí una característica física (o geográfica, o cultural), se aplicó aquí también a la tierra que ocupaban. La estrecha relación que por tradición se atribuía a Etiopía con el sol, patente en Homero, por ejemplo, causó confusiones al momento de tratar de situar en un mapa esas tierras, “oscilando entre el oriente propiamente dicho, llegando incluso a identificarse con la India y el Sur”,²³² sin embargo, la Etiopía más real de las fuentes antiguas debe situarse en el actual Sudán.²³³

A lo largo de los siglos, en la mentalidad griega, siempre hubo cierta lucha entre dos imágenes de Etiopía. Una mítica, casi totalmente homérica y herodotea; la otra, real. En este enfrentamiento, prevaleció por lo general la idea mítica y fabulosa de una Etiopía situada en los límites de la ecumene, que reunía las características típicas de una tierra de confin: un

²²⁸ A partir de una larga discusión sobre la palabra *μέλας*, Zadi Grekou llega a la conclusión de que en sus orígenes, el término estaba asociado a una idea de suciedad, lo cual lo lleva a decir que *il n'est pas interdit de supposer que les Anciens ont dû avoir vraisemblablement cette impression des leur première rencontre avec les "Ethiopiens"*... Esta afirmación parece forzada y condicionada por los prejuicios raciales contemporáneos, por mucho que se base en una interpretación -quizá demasiado fácil- de la fábula XI de Esopo, que, según Zadi, *aurait donné naissance (...) à la locution proverbiale très répandue dans la littérature grecque, a savoir, Αἰθίοπα σμίξεν, "frotter, savonner un nègre"*, que *par extension* acabó por referirse a los esfuerzos vanos. *Cfr.* Grekou, p. 61.

²²⁹ *Cfr.* Arist, *HA*, III.9

²³⁰ *Cfr.* Hdt., III.97; *Cfr.* también Arist. (que rechaza esta idea), *HA*, III.22 e *IA*, II.2. En esta última obra, el estagirita dice lo siguiente: *Ἡρόδοτος γὰρ οὐκ ἀληθῆ λέγει, φαίσκων μέλαινα εἶναι τῆν τῶν Αἰθίοπων γούνην, ὡσπερ ἀναγκαῖον ἐν τῶν τῆν χροῶν μελάων εἶναι πάντα μέλαινα, καὶ περὶ θ' ὀρῶν καὶ τοὺς ὀδόντας αὐτῶν οὐτως λευκοῦς.* “Heródoto no dice la verdad al afirmar que el semen de los etíopes es negro, como sí, al ser negra su piel, necesariamente todo tuviera que ser negro, y lo afirma incluso viendo que sus dientes son blancos”.

²³¹ *Cfr.* Dihle, p. 26.

²³² Gómez Espelós, 1994, p. 197.

²³³ *Cfr. idem*, p. 197.



territorio de extraordinaria abundancia y prosperidad, con habitantes justos, prósperos, bellos y longevos.²³⁴ A continuación haré un breve recorrido cronológico en el que intentaré rastrear las idas y venidas de estas dos concepciones de Etiopía que, más adelante, servirán como parámetro para evaluar la visión de los etíopes en Agatárquides de Cnido.

La visión del continente africano y, específicamente de Etiopía, en gran parte de la tradición griega, permanece ceñida al filón homérico. En la *Iliada* y en la *Odisea*, Etiopía aparece como una tierra fabulosa, situada en los confines, junto al Océano. Sus habitantes, afortunados, tienen el privilegio de banquetear con los dioses. En la *Odisea*, los etíopes se sitúan en los confines orientales y occidentales de la tierra, lo que pone en evidencia su relación con el astro rey.²³⁵

Ἄλλ' ὁ μὲν Αἰθίοπας μετεκίαθε τηλόθ' ἔοντας,
 Αἰθίοπας, τοὶ διχθὰ δεδαίεται, ἔσχατοι ἀνδρῶν,
 οἱ μὲν δυσσομέλου Ὑπερίονος, οἱ δ' ἀλιόντος.²³⁶

Existen pocas referencias a los etíopes en los líricos. Jenófanes (F 16 Diels) nos brinda una de ellas, donde los etíopes son caracterizados como hombres negros y chatos.

En la tragedia, Etiopía aparece relacionada con las fuentes del sol, pero al mismo tiempo se tienen ya nociones reales de los pueblos negros. Esquilo, en *Prometeo encadenado* (808-810) pone en boca del titán estas palabras, dirigidas a Ío:

...τηλουρὸν δὲ γῆν
 ἦξεις, κελαινὸν φύλῳ, οἱ πρὸς ἡλίου
 ναίουσι πηγαῖς, ἔνθα ποταμὸς Αἰθίοψ.²³⁷

²³⁴ Cfr. *ibidem*.

²³⁵ Homero consideraba que el sol se acercaba a la tierra y la quemaba dos veces al día: al salir y al ponerse. En cada uno de esos puntos habitaba un tipo de etíopes: aquellos que vivían donde salía el sol y aquellos que vivían hacia el poniente (Cfr. Hom., *Od.*, I, 22 y ss.).

²³⁶ Pero él (sc. Posidón), visitaba a los etíopes, que viven lejos; / a los etíopes, los últimos de los hombres, que en dos (grupos) se dividen: / unos (habitan) donde el sol se oculta, y otros donde se levanta" (Hom., *Od.*, I 22-24).

²³⁷ "Llegarás a una tierra lejana, / a una estirpe negra que vive hacia las fuentes del sol, / allí donde está el río Etíope" (A., *Pr.*, 808-810).

Eurípides menciona a los habitantes negros de etiopía en el *Faetón* (1-5 Diggle).²³⁸ Sin embargo, la fuente más rica en lo que a Etiopía respecta es Heródoto, abrevadero de muchos escritores posteriores. “Donde el sur se inclina hacia el poniente, se extiende Etiopía, la más lejana de las tierras habitadas. Ésta produce mucho oro, elefantes corpulentos, todo tipo de árboles silvestres, ébano y hombres enormes, bellísimos y de muy larga vida”.²³⁹ En la concepción herodotea de Etiopía resulta patente, una y otra vez, la idea de que los etíopes no sólo gozaban de una longevidad extraordinaria que les granjeó el epíteto de *macrobios*, sino que, además, eran los hombres más bellos del mundo: “...se dice que son los más grandes y bellos de todos los hombres, y que tienen unas leyes y demás muy diferentes a las de los otros hombres, particularmente en lo que respecta al poder: a aquel de los ciudadanos que juzguen que es más grande y que tiene una fuerza correspondiente a su corpulencia, a ése lo consideran digno de reinar”.²⁴⁰ Cuenta Heródoto que, ante los regalos que Cambises les envió, intentando ganarse su amistad, los etíopes macrobios se mostraron despectivos y se burlaron de los lujos persas. Más tarde, cuando este rey, enfurecido, quiso marchar contra ellos, fracasó en su expedición, porque los víveres se agotaron a mitad del trayecto y los soldados persas, acosados por el hambre, comenzaron a recurrir al canibalismo.²⁴¹ Los mensajeros enviados por Cambises a los etíopes, por cierto, eran

²³⁸ Cfr. Gómez Espelósín, 1994, p. 194.

²³⁹ Ἀποκλινομένης δὲ μεσαμβρίας παρήκει πρὸς δύοντα ἥλιον - dice el padre de la historia - ἡ Αἰθιοπία χώρα ἐσχάτη τῶν οἰκομενῶν· αὕτη δὲ χρυσὸν τε φέρει πολλὸν καὶ ἐλέφαντας ἀμφιλαφίας καὶ δένδρεα πάντα ἄγρια καὶ ἔβουον καὶ ἄνδρας μεγιστοὺς καὶ καλλίστους καὶ μακροβιωτάτους (Hdt., III, 114).

²⁴⁰ λέγονται εἶναι μέγιστοι καὶ κάλλιστοι ἄνθρωπων πάντων, νόμοισι δὲ καὶ ἄλλοισι χρᾶσθαι αὐτοὺς κεχωρισμένοισι τῶν ἄλλων ἀνθρώπων καὶ δὴ κατὰ τὴν βασιληίην τοιῶδε· τὸν ἄν τῶν ἀστῶν κρίνωσι μέγιστον τε εἶναι καὶ κατὰ τὸ μέγεθος ἔχειν τὴν ἰσχύ, τούτου ἀξιοῦσι βασιλεύειν. (Hdt., III, 20). Hay que tener cuidado, sin embargo: no todo lo que los griegos dicen sobre los etíopes es verdadero. Zadi Grekou, por ejemplo (p. 72), hace gala de una inocencia demasiado grave para un estudioso: da crédito absoluto a lo que los griegos creían sobre los etíopes, y llega a la conclusión de que “*si l'on fait fond sur les témoignages littéraires et artistiques, force est d'admettre qu'il y a concordance entre les critères esthétiques élaborés par les Grecs et les Ethiopiens*”. Sin embargo, Hay que observar que los *témoignages littéraires et artistiques* a los que Zadi se refiere aquí son únicamente griegos, y que los *critères esthétiques* también son helenos, sólo que proyectados sobre los africanos en un marco de idealización elaborada dentro de los esquemas y valores griegos, y dirigida a un público griego.

²⁴¹ Cfr. Hdt., III, 22-26.

ictiófagos africanos; los únicos ictiófagos que aparecen en las *Historias* herodoteas,²⁴² y que poco tienen que ver con los que más tarde describe Agatárquides. Estos ictiófagos mensajeros no sólo desempeñaron una función diplomática, sino que jugaron el papel de mediadores culturales al poner en contacto a dos culturas que, aparentemente, se desconocían una a la otra, de manera que eran, al menos, bilingües (a diferencia de los ictiófagos agatarquídeos) y no vivían en la costa del Mar Rojo, sino en las riberas del Nilo.²⁴³

El pasaje herodoteo que acabo de referir refleja la posición griega frente a la sencillez de los bárbaros de los confines, que se reían de los vestidos de púrpura y los perfumes, obsequios y símbolos de una cultura pretendidamente superior.²⁴⁴ De esta manera, Heródoto exalta el carácter autóctono de los etíopes, los únicos que resistieron el avance del expansionismo persa por vivir en zonas extremas, de difícil acceso, situación que los libraba de las ambiciones del mundo civilizado.²⁴⁵ Hay que subrayar esto, porque varios siglos más tarde, Agatárquides hizo algunas observaciones en el mismo sentido.

También es necesario señalar que, según el propio Heródoto, a diferencia de los etíopes *macrobios*, que son los protagonistas de la historia anterior, hubo otros etíopes que sí cayeron bajo el yugo persa. Aquellos que confinaban con Egipto, por ejemplo, a quienes Cambises conquistó al marchar contra los *macrobios*, estaban obligados a pagar a los persas oro sin refinar, ébano, niños etíopes y colmillos de elefante.²⁴⁶ Por lo demás, ni siquiera la visión de los etíopes *macrobios* es absolutamente idealizada en Heródoto, pues éste señala la existencia de presos, la falta del bronce y la inferioridad, admitida por los mismos *macrobios*, en cuanto al conocimiento del vino, símbolo de la dieta civilizada.²⁴⁷ En efecto,

²⁴² Cfr. Hdt., III, 20.

²⁴³ Cfr. Longo, p. 19.

²⁴⁴ Cfr. Gómez Espelosín, 1994, p. 196.

²⁴⁵ Cfr. *Idem*, p. 231.

²⁴⁶ Cfr. Hdt., III, 97.

²⁴⁷ Cfr. Gómez Espelosín, 1994 p. 196.

mientras los pueblos civilizados se alimentaban básicamente de pan y vino, los etíopes basaban su dieta en la carne y la leche.²⁴⁸

Por último, es necesario hacer referencia también a la fantástica descripción que Heródoto hace en IV, 183 de los etíopes trogloditas: "Pues los etíopes trogloditas son los más ligeros de pies de entre los hombres de los que hemos oído hablar a través de las relaciones que se nos han presentado. Los trogloditas se alimentan de serpientes y lagartos y otros reptiles parecidos; hablan una lengua que no se parece a ninguna otra, pues chillan como los murciélagos".²⁴⁹

Durante la época helenística, Etiopía y Libia se convirtieron en un museo de rarezas y curiosidades teratológicas y zoológicas que tuvieron gran éxito en el marco del género paradoxográfico,²⁵⁰ pero al lado de estas colecciones de *mirabilia*, podían encontrarse otros retratos de la Etiopía más real. Estrabón habla de los etíopes como poblaciones nómadas y pobres,²⁵¹ y en Diodoro Sículo pueden verse las dos imágenes de Etiopía, pues presenta a los etíopes como una población autóctona, la primera que aprendió a honrar a los dioses, pero más adelante expone una versión realista de la misma.

Finalmente, fue la imagen utópica y fantasiosa la que terminó imponiéndose. Así, en uno de los representantes de la novela griega, Heliodoro, Etiopía (y su capital, Meroé) vuelve a aparecer como una tierra que "es criadora de animales gigantescos, entre otros, de elefantes, y buena para producir árboles que superan a los de otras regiones; en efecto, además de que las palmas son muy altas y, en cuanto a su dátíl, sabrosas y enormes, las espigas de trigo y cebada crecen hasta tal punto que, en ocasiones, ocultan a todo un jinete o un hombre montado sobre un camello, y fructifican de tal manera que producen hasta

²⁴⁸ Cfr. Hdt., III, 23.

²⁴⁹ οἱ γὰρ τρογλοδῦται Αἰθίοπες πόδας τάχιστα ἀνθρώπων πάντων εἰσὶ τῶν ἡμεῖς περὶ λόγους ἀποφερομένους ἀκούομεν. σιτέονται δὲ οἱ τρογλοδῦται ὄφεις καὶ σαύρους καὶ τὰ τοιαῦτα τῶν ἕρπετων· γλώσσαν δὲ οὐδεμίῃ ἄλλῃ παρομοίην νενομίκασι, ἀλλὰ τετρίγασιν κατὰ περὶ αἱ νυκτερίδες.

²⁵⁰ Cfr. Gómez Espelosín, 1994., p. 232.

²⁵¹ Cfr. Str., I, 2, 32.

trescientas veces lo sembrado".²⁵² De sobra está decir que, para los tiempos de este escritor, ya se tenían noticias suficientes sobre la Etiopía real al sur del Nilo, pero este fragmento demuestra hasta qué punto era afín a la mentalidad griega la idea de esta tierra idealizada cuya imagen "constituyó uno de los principales referentes del pensamiento mítico y utópico entre los griegos".²⁵³

Los ecos de la relación que en tiempos clásicos se establecía entre sur, riqueza, calor y negros llegaron incluso hasta la época del descubrimiento de América. Así, Jaume Ferrer le escribía a Colón, en 1495, que "La mayor parte de las cosas buenas vienen de región muy caliente, donde los moradores de allá son negros o loros".²⁵⁴ Víctima de las generalizaciones, que llevaban a pensar que toda zona tórrida necesariamente debía estar habitada por negros, Américo Vespucio, en su Carta de 1502, decía, en evidente tono apologético, lo siguiente: "en cuanto al decir que yo he dicho que la gente en aquella tierra (*sc.* América) es blanca y no negra, y máxime aquellos que habitan dentro de la zona tórrida, os respondo, salvo el honor de la filosofía, que no es preciso que todos los hombres que habitan en la [zona] tórrida deban ser negros por naturaleza y de sangre quemada, como son los etíopes y la mayor parte de las gentes que habitan en las partes de la Etiopía (...). Y si bien este saber pertenece al filósofo, no dejaré de decir mi parecer, sea bien o mal recibido".²⁵⁵

III.1.4.2 La India

Es necesario que la India figure en este trabajo, no porque Agatárquides haya hablado de ella, sino porque, en época helenística, solía confundirse con África. Al igual que Libia y

²⁵² ζών τε παμμεγεθῶν τῶν τε ἄλλων καὶ ἐλεφάντων ἐστὶ τροφὸς καὶ δένδρα παραλλάττοντα ἢ κατ' ἄλλας φέρειν ἀγαθῆ. Ἐκτὸς γὰρ ὅτι φοῖνικές τε ὑπερμήκεις καὶ τὴν βάλανον εὐστομαί τε καὶ ὑπέρογκοι, σίτου τε καὶ κριθῶν στάχυες τὴν μὲν αὐξήσιν ὥστε καὶ ἰππεὰ πάντα καὶ καμηλίτην ἔστιν ὅτε καλύπτειν, τὸν δὲ καρπὸν ὥστε καὶ εἰς τριακόσια τὸ καταβληθὲν ἐκφέρειν. *Cfr.* Hld., X 5, 2).

²⁵³ Gómez Espelosín, 1994, p. 197.

²⁵⁴ Todorov, pp. 29-30.

²⁵⁵ Vespucci, pp. 83-84.

Etiopía, la India reunía las características típicas de las tierras de confín: una riqueza extraordinaria y un bestiario fantástico.²⁵⁶ Sus habitantes también tenían una piel oscura, lo que explica que Heródoto los llamara etíopes.²⁵⁷ En época tardía, incluso, el término Ἰνδός se empleaba, en ocasiones, para designar al Αἰθίοψ, pues había adquirido la connotación de “negro” o “moreno”.²⁵⁸ Si bien para Homero esta confusión no existía (y Etiopía se identificaba, sin más, con aquellos puntos en que el sol quemaba la tierra: el Oriente y el Occidente), con los generales de Alejandro Magno comenzó a establecerse una comparación entre la India y Etiopía que, más tarde, dio lugar a varias confusiones entre ambos territorios. Un ejemplo claro de la comparación establecida por estos generales macedonios son las palabras de Nearco: “La apariencia de los indios y de los etíopes no es completamente distinta. Los indios que habitan hacia el sur se parecen más a los etíopes: son de aspecto negro, y tienen la cabellera negra, pero no son tan chatos ni de cabello rizado como los etíopes; en cambio, los que viven más al norte que éstos, se parecen más a los egipcios en cuanto al cuerpo”.²⁵⁹ La semejanza también era faunística. Los ríos de la India, “igual que el Nilo de Etiopía y de Egipto, también crían cocodrilos; algunos de ellos incluso crían los peces y otros animales acuáticos que cría el Nilo, excepto hipopótamos”.²⁶⁰

No debe sorprender, por lo tanto, que algunas etnias y animales que ciertos autores localizaban en la India más tarde fueran colocadas por otros en África. Tal es el caso de los *cinamolgos* (u “ordeñadores de perros”) que son asiáticos en Ctesias y africanos en

²⁵⁶ Antes de Heródoto, escribieron sobre la India logógrafos como Escílax de Carianda (s. VI), Hecateo y Ctesias de Cnido (s. V), con quien dicho territorio llegó a la cúspide de la idealización (objeto, más tarde, de las burlas de Luciano). Todos ellos se convirtieron en fuentes de Heródoto, pero los dos primeros fueron súbditos de Darío, de modo que, al decir de Francisco Prontera (p. 68), “se comprende lo difícil que resulta aislar en las *Historias* la visión ‘persa’ de la tierra habitada de la sistematización griega”.

²⁵⁷ *Cfr.* por ejemplo, Hdt., III, 94 y 101; VII, 70.

²⁵⁸ *Cfr.* Grekou, p. 67-68.

²⁵⁹ τῶν τε ἀνθρώπων αἱ ἰδέαι οὐ πάντῃ ἀφάρδουσιν αἱ Ἰνδῶν τε καὶ Αἰθιοπίων. Οἱ μὲν γὰρ πρὸς νότου ἀέμου Ἰνδοὶ τοῖς Αἰθίοσι μᾶλλον τι εἰκόσιν, μέλανές τε ἰδέσθαι εἰσὶ, καὶ ἡ κόμη αὐτοῖς μέλαινα, πλήν γε δὴ ὅτι σιμοὶ σὺχ ὡσαύτως οὐδὲ οὐλόκροσσι ὡς Αἰθίοπες· οἱ δὲ βορειώτεροι τούτων κατ’ Αἰγυπτίους μάλιστα ἄν εἴεν τὰ σώματα. *Cfr.* Arr., *Ind.*, VI. Nótese aquí la idea de que, conforme más al sur se va, más negros son los habitantes de la tierra.

²⁶⁰ ὁμοίως τῷ Νεῖλῳ τῷ Αἰθιοπίῳ τε καὶ Αἰγυπτίῳ κροκοδείλους τε φέρουσιν, ἔστιν δὲ οἱ αὐτῶν καὶ ἰχθύας καὶ ἄλλα κήτεια ὅσα ὁ Νεῖλος, πλὴν ἵππου τοῦ ποταμίου. *Cfr.* Arr., *Ind.*, VI.

Agatárquides, lo mismo que los toros carnívoros. No obstante, ya en la descripción herodotea de la India se encuentran tribus salvajes muy semejantes a las descritas por Agatárquides y ubicadas por él en Etiopía. Las poblaciones indias comían pescado, hierbas y carne cruda, se vestían con juncos, devoraban o abandonaban a los enfermos y se apareaban en público.²⁶¹ Sin embargo, al lado de estos datos más verosímiles, Heródoto refiere muchos otros fantásticos e increíbles. También son de las costas de la India los ictiófagos que describe Nearco, los más parecidos a los agatarquídeos en toda la literatura griega preservada.

Con el paso del tiempo, y a pesar de las conquistas de Alejandro, la imagen de la India y sus pobladores siguió siendo fantástica e ideal, exactamente lo mismo que sucedió con Etiopía. Así, Onesícrito, imbuido de filosofía cínica, proyectó sobre los indios los ideales de la temperancia y la austeridad, al tiempo que Megástenes intentó presentar, en su *Indiká*,²⁶² una imagen ideal y perfecta del estado Selúcida, reflejada en el reino de Chandragupta.²⁶³

III.1.4.3 Arabia

Arabia también es una tierra de confín. El último país habitado hacia el sur se hizo merecedor de este sitio entre los territorios fantásticos gracias a los perfumes y especias que se producían en su territorio: "la región de Arabia exhala un olor indescriptiblemente dulce",²⁶⁴ dice Heródoto, porque "en ésta, la única de todas las regiones, se produce incienso y mirra y casia y cinamomo y ládano".²⁶⁵

²⁶¹ *Cfr.* Hdt., III, 98 y Gómez Espelósín, 1994, p.199.

²⁶² Sus fragmentos se conservan en *Fr. Gr. Hist.* III C, pp 604-605.

²⁶³ *Cfr.* Gómez Espelósín, 1994 p. 203.

²⁶⁴ ἀπόξει δὲ τῆς χώρας τῆς Ἀραβίης θεσπέσιον ὡς ἡδύ. *Cfr.* Hdt, III, 113.

²⁶⁵ ἐν δὲ ταύτῃ λιβαυωτός τε ἐστὶ μούνη χωρέων πασέων φύόμενος καὶ σμύρνη καὶ κασίη καὶ κινάμωμον καὶ λήδανον. *Cfr.* Hdt., III, 107.

La condición fabulosa de Arabia se hace patente en su denominación más común: εὐδαίμων Ἀραβία.²⁶⁶ Pese a este bello epíteto, los habitantes de esta tierra no eran del todo felices: debían soportar las compensaciones que aquejaban a su país. En este caso, se trataba, por un lado, del perfume mismo, tan intenso que se volvía insoportable, y por el otro, de ciertas serpientes venenosísimas, que convertían la obtención de las sustancias aromáticas en una labor que acarrea un riesgo de muerte.²⁶⁷

Por último, los pueblos que vivían en Arabia eran, al decir de los griegos, sumamente opulentos y bellos, pero poco vigorosos y valientes, debido a las características templadas de la zona.²⁶⁸

Esto es todo en cuanto a las tierras de confin. Intentaré ahora discernir, en las descripciones agatárquidas de los pueblos alejados, qué tanto hay de tradición y qué tanto de novedoso, y hasta qué punto su visión de la vida en los confines está determinada por las corrientes filosóficas helenísticas y la situación política de sus tiempos.

²⁶⁶ La denominación aparece en E., *Ba.*, 16-18 y Ar., *Av.*, 144. Luego se vuelve bastante común. Podemos verla en Agatárquides y entre los latinos (*Arabia felix*).

²⁶⁷ Para la obtención de los perfumes por los árabes, no exenta de elementos paradoxográficos, *Cfr.* Hdt. III, 110 (la casia), 111 (la canela) y 112 (la goma-mastique).

²⁶⁸ *Cfr.* Hp., *Aër.*, 13; *cfr. supra*, p. 70 de este trabajo.

III.2 Ecos de las filosofías helenísticas en la valoración de los bárbaros por Agatárquides de Cnido

Tierras de confin, Etiopía y Arabia, las regiones donde Agatárquides sitúa a los pueblos que describe en el tratado *Sobre el Mar Eritreo*, encierran en esta obra ciertas características que son propias del imaginario griego desde los tiempos más antiguos, datos realistas tomados de los informes de los exploradores, y varias informaciones manipuladas por el autor con con el fin de expresar un mensaje político, que constituirán el blanco del análisis del presente apartado.

Para analizar mejor todo el acervo de datos que presentan los fragmentos etnográficos del tratado, habrá que hacer algunas distinciones, y para ello serán de gran ayuda las divisiones geográfico-culturales que se trataron en el capítulo anterior. Esto es, si se partiera de una idea de centro (siendo este centro la civilización helena, en la que está inserto y desde la que escribe Agatárquides), pueden observarse, con cierta claridad, tres tipos de condiciones enfrentadas por las sociedades descritas, a saber:

a) La primera, la más cercana al centro, es aquella condición que enfrentan los bárbaros que sufren a causa del sometimiento a los imperios. Deben inscribirse aquí los mineros, los buscadores de topacios, los nabateos y los cazadores de elefantes (pero no los elefantófagos, sino aquéllos comandados por los Tolomeos, que debían transportar en barcas a los paquidermos).

b) La segunda es la de los bárbaros salvajes o “primitivos”, los más ampliamente descritos por Agatárquides, que no desconocen el imperio, pero que nada tienen que ver con él, y se encuentran libres y satisfechos porque viven en estado de naturaleza.

c) La tercera condición es la meramente utópica, experimentada por los carbas y los sebeos en Arabia. Se trata de pueblos civilizados, que viven rodeados de abundancia y lujo, pero que, a pesar de todo, son felices y libres por encontrarse totalmente alejados de la sed de poder y riqueza de los imperios.

Este apartado se centrará en las dos últimas categorías, las de los pueblos felices, y su finalidad primera será inquirir, hasta donde sea posible, qué filosofías helenísticas se reflejan en la serie de valores que Agatárquides proyecta sobre estos bárbaros que, habitantes de los confines, pueden llevar una vida tranquila. La primera categoría esperará hasta el siguiente apartado, pues la descripción de los grupos humanos que en ella se incluyen está relacionada con otra serie de cuestiones, de índole política más que nada.

III.2.1 Los bárbaros salvajes

Aunque para algunos estudiosos del tratado *Sobre el Mar Eritreo* no ha pasado inadvertido el eclecticismo filosófico extendido a lo largo de sus fragmentos sobrevivientes,²⁶⁹ es importante señalar que, para muchos otros eruditos, la calificación que hace Estrabón de Agatárquides como filósofo peripatético ha bastado para zanjar la cuestión sin un análisis más cuidadoso al respecto. En efecto, pueden verse, a lo largo del tratado, algunos rasgos propios del Liceo (sabemos también que Heráclides Lembo, con quien Agatárquides debió mantener una estrecha relación, era peripatético); sin embargo, otros rasgos, quizá más

²⁶⁹ Ver, por ejemplo, Burstein, p. 14, nota 2: “*Agatharchides appears to have been relatively eclectic in his philosophical views, particularly in his ethical views which reveal sympathy with the Epicurean school*”. Por su parte, Gozzoli encuentra en la obra agatarquídea rasgos propios del estoicismo (Gozzoli, p. 66, nota 57); Longo (p. 16) también resalta su eclecticismo, que muestra, según él, rasgos provenientes de la doctrina peripatética, epicúrea y estoica.

fundamentales, muestran una relación mucho más directa con el cinismo, el estoicismo y el epicureísmo.

El eclecticismo filosófico de Agatárquides radica, sobre todo, en aquellos pasajes de tema etnográfico y, sobre todo, en los que describen a los bárbaros menos civilizados, que viven en un estado de rezago cultural considerable en comparación con los pueblos helenísticos contemporáneos a ellos. Me refiero específicamente a los pueblos de comedores de peces (incluyendo a los comedores de tortugas y de ballenas), a los comedores de raíces, semillas y madera, a los cazadores de fieras, de elefantes y avestruces, a los comedores de saltamontes y a los ordeñadores de perros; todos ellos, con excepción de algunos ictiófagos, se situaban en el continente y en las costas africanas. La descripción de estos pueblos se extiende desde el párrafo 30 hasta el 64 en la versión de Focio.

No me detendré a examinar los paralelos existentes entre las descripciones etnográficas agatarquídeas y lo que ahora se sabe de la realidad de esos pueblos. Ciertos descubrimientos arqueológicos realizados desde el siglo XVIII en la cuenca del Mar Rojo parecen apuntalar el valor de Agatárquides como fuente en lo que se refiere al noreste de África y Arabia occidental.²⁷⁰ De este tipo de cuestiones se han ocupado ya eruditos como Dieter Woelk, que elaboró el compendio más completo de paralelos entre Agatárquides y la realidad.²⁷¹ Dado que a lo largo del tratado agatarquídeo son manifiestas las intenciones filosóficas y políticas que mueven al autor, no es, a mi modo de ver, esencial desentrañar lo que pueda haber de verídico en el fondo de estas informaciones, que necesariamente se vieron sometidas por el cnidio a varias manipulaciones para lograr la finalidad deseada. En este sentido, como dice Todorov, "la recepción de los enunciados es más reveladora para la historia de las ideologías que su producción, y cuando un autor se equivoca o miente, su texto no es menos significativo que cuando dice la verdad; lo importante es que la recepción

²⁷⁰ Cfr. Burstein, p. 36, nota 2.

²⁷¹ Por desgracia, su tesis doctoral (*Agatharchides von Knidos, Über das Rote Meer*, Albert-Ludwigs-Universität, Friburgo, 1966), que trata estas cuestiones, no ha sido publicada ni traducida jamás del alemán.

del texto sea posible para los contemporáneos, o que así lo haya creído su productor. Desde este punto de vista, el concepto de 'falso' no es pertinente".²⁷²

Lo primero que salta a la vista, si se observan las denominaciones griegas que emplea Agatárquides para referirse a los pueblos de los que aquí me ocuparé, es su carácter de nombres compuestos, y el hecho de que llevan, como segundo elemento, en casi todos los casos, el sufijo *-fagoi*. Así, lo que en español no puede sino traducirse mediante una expresión perifrástica, en griego es sumamente preciso.

El primer criterio de distinción de alteridad ante estos pueblos en su conjunto es, pues, un criterio alimenticio. Esta no es, ni mucho menos, una innovación agatarquídea²⁷³. Desde los tiempos más remotos, los griegos y otros pueblos pertenecientes al mismo ciclo cultural (como los medas y los persas), se consideraban (y eran) fundamentalmente "comedores de pan" (σιτόφαγοι),²⁷⁴ lo que equivale a decir que se reconocían como pueblos sedentarios y agricultores, ante todos aquellos que no lo eran y que basaban su dieta en otros productos (como los provenientes del pastoreo, de la caza o la recolección) que implicaban modos de vida muy disímiles, pues "entre un régimen alimentario y el marco cultural de la sociedad que lo practica existe una estrecha relación de interacciones: el régimen alimentario es, por una parte, el resultado de determinada organización económica co-productiva (...); por otro lado, las preferencias, las reglas, las tradiciones y, en suma, el código alimentario de cada colectividad es, en sí mismo, un factor que condiciona y determina de manera importante la orientación productiva".²⁷⁵

La diferencia de régimen alimentario servía, así, para definir la diversidad cultural y la alteridad étnica. Para la antropología y la etnografía antiguas, el régimen alimentario era, según Oddone Longo, un parámetro equivalente al que utiliza la etnología moderna para

²⁷² Todorov, p. 60.

²⁷³ Ni siquiera es un rasgo exclusivo de la relación de los griegos con la alteridad. También los mayas llamaban a los españoles "comedores de anonas".

²⁷⁴ El término aparece, por ejemplo, en Hom., *Od.*, IX, 191. *Cfr.* también Longo, p. 13.

²⁷⁵ Longo, p. 9.

establecer distinciones culturales basándose en el nivel tecnológico de las culturas en cuestión, que se expresa mediante términos como “paleolítico” o “neolítico”. De manera que, para aquellos pueblos y sitios que carecían de nombre - y especialmente para el África negra -, la etnografía griega utilizaba designaciones estrictamente “alimentarias”. Tal es el caso de Agatárquides, aunque ya desde tiempos homéricos se hacían esta clase de distinciones. En la larga y desastrada historia que Odiseo relata a los Feacios sobre su propio periplo, desde los comedores de Loto hasta Calipso, pasando por la tierra de los cíclopes y por el inframundo, no es posible encontrar ninguna criatura propiamente humana que cultive las tierras donde habita. Los lotófagos, por ejemplo, no son “comedores de pan”, sino comedores de loto, una planta que deshumaniza a quien la consume al privarlo de la memoria.²⁷⁶ Heródoto presenta también contraposiciones de esta índole: los persas son “comedores de pan”, al tiempo que los etíopes son “comedores de carne”.²⁷⁷ Por su parte, Nearco, que se tendrá muy en cuenta en las siguientes líneas, dice de los ictiófagos que “usan constantemente harina de pescado, y el pan, en cambio, como acompañamiento”,²⁷⁸ costumbre exactamente contraria a la de los griegos, lo que demuestra las intenciones de oponer un modo de vida al otro.

Urías Martínez, en su artículo “La historia a través del mundo: Agatárquides de Cnido y la ‘nueva historia’ de Posidonio”, ve en la historiografía agatarquídea una gran innovación respecto al modo tradicional griego de historiar los hechos: “Al leer los restos de la producción de Agatárquides -dice- se observa un desarrollo original frente a la historiografía anterior: le es concedida gran importancia a la influencia que pueda ejercer el medio ambiental sobre la circunstancia histórica”.²⁷⁹ El estudioso aclara más adelante que si el medio ambiente es fundamental, al estudiar un grupo humano es necesario estudiar su

²⁷⁶ Cfr. Vidal-Naquet, p. 39.

²⁷⁷ Cfr. Hdt., III, 23.

²⁷⁸ καὶ γὰρ [καὶ] ἐτύχασαν σίτη μὲν τῷ ἀπὸ τῶν ἰχθύων, τοῖσι δὲ ἄρτοισιν ὅσα ὄψω διαχρεόμενοι. Cfr. Arr., *Ind.*, XXVIII.

²⁷⁹ Urías Martínez, “La historia...”, p. 64.

integración al medio físico, y la mejor manera de hacerlo es observando su forma de conseguir alimento. De modo que la cultura de un pueblo es consecuencia del medio natural en que vive y de la forma en que se ha integrado a él. "Por tanto asistimos al proceso de creación de un estado ambiental que es el origen de una actuación humana, esto es, de un hecho histórico. Es ésta una perspectiva globalizadora que rompe con la tradicional historia narrativa y paradigmática, en una línea que más tarde encontrará un continuador en Posidonio".²⁸⁰ Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la obra agatárquidea no se conserva completa, de manera que no podemos saber si en realidad el *cnidio* le asignaba la prioridad a este tipo de descripciones, pero sin duda es válido resaltar la importancia que les atribuye. Si eso le servía o no para explicar la ocurrencia de sucesos históricos, es algo que quedará en la oscuridad a no ser que aparezca algún papiro extraviado que nos restituya los pasajes perdidos.

Una vez hechas estas observaciones generales sobre la clasificación de grupos humanos de acuerdo con sus formas de alimentación, es necesario ver ahora con detalle qué elementos resalta Agatárquides de las poblaciones de bárbaros no civilizados, y qué ideales filosóficos se relacionan con ellos.

Los primeros que entran en escena, en este sentido, son los ictiófagos, pueblos comedores de peces de los que la tradición griega habla poco. Como ya se ha visto, los únicos ictiófagos que Heródoto menciona como tales nada tienen que ver con los descritos por Agatárquides y, de la literatura conservada, el antecedente más minucioso en este tema es Nearco. Hay varias diferencias, empero, entre los ictiófagos que vio el navegante Nearco a lo largo de sus periplos, y aquellos que describe Agatárquides. La más general es geográfica: los primeros habitaban en las costas de Carmania y Gedrosia, mientras que los segundos son casi todos africanos y, en la mayor parte de los casos, del interior del Golfo arábigo.

²⁸⁰ *Idem*, p. 65.

Iré por partes. Afirma Agatárquides (§31) que los ictiófagos constituyen un "pueblo más grande que los demás" (γένος... τῶν ὑπολοίπων μέγιστον), cuya ubicación geográfica se señala vagamente con un πῶντη que abarca desde la región de los auteos,²⁸¹ hasta la India, Gedrosia, Carmania y Persia, esto es, las costas de gran parte del Mar Rojo, el Golfo Pérsico y el Océano Indico. Aunque más tarde subdivide este grupo humano en algunos subgrupos (siguiendo los criterios alimenticios arriba mencionados), el cnidio aclara, de antemano, que ninguno de ellos posee ciudades ni campos, ni ningún tipo de herramienta trabajada con arte; todos viven desnudos y procrean en común. Y lo que es aún más interesante, "tienen la experiencia física del placer y del dolor, pero no presentan ni la más mínima idea de lo bueno ni de lo malo".²⁸²

Su modo tradicional de obtención de alimento no requiere ninguna herramienta: los ictiófagos aprovechan los vaivenes de la marea para pescar, formando sobre la costa rocosa y llena de concavidades una especie de corrales de piedras sin labrar hacia los que la marea lleva, por sí misma, a los peces. Al bajar la marea, los peces quedan atrapados en estos pozos y corrales, y los ictiófagos los capturan con las manos. En este punto es importante señalar que estos ictiófagos habitan, según Agatárquides, "dentro de los estrechos" (οἱ μὲν ἐντὸς τῶν στενῶν τὰς οἰκίσεις ἔχοντες),²⁸³ a diferencia de otros, que describirá más adelante. Estos estrechos se identifican por lo general con los de Bab-el-Mandeb,²⁸⁴ lo que

²⁸¹ Los auteos son un pueblo árabe que menciona Plinio (*HN*, VI, 167-168). Su territorio estaba situado a lo largo de las dos pistas caravaneras que unían el Nilo con el Mar Rojo: la de Polusio a Arsínoe y la de Coptos a Berenice (cfr. García Moreno, p. 172, nota 68).

²⁸² Τοῦτο δὲ τὸ γένος ἔχει μὲν οὔτε πόλεις οὔτε χώρας οὔτ' ἄλλης εὐτέχου κατασκευῆς ὑπογραφήν οὐδεμίαν, ἐστὶ δὲ τῶν ὑπολοίπων, ὡς ἔνωί φασιν, μέγιστον ἀπὸ γὰρ Αὐταίου, οἱ τῶν ἰσχυροῦ μῆτον κατοικοῦσιν, ἀπὸ τῆ μεγάλης συμβέβηκε συγκλείεσθαι θαλάττη, μέχρι τῆς Ἰνδικῆς καὶ Κερμανίας, ἐπὶ δὲ Καρμανίας καὶ Περσῶν καὶ τῶν τοῖς εἰρημένους γένεσιν ὑποκειμένων νήσων, ἰχθυοφόροι πάντη κατοικοῦσι· γυμνοὶ μὲν ὄντες αὐτοὶ γυμνὰς δὲ ἔχοντες τὰς γυναῖκας, κοινῆ δὲ τύπῳ γένεσιν, ἐπὶ δὲ ἡδονῆς μὲν καὶ πόνου φυσικῆν ἔχοντες γνῶσιν, αἰσθρῶν δὲ καὶ καλῶν οὐδὲ τῆν ἐλαττοτέρων εἰσφερόμενοι ἔπινοισιν. "Este pueblo no tiene ni ciudades ni campos de cultivo, ni ninguna señal de mobiliario trabajado con técnica; pero, según dicen algunos, es el más grande de todos. Los ictiófagos viven por todas partes, desde los auteos (que habitan en el último rincón, el rodeado por el gran mar) hasta la India y Gedrosia, Carmania y Persia, y las islas sometidas a dichas naciones. Andan desnudos a sus mujeres y ejercen en común la procreación de sus hijos; además, aunque tienen la experiencia física del placer y del dolor, no presentan ni la más mínima idea de lo bueno ni de lo malo". Cfr. Agatharch., §31.

²⁸³ Cfr. Agatharch., §40.

²⁸⁴ Cfr. Burstein, p. 77, nota 2.

supone que dentro mismo del Golfo arábigo tendría que haber mareas lo suficientemente fuertes para permitir este modo de pesca. Dado que esto no sucede,²⁸⁵ no queda sino pensar que Agatárquides sigue de cerca a Nearco, pues los ictiófagos descritos por este último, al habitar en la costa del Océano Índico, sí podrían aprovechar este tipo de mareas aunque, según el navegante, se servían también de herramientas: redes de fibra de palma que podían llegar a medir hasta dos estadios. Me parece, sin embargo, que la ausencia de herramientas y el método de pesca de los ictiófagos, según la versión de Agatárquides, no son casuales ni fruto de la ignorancia, sino que demuestran ya una intencionalidad de índole filosófica en estas descripciones, que aparece también en otros casos y que señalaré cuando sea necesario.

La cocción de los pescados entre los ictiófagos agatarquídeos tampoco necesita herramientas; en términos muy generales se asan al sol y se trituran con los pies, método que señala el desconocimiento del fuego. En caso de que sobrevenga un mal tiempo que no les permita pescar, estos ictiófagos del Golfo arábigo consumen ostras a las que crían previamente en pozas con agua de mar. Si aun este alimento les falta, entonces comen las espigas de pescado que desecharon en tiempos de relativa abundancia y en este obrar "adquieren la misma cualidad de las bestias en sus madrigueras" (τοῖς φώλεουσιν τῶν θηρίων τὴν αὐτὴν διαίτην λαμβάνουσι).²⁸⁶ Lo que Agatárquides considera más sorprendente es, sin embargo, la bebida de estos ictiófagos. Tras alimentarse durante cuatro días, en medio de cánticos desarticulados (ῥῥαῖς ἀνάστροις) y juegos, al quinto se encaminan hacia los abrevaderos de los nómadas²⁸⁷ y beben arrodillados, "a la manera de los

²⁸⁵ Cfr. Longo, p. 16.

²⁸⁶ Cfr. Agatharoh., §36.

²⁸⁷ La costa africana del Mar Rojo era extremadamente árida, de modo que el viaje que hacían los ictiófagos hacia los abrevaderos era tierra adentro. Odone Longo identifica, en la franja costera de incommensurable longitud que habitarían los ictiófagos, una macro-región cultural que formaría una especie de "nicho" o "zona ecológica" caracterizada por una costa estrecha limitada por montañas o mesetas árido-desérticas que limitarían el contacto entre los ictiófagos y las culturas del interior del continente, pero no con los nómadas pastores que habitaban precisamente esas montañas (Cfr. Longo, pp 17-18).

bueyes" (βοηδὸν πίνουσιν), llenando tanto sus vientres que no les queda otra solución que reposar sin comer nada el resto del día.²⁸⁸

A continuación Agatárquides describe más someramente a otros pueblos de ictiófagos que presentan pequeñas diferencias con los anteriores. Viven fuera de los estrechos y jamás beben líquido (suplen esta necesidad con los pescados casi crudos), de manera que "soportan sin sufrimiento lo que la fortuna les asignó desde un principio" (φέρουσι δὲ ἀλύπως ἄτερ αὐτοῖς ἄπ' ἀρχῆς ἢ τύχη παραδέδωκεν).²⁸⁹ Unos párrafos más adelante²⁹⁰ se indican los tipos de vivienda de los ictiófagos, que pueden consistir en cuevas situadas hacia el norte, costillares de pescados cubiertos de algas, árboles con las copas atadas entre sí o bien túneles excavados en la argamasa formada por la arena y las algas a la orilla del mar.

Los ictiófagos no se duelen por sus muertos; no se toman siquiera el cuidado de sepultarlos, sino que los dejan abandonados a merced del mar y de los peces.²⁹¹

El conjunto de los ictiófagos presenta algunos subgrupos o variantes culturales, como ya se ha dicho. Una de ellas es la de los comedores de tortugas, que habitan en unas islas de ubicación incierta. Lo más característico de este pueblo es el hecho de que no sólo dependen de las tortugas para alimentarse (asando su carne a los rayos del sol, donde se ve nuevamente la falta de fuego), sino para construir sus viviendas, extraer agua y navegar (con los caparazones). Así, mediante un solo recurso, se hacen de todo lo necesario para la

²⁸⁸ Εἶτα ἐπορευθέντες, ἐκεῖνην μὲν τὴν ἡμέραν ἕκαστος οὔτε ἰχθύος οὔτε ἄλλου τινὸς γεύεται· κείτοι δὲ ὑπεργέμων καὶ δύσπνοος, ὥστε εἶναι τρόπον τινα τῷ μεθύσει παρασλήσιον τὸ βάρος. "Y después de regresar, ese día nadie come pescado ni ninguna otra cosa, sino que yacen plenos y jadeantes, de manera que su pesantez es, en cierta forma, semejante a la de un ebrio". Cfr. Agatharch., § 39.

²⁸⁹ Cfr. Agatharch., § 40.

²⁹⁰ Cfr. Agatharch., § 43-44

²⁹¹ Τοὺς μὲντοι γε τελευτώντας αὐτῶν σὺδεμῶς ἀξιούσι προνοίας, ἀπαθῆ πρὸς τὸν ἐκ δόξης ἔλεον κεκτημένοι τὴν γνώμην· διὸ καὶ κείσθαι ἐρριμμενοὺς εἴωσι, ἕως ἂν ἀμωπιεῖς ἐπιγενομένη τροφῆν εἰς τὴν θάλασσαν κομίσῃ τούτους τοῖς ἰχθύσιν. "Los ictiófagos, teniendo un ánimo insensible a la piedad que surge de la creencia, no juzgan a sus muertos dignos de ningún cuidado; por eso incluso los dejan yacer abandonados, hasta que llega el reflujó y se los lleva al mar como alimento para los peces". Cfr. Agatharch., § 45.

vida.²⁹² Ictiófagos son, también, los comedores de ballenas, que consumen a los cetáceos encallados y, cuando no los hay, devoran sus esqueletos.²⁹³

A lo largo de la descripción de los comedores de pescado, Agatárquides expresa, de manera explícita, algunos juicios positivos sobre su modo de vida que deben tenerse muy en cuenta. En primer lugar, los ictiófagos viven de manera desocupada y despreocupada, son víctimas de pocas enfermedades gracias a la simplicidad de su vida, y viven tanto menos tiempo que los demás hombres, cuanto menos fatigosa es su existencia.²⁹⁴ En segundo lugar, están libres de todas las desgracias que suceden entre “nosotros” (παρ’ ἡμῶν): no huyen del hierro, ni se indignan por los ultrajes, ni se preocupan por los que sufren; desconocen todas estas cosas, y son absolutamente apáticos ante ellas.²⁹⁵

²⁹² τοῖς δὲ κύτεσι χρώνται πρὸς τὰς σκηνώσεις, οἴουσι καλύβας ἐφ’ ὑψηλοῖς τόποις πηνηεῖς καθιστώμεντες, καὶ πρὸς τοὺς διάπλους δὲ (καὶ) ὑδρείας ἐνεκα κέχρηται αὐτοῖς, ὥστε εἶναι τὸ αὐτὸ καὶν, οἰκία, ἀγγεῖον, τροφὴν τοῖς εἰρημένοις ἀνθρώποις. "... y usan los caparazones para sus tiendas, que construyen como si fueran cabañas inclinadas sobre los lugares elevados; también los emplean para la navegación y para transportar agua, de manera que, a dichos hombres, la misma cosa les sirve de barco, casa, recipiente y alimento". *Cfr.* Agatharch., § 47.

²⁹³ Ὅτι οὐ πολλὸν διεστῶτες τοῦ εἰρημένου γένους σύμμετροι τῷ ἀριθμῷ βίον ἔχουσι τοιοῦτον. Ἐκ τῶν ἐκριπτουμένων εἰς τὴν χέρσον κτηνῶν ἀποζῶσι. Σκευλίζουσης δὲ αὐτοῖς τῆς τοιαύτης σιτήσεως (γίνεται δὲ πολλακίς), ἐκ τῶν ὀστέων τοὺς τε χόνδρους καὶ τὰ ἄκρα τῶν πλευρῶν κατεργαζόμενοι τὴν εὐδειαν, εἰ καὶ χαλεπῶς, ὁμως παραμυθοῦνται. "Dice que, no muy alejados de este pueblo, unos ictiófagos, pocos en número, tienen el siguiente modo de vida: viven de las ballenas que se lanzan a tierra firme y, cuando les falta este alimento (lo cual sucede a menudo), calman su necesidad, aunque penosamente, elaborando los cartilagos de los huesos y las puntas de las costillas". *Cfr.* Agatharch., §48.

²⁹⁴ Καὶ νοσήμασι μὲν διὰ τὴν ἀπλότητα τῆς διαίτης σπασιούς περιπίπτουσι, τοσοῦτ' ὃ ἀπαροῦσιν ἀπὸ τοῦ χρόνου τῶν ἐτῶν, ὅσ' ἄλλοι ἀσθενέστερα τῶν λοιπῶν ἔχουσι τὴν ἀσαστροφίην. "Los ictiófagos son aquejados por pocas enfermedades debido a la enorme simplicidad de su modo de vida, y tanto se alejan del tiempo de los años, cuanto tienen una existencia mucho menos ocupada que las demás". *Cfr.* Agatharch., §39. Como puede verse, esta lectura es muy oscura. Diodoro, que suele parafrasear y simplificar a Agatárquides, entiende aquí que los ictiófagos son ὀλιγοχρονιώτεροι (*cfr.* D.S. III, 17, 5, correspondiente a Agatharch., §39). La breve existencia de estos pueblos, aunque va en contra de toda la tradición anterior, que situaba en Etiopía a los pueblos más longevos, bien puede ser un rasgo positivo en Agatárquides. Los ictiófagos viven una vida corta, pero poco fatigosa y sana. Se verá, más adelante, cómo otros grupos descritos en el tratado suprimen la vejez mediante el suicidio.

²⁹⁵ Ὅτι τοὺς ἐν τοῖς εἰρημένοις τόποις οἰκοῦντάς φησι πρὸς τοῖς εἰρημένοις ἔτι μηδὲ πρὸς τὰ μέγιστα τῶν παρ’ ἡμῶν δεινῶν ὁμοίαν ἡμῶν ἔχειν τὴν εὐνοίαν. Οὔτε γὰρ σίδηρον κατ’ αὐτῶν ἐπαρόμενον φεύγειν, οὔτε προπιπλακισμῷ ἐρετίζεσθαι, οὔτε τοὺς μὴ πάσχοντας τοῖς πάσχουσι συναγακακτεῖν· ἀλλ’ εἴ τι γένοιτο περὶ αὐτοῦς ἐξ ἄλλοφύλων τοιοῦτον, βλέπουσι μὲν σῆτοι ἀενάως εἰς τὸ γινόμενον καὶ τὰς κεφαλὰς πυκνὰ διακεῖν, τῶν δὲ εἰθισμένων ἀνθρώπων πρὸς ἀθροισμὸν οὐδὲ τὴν ἐλαχίστην διδόασιν εὐνοίαν. "Ὅθεν (φησὶν ὁ συγγραφεὺς) ἐγὼγε νομίζω μηδὲ χαρακτηριστὰ εὐγνωστοῦ ἔχειν αὐτοὺς, εἰθισμῷ δὲ καὶ νεύματι ἤτοις τε καὶ μιμητικῇ δηλώσει δισκοῦν πάντα τὰ πρὸς τὸν βίον." Agatárquides sostiene que ni los que viven en los lugares descritos ni los mencionados antes conocen como nosotros las peores de las desgracias que suceden entre nosotros, pues no huyen cuando el hierro se levanta sobre ellos, ni se enfadan por un ultraje, ni los que no sufren se irritan por los que sufren; y, si los extranjeros hacen algo así en torno a los ictiófagos, éstos observan fijamente lo que sucede y hacen señas repetidas con la cabeza, sin mostrar ni el más mínimo conocimiento de las cosas acostumbradas por el hombre para con el hombre. De donde - dice el

El juicio moral de Agatárquides se condensa, sin embargo, en el párrafo 49, donde se presentan ciertos rasgos del epicureísmo.²⁹⁶ En este fragmento el cnidio pretende, evidentemente, hacer una comparación entre los ictiófagos y una sugerente primera persona del plural, donde hay que entender que lo que se alaba en una cultura por su presencia se está criticando a la otra por su ausencia, y viceversa. Así, considero fundamental citar aquí el párrafo completo:

Agatárquides afirma que, mientras nuestra vida nos estriba en cosas necesarias y cosas superfluas, los mencionados pueblos de ictiófagos limitan todo lo inútil, y no excluyen nada de lo que es conveniente, guiándose todos ellos en su modo de vida por el camino divino, y no por el que desvirtúa a la naturaleza con opiniones (infundadas): al no desear obtener el poder, no se afligen por su correspondiente lucha pendenciera e infortunada; al no estar enamorados de la superioridad, ni hacen a los demás ni sufren ellos mismos muchas de las cosas innecesarias; al no levantar odios mayores en detrimento de la personalidad del enemigo, no sufren las desgracias de sus allegados, y al no navegar llevando la vida al límite movidos por la avaricia, no miden el sufrimiento con los tropiezos de la vida. Al contrario: como necesitan cosas pequeñas, sufren cosas pequeñas, adquiriendo lo que es suficiente y no buscando algo que sea de más. A cada uno lo inquieta, no lo desconocido, si no está presente, sino lo deseado, cuando no llega la oportunidad de tenerlo y el apetito apremia. Así, aquel que tiene todo lo que quiere, será afortunado de acuerdo con la razón de la naturaleza, no de acuerdo con la de la opinión (infundada). No declaran lo justo con leyes: ¿Para qué tiene que someterse a un ordenamiento quien es capaz de ser bueno sin necesidad de la ley escrita?²⁹⁷

Con esta reflexión termina la descripción de los ictiófagos²⁹⁸ y comienza la de otros pueblos que también viven en estado de naturaleza, de manera que es factible hacer una pausa aquí

escritor - me parece, en efecto, que estos hombres no tienen ni siquiera símbolos que puedan conocerse, y es evidente que atienden todo lo que se relaciona con su vida mediante el hábito, los movimientos de cabeza, los ruidos y la mímica". *Cfr.* Agatharch., §41.

²⁹⁶ *Cfr.* Trüdinger, *Studien zur Geschichte der griechisch-römischen Ethnographie*, p. 143, citado por García Moreno, p. 192, nota 110. Burstein no hace ninguna observación sobre este fragmento.

²⁹⁷ Ὅτι τῆς ζωῆς ἡμῶν ἡμῖν ἐφεστῶσης ἐν τε τοῖς περιτοῖς καὶ τοῖς ἀναγκαίοις, τὰ εἰρημένα γένη τῶν ἰχθυοφάγων ἢ μὲν ἄχρηστα περιγεγραφοῦσιν ἅπαντα, φησί, τῶν δὲ καθηκόντων οὐδὲν ἐλλείπουσι, τῇ θεῖα πρὸς τὸ ζῆν οὐδ' ἂν βραβεύομενοι πάντες, οὐ τῇ παρασοφίζομενῃ ταῖς δόξαις τὴν φύσιν· οὐ γὰρ ἀρχῆς ἰμερόμενοι τυχεῖν ἀγωνία φιλαυαίῳ καὶ δυστυχεῖ συνέχονται· οὐδὲ πλεονεξίας ἐρώντες πολλά μὲν ἄλλους δρῶσι, πολλά δὲ πάσχουσι τῶν οὐκ ἀναγκαίων· οὐδ' ἔχθρας ἐνιστάμενοι μείζους ἐπὶ βλαβῇ σώματος πολεμίου σφάλλονται ἐν ἀτυχίαις οἰκείων, οὐδὲ ναυτιλλόμενοι, κέρδους εὐεκα τὸ ζῆν ὑπερτείνουτες, προσπταίεσθαι τοῦ βίου μετροῦσι τὴν λύπην· ἀλλὰ μικρῶν δεόμενοι μικρὰ καὶ πειθοῦσι, τὸ μὲν ἀρκούν κτώμενοι, τὸ δὲ πλεον οὐ ζητοῦντες. Ἐπιγλαί δ' ἕκαστου οὐ τὸ ἀγνοοῦμενον, εἰ μὴ πάρεστιν, ἀλλὰ τὸ βουλευτόν, ὅταν ὑστερίξῃ τοῦ καιροῦ τῆς ἐπιθυμίας σπευδοῦσης. Οὐκοῦν ἐκεῖνος πάντ' ἔχων ἂν θέλει, εὐτυχίσει κατὰ τὸν τῆς φύσεως λογισμόν, οὐ κατὰ τὸν τῆς δόξης. Νόμοις δὲ οὐ δικαιοῦνται· τί γὰρ δεῖ προστάγματι δουλεύειν τὸν χωρὶς γράμματος εὐγνωμοσύνῃ δουτάμενον; *Cfr.* Agatharch., §49.

²⁹⁸ *Cfr.* Agatharch., §§ 31-49.

para analizar, desde el punto de vista de las filosofías helenísticas, qué valores proyecta Agatárquides sobre los comedores de peces.

Es necesario observar, antes de cualquier otra cosa, que estos pueblos de comedores de peces son lo que en términos ecológicos se conoce como “especialistas”, esto es, basan su sustento en una sola fuente alimenticia que, en ocasiones, también los provee de vestimenta, medios de transporte, vivienda y herramientas (como en el caso de los comedores de tortugas). El énfasis en esta reducción de necesidades es puramente Agatarquídeo y, casi seguramente, deliberado. En efecto, independientemente de que un modo de vida tal sea o no posible, ya antes de que el cnidio escribiera su tratado, Nearco había observado, entre los ictiófagos que llegó a conocer, una práctica complementaria de la agricultura y la ganadería. Según el navegante de Alejandro Magno, los ictiófagos no sólo tenían ciudades amuralladas y conocían el uso del fuego, sino que acompañaban su alimentación (basada en la harina de pescado), con dátiles, pastelillos y pan hecho con harina de trigo.²⁹⁹ Nearco también notó la presencia de ganado entre los ictiófagos, aunque se trataba de un ganado cuyo forraje no consistía en hierba, pues no la había en esas regiones áridas, sino en harina de peces, de manera que la carne de las ovejas tenía el mismo sabor que el pescado y las aves marinas.³⁰⁰ Así pues, aquí, al igual que en el caso de las herramientas y las cuerdas de fibra de palma, hay una variación agatarquídea que a mi modo de ver no es casual, por lo siguiente. El que los ictiófagos agatarquídeos basaran su alimentación y todo su modo de vida en una sola fuente de sustento, dentro del evidente marco de idealización en que el cnidio inserta a estas culturas, no hace sino subrayar el ideal de la autarquía o autosuficiencia, central para el epicureísmo, el cinismo y el estoicismo. Mientras el epicureísmo sostenía que τῆς ἀνταρκείας καρπὸς μέγιστος ἐλευθερία,³⁰¹ el cinismo reducía al máximo las necesidades del sabio con la intención de llegar al mayor grado posible

²⁹⁹ Cfr. Arr., *Ind.*, XXVIII.

³⁰⁰ Cfr. *idem*, XXVI.

³⁰¹ Epicur., *Sent. Vat.*, 77, en García Gual, p. 133.

de autosuficiencia, y el estoicismo siguió los pasos de los cínicos en este sentido. Así, la autosuficiencia no es un valor restringido a alguna de estas corrientes filosóficas en especial; se trata de un valor presente en las tres que, por ello, no es útil para determinar la adhesión de Agatárquides a una u otra de ellas. Vale resaltar, sin embargo, que la autarquía es un ideal derivado del individualismo que, como es sabido, caracterizaba a la época helenística. El sabio, necesariamente autárquico, debía estar preparado para hacer frente en buenas condiciones a cualquier circunstancia que la Τύχη le presentara. ¿Acaso no recuerdan esto los precavidos ictiófagos del cnidio, que soportaban las épocas de carencia con ostras, espinas y una buena dosis de apatía?³⁰²

Ciertas afirmaciones agatárquideas parecen indicar una simpatía por los valores epicúreos, especialmente las que están plasmadas en el §49 de *Sobre el Mar Eritreo*.

En primer lugar, la comparación de “nuestro” modo de vida, basado en cosas supérfluas y necesarias, con el de los ictiófagos, basado sólo en lo necesario, recuerda en cierto modo la división epicúrea de los deseos en tres grupos, a saber, 1) los deseos naturales y necesarios, 2) los naturales e innecesarios y 3) los que no son naturales ni necesarios.³⁰³ El primer grupo está conformado por el deseo de satisfacer el hambre, el de saciar la sed y el de cubrirse del frío. Según los epicúreos, quien satisface estos tres deseos es capaz de rivalizar con Zeus en felicidad. De acuerdo con el retrato que Agatárquides hace de ellos, los ictiófagos se dedicaban a satisfacer estas tres necesidades y nada más, y por eso eran felices.

El nulo deseo de poder y supremacía, y la ausencia de ambición (todo ello considerado perteneciente al tercer grupo epicúreo de deseos, los no naturales e innecesarios, que deben evitarse a toda costa), hace pensar en la máxima λάτρε βιώσας, exclusiva del epicureísmo.³⁰⁴

³⁰² φέρουσι δὲ ἀλύπως ὅπερ αὐτοῖς ἀπ' ἀρχῆς ἡ τύχη παραδέδωκεν. "Soportan sin pena lo que la fortuna les asignó desde un principio". *Cfr.* Agatharch., §40.

³⁰³ *Cfr.* D.L., X, 127.

³⁰⁴ Epicur., *Fr.*, 46, en García Gual, p. 155.

Agatárquides alaba a los ictiófagos el que no se preocupan por lo desconocido. Se sabe de sobra que una de las causas del epicureísmo era el combate al miedo, que se libraba mediante una explicación física y atomista del mundo, cuyo único fin era propiciar la tranquilidad de ánimo necesaria para llevar una vida placentera y libre de preocupaciones.

Así, los ictiófagos llevan una vida que sigue una senda divina, al paso que “nosotros” seguimos un camino que desvirtúa la naturaleza mediante opiniones infundadas (δόξαις). Hay que observar que en los textos epicúreos, la palabra δόξα siempre significa “falsa suposición”, y aparece asociada con un sentido negativo, al igual que en Agatárquides.³⁰⁵ Aquí, este concepto de alguna manera se opone a la naturaleza, cuando se dice que los ictiófagos son felices según la lógica de esta última (φύσις) y no según la de la δόξα. Sobre la vida conforme a la naturaleza hablaremos al final de este capítulo.

¿Son estas razones suficientes para afirmar que Agatárquides era de filiación epicúrea? Desde luego que no. Aunque el cnidio sintiera simpatía por esta corriente filosófica, proyecta sobre los bárbaros que describe otros ideales que son esencialmente irreconciliables con el epicureísmo, y propios de otros esquemas filosóficos. Me refiero especialmente a la postura ante el suicidio y el etnocentrismo.

Dice Agatárquides que los trogloditas, cuando al envejecer

ya no pueden ir detrás de los rebaños, ponen en torno a su cuello una cola de buey, aprietan muy bien el nudo detrás de su nuca y se liberan de la vida. Y si alguno de ellos aplaza el final, cualquiera se acerca inmediatamente y, como quitándole el temor por benevolencia, al tiempo que le reprocha con palabras su conducta, lo libera por la misma vía. No sólo privan así de la vida a los que envejecen, sino también a aquellos a quienes una enfermedad prolongada o la pérdida de alguno de sus miembros los vuelve inútiles para acompañar a los rebaños.³⁰⁶

³⁰⁵ Cfr. por ejemplo D.L., X, 123 y Epicur., *Sent. Vat.*, 59.

³⁰⁶ Ἐπεὶ δὲ τινες, τοῦ πᾶσιν ὀφειλομένου γήρους βαρύνοντος, μηκέτι δύνανται ταῖς ποιμαῖς ἐπακολουθεῖν, περιθέντες βοῶς οὐρανὸν περὶ τὸν αὐχένα τῶν αὐτῶν, καὶ τὸν ὀπίσω τοῦ τραχήλου δεσμῶν εὐμάλα περισφίγγαντες, ἀπολύουσι τοῦ βίου. Εἰ δὲ τις αὐτῶν τὴν τελευταίην ὑπερβάλλῃ, παραστὰς ὁ θέλων ἄφνω, ὡς ἐπ' εὐνοίᾳ τὸν ὄγκον ἀφαιρούμενος, κοινεθῶν ἅμα τῷ λόγῳ τῆς ἀνατροφῆς, διὰ τῆς αὐτῆς ὁδοῦ παρέλυσεν. Οὐ τοὺς γηράσκοντας δὲ μόνον οὕτω τοῦ ζῆν ὑπεξάγουσιν, ἀλλὰ καὶ οὓς ἢ νόσος ἐπίμνος ἢ μελῶν τινας πῆρωσις ἀχρήστους εἰς τὸ ταῖς ἀγέλαις παρασκευασεὶ συνέπεσθαι. Cfr. Agatharch., §63.

El suicidio, en este caso, aparece justificado por el bien del grupo social al que se pertenece, de acuerdo con criterios utilitarios. Un epicúreo sin embargo, jamás aceptaría este tipo de suicidio. Para los filósofos del Jardín, aquel que encontraba muchas razones para dejar la vida era considerado muy poca cosa: μικρὸς παντάπασιν ᾧ πολλὰ αἰτίαι εὐλογοὶ εἰς ἐξογωγὴν βίου.³⁰⁷

La otra cuestión está relacionada con la idea que los epicúreos tenían de la stirpe griega como la mejor de todas. Según los adeptos al Jardín, no cualquier disposición corporal o etnia tenía la posibilidad de llegar a la sabiduría: “el (poder) de convertirse en sabio no está en todas las disposiciones físicas ni en todos los pueblos”.³⁰⁸ Sólo los griegos tenían la disposición natural para lograrlo. En la valoración que hace Agatárquides de estos bárbaros etíopes parece estar más presente la mentalidad cínica, que favorecía los confines ante el centro, o su derivado, el humanismo estoico.

Agatárquides parece ser aun más compatible con los valores cínicos. Basta lanzar una rápida mirada a éstos para notarlo. Los cínicos defendían ante todo la indiferencia del sabio por las cosas exteriores, la autarquía y el cosmopolitismo (se proclamaban ciudadanos del mundo);³⁰⁹ rechazaban el matrimonio por tratarse de una convención antinatural y recomendaban ampliamente la comunidad de mujeres.³¹⁰ Finalmente, su actitud ante los cadáveres era muy particular: libres de cualquier tabú, los cínicos no veían razón para enterrarlos si era posible consumirlos.³¹¹ El cinismo valoraba la vida salvaje y primitiva ante la civilizada, aquejada por convenciones y tabúes inútiles. Un ejemplo de ello es la valoración del escita Anacarsis, que era sabio, entre otras cosas, por ser un representante de los hombres de los confines, que llevaban una vida simple, primitiva, acorde con la

³⁰⁷ “Aquel que cree que existen muchas causas razonables para despedirse de la vida es, sin duda, un hombre pequeño” *Cfr. Epicur., Sent. Val.*, 38.

³⁰⁸ οὐδὲ μὴν ἐκ πάσης σώματος ἕξως σοφὸν γενέσθαι ἂν οὐδ’ ἐν παντὶ ἔθνηι. *Cfr., D.L.*, X. 118.

³⁰⁹ *Cfr. D.L.*, VI, 63: ἐρωτηθεὶς πόθεν εἶη, κοσμοπολίτης, εἶπεν. “cuando le preguntaron (sc. a Diógenes el cínico) de dónde era, dijo: “ciudadano del mundo”.

³¹⁰ *Cfr. idem*, VI. 72.

³¹¹ *Cfr. idem*, VI, 73.

naturaleza.³¹² La ubicación misma del Cinosargo es significativa en este sentido: el sitio donde los cínicos daban sus lecciones estaba en los suburbios, cerca de los cementerios, en una especie de confin, una tierra de excluidos.³¹³

En el tratado *Sobre el Mar Eritreo* es fácil encontrar todos los valores que acaban de mencionarse. Así, como ejemplo de apatía podemos citar la indiferencia de los ictiófagos ante las desgracias que son comunes entre nosotros (§41); la autarquía se refleja en todo su género de vida; la comunidad de mujeres e hijos se menciona desde el principio de la descripción de los pueblos comedores de peces, al tiempo que la indiferencia (literalmente, la apatía) ante los cadáveres queda patente en el §45. Respecto a esto último es interesante observar que los muertos se reintegran a la naturaleza como pasto para los peces y, de esta manera, tarde o temprano, vuelven a formar parte de los ictiófagos que consumen a los peces. Hay que recordar que el propio Diógenes el cínico deseaba que, después de muerto, su cuerpo fuera abandonado a las aves de presa y a los perros vagabundos,³¹⁴ lo que significaba un terrible sacrilegio para la mentalidad griega.

Vale recordar también que los cínicos lanzaban la consigna de “hacer salvaje la vida”, cosa que lograban mediante una ascesis rigurosa que, en gran medida, tomaba a los animales como modelos en varios aspectos de la vida.³¹⁵ La vivienda era uno de ellos: los cínicos vivían en barriles, o al aire libre y, según afirma Michel Onfray, entre los animales que admiraban en este sentido se encontraba, ni más ni menos, la tortuga, que representaba la autonomía más lograda.³¹⁶ Cabe preguntarse si la inclusión de un pueblo que vivía de las tortugas y dentro de ellas en el recuento agatarquídeo es casual.

Las bestias, dice el cinismo, “encuentran en el agua su bebida y en las hierbas su alimento; la mayor parte de ellas está desnuda todo el año, nunca entran en una casa, no

³¹² Hartog, p. 154-155.

³¹³ Cfr. Onfray, p. 36.

³¹⁴ Cfr. D.L., VI, 79.

³¹⁵ Cfr. D.L., VI, 22.

³¹⁶ Cfr. Onfray, p. 40.

necesitan utilizar el fuego, viven el tiempo que la naturaleza les ha dispuesto, si nadie les mata antes, y permanecen fuertes y saludables sin tener nunca necesidad de recurrir ni a médicos ni a remedios".³¹⁷ El vínculo entre la sencillez de la vida de las bestias y su salud es casi igual al que Agatárquides establece en el §39 para el caso de los ictiófagos. Por lo demás, éstos se asemejan mucho a las bestias: no tienen lenguaje; igual que "las bestias en sus madrigeras", mastican espinas (§36) y beben el agua de los abrevaderos como los bueyes (§38). Como habitantes de los confines, los ictiófagos tienen ciertas características que no son propias de los humanos, que les confieren un carácter semianimal, y que, al mismo tiempo, podrían representar los ideales cínicos más radicales.

También en cuanto a la desnudez y al uso del fuego hay coincidencias entre los ictiófagos agatárquideos y los valores cínicos. Los cínicos rechazaban el uso del fuego para la cocción de los alimentos, pues veían en ese uso una simple y sencilla convención a la que, como tal, se oponían. En consecuencia, consumían muchos alimentos crudos, y cuenta una leyenda que Diógenes murió por comer un pulpo crudo, a avanzada edad.³¹⁸ Por otro lado, aunque no se conserva ningún testimonio sobre un cínico que se paseara completamente desnudo por la plaza pública, esta actitud habría correspondido mucho al pensamiento cínico, pues manifestaría la confianza en la naturaleza, el repudio de la civilización y el gusto por la provocación. Los cínicos no andaban desnudos por la ciudad, pero sí reducían el vestido a su única función útil: proteger de la intemperie. Utilizaban un capote llamado *τρίβων*, que en muchas ocasiones era lo único que poseían algunos ancianos y pobres. A diferencia del epicureísmo, que pensaba que no había ninguna necesidad de vivir en la necesidad,³¹⁹ y de los estoicos, para quienes las riquezas no representaban ningún mal, siempre y cuando el sabio no dependiera de ellas para ser feliz, los cínicos optaban por una postura mucho más radical, opuesta a la circulación de riquezas y al enriquecimiento de los

³¹⁷ Dión Crisóstomo, *Discursos*, VI, 22, citado por Onfray, p. 66.

³¹⁸ *Cfr.* D.L., VI, 76.

³¹⁹ *Κακὸν ἀνάγκη, ἀλλ' οὐδεμίαν ἀνάγκη ζῆν μετὰ ἀνάγκης.* "La necesidad es un mal, pero no hay ninguna necesidad de vivir en la necesidad". Epicur., *Sent. Vat.*, 9.

ricos,³²⁰ consideraban que los castillos y las propiedades alejaban al hombre de la autenticidad, y que la auténtica riqueza era la autosuficiencia del individuo. Pueden citarse numerosas anécdotas en este sentido, entre ellas la historia de Crates de Tebas, discípulo de Diógenes, que se deshizo de todas sus propiedades para dedicarse a la vida cínica, lo mismo que su esposa, Hiparquía.³²¹ La vida mendicante propia de los cínicos (al igual que la pobreza de los ictiófagos) hubiera sido muy poco envidiable para cualquier filósofo epicúreo y para algunos estoicos.

Pese a la gran compatibilidad que existe entre los ideales que proyecta Agatárquides sobre los ictiófagos y los ideales cínicos, es imposible afirmar que Agatárquides fuera un cínico; mucho menos que imaginara a los ictiófagos como cínicos, dado que esta filosofía requería una conciencia siempre alerta, y una ascesis constante a través de cada acto de la vida. No es posible afirmar que Agatárquides fuera cínico en persona, pues no conocemos ningún dato de su vida que lo afirme, y también porque, por otro lado, los cínicos no se inclinaban por la historiografía. Los ictiófagos agatarquídeos, en palabras del propio Cnidio, no tenían ni la más mínima conciencia de lo bueno ni de lo malo, y esta actitud sería incompatible con la crítica vigilante de los cínicos. Lo más que se podría pensar es que Agatárquides sentía cierta inclinación favorable hacia las propuestas cínicas, incluso más que hacia las epicúreas, aunque éstas también estuvieran presentes en su pensamiento y su obra.

También es posible relacionar al Cnidio con el estoicismo, sobre todo porque esta escuela filosófica tomó casi todos los elementos de la ética cínica;³²² sin embargo, hay muchos elementos en la descripción de los ictiófagos que permanecen bastante alejados de la idea del sabio estoico. Para la época en que vivió Agatárquides, una de las principales figuras del estoicismo era Panecio de Rodas (ca. 185-109 a. C.), en cuyas manos el pensamiento de la Estoa se suavizó y pasó a Roma, ejerciendo una amplia influencia en los Escipiones y en

³²⁰ Cfr. Onfray, pp. 45-46.

³²¹ Cfr. D.L., VI, 87, 96 y ss.

³²² Cfr., por ejemplo, D.L., VI, 14.

Cicerón. En sus primeros tiempos, la Estoa consideraba que la virtud (consistente en vivir en conformidad con el *pneuma* universal, esto es, con la naturaleza o, en otras palabras, con dios), era suficiente, por sí misma, para garantizar la felicidad. Con Panecio esta idea se matizó: el filósofo rodio aclaraba que, para llegar a la felicidad, también hacía falta salud, vigor y algo de riqueza, detalle que ya entra en cierta contradicción con las ideas agatarquídeas proyectadas sobre la pobreza de los ictiófagos. Entre otras muchas cosas, el sabio estoico debía participar en la política (no en vano muchos de los adeptos al estoicismo ocupaban altos cargos en los gobiernos), y dedicarse a la sabiduría entendida como el estudio de las artes liberales. Nada de esto tiene que ver con Agatárquides que, como hemos visto, se inclinaba más por el *λάτρε βιόσος* epicúreo o por el nihilismo cínico. Sandra Gozzoli cree ver en *Sobre el Mar Eritreo* una muestra de que Agatárquides asimiló la idea del género humano entendido como una gran humanidad, teoría que, difundida por los estoicos, se había hecho popular en Alejandría.³²³

En resumidas cuentas, la relación de Agatárquides con el estoicismo sería válida sobre todo en aquellos puntos en que este último coincide con el cinismo, y no en otros.

Finalmente, y para hacer justicia a la afirmación de Estrabón, es necesario buscar en el tratado *Sobre el Mar Eritreo* los rasgos peripatéticos que en él puedan existir. Para empezar, aunque toda la carga ética arriba señalada parece indicar una relación especialmente fuerte con las escuelas filosóficas helenísticas postaristotélicas, hay que tener en cuenta ciertos datos generales que indican la relación de Agatárquides con el peripatetismo. El primero es un dato biográfico: su relación con Heráclides Lembo, peripatético menor, pudo haber sido el conducto por medio del cual recibió algunas influencias de esta escuela. El segundo hecho que debe tenerse en cuenta es la adscripción de Agatárquides a la corriente de historiografía conocida como dramática o dramatizante, de la que ya se habló anteriormente, que era originaria del ambiente peripatético. El tercer hecho, es la postura que el cniido

³²³ Cfr. Gozzoli, p. 66, nota 57.

adopta en contra del asianismo. El antiasianismo era una reacción de origen peripatético en contra de un estilo literario en el que no figuraban, según sus críticos, ni la claridad ni el decoro.³²⁴ El cuarto hecho que debe tomarse en cuenta es el de que otros escritores, pertenecientes a la escuela aristotélica, se habían dado a la descripción del modo de vida de los pueblos, en especial Dicearco, que tenía una visión particularmente pesimista ante el progreso de la humanidad frente a la pureza de la vida primitiva. El esquema teórico de clasificación de los pueblos según su mayor o menor grado de cercanía al estado civilizado, que puede observarse en el §30 del texto agatarquídeo, tiene su origen en el mismo Dicearco.³²⁵

No obstante, dentro de la descripción de los pueblos bárbaros y su ideal modo de vida, que es lo que ahora interesa, sólo aparece un rasgo propio del peripatetismo: la creencia en la eternidad de las especies animales,³²⁶ que puede verse en el §46, donde el cnidio habla de un pueblo de ictiófagos que vive en un lugar tan absolutamente inaccesible que sólo es posible pensar que ha estado allí desde siempre.

Pese a los pocos indicios del peripatetismo de Agatárquides, hay, a mi juicio, un detalle que puede considerarse también como signo de esta corriente y que se basa en la clasificación de los pueblos por su dieta y sus características económicas. Aristóteles distinguía entre la economía, que era una cosa natural y limitada, y la crematística, ilimitada y artificial. Esta última, característica de los pueblos civilizados, lleva a excesos y desgracias como la guerra y la búsqueda de riquezas, a diferencia de la economía. El modelo económico de estos pueblos salvajes agatarquídeos, al estar basado en lo natural y limitarse a lo necesario, les brinda una vida pacífica que se contraponen claramente (§39) a la "nuestra", esto es, a la de la sociedad en la que vivía y desde la que escribía el historiador cnidio. La economía se prefiere a la crematística, aunque ninguna de ellas se mencione como tal.

³²⁴ *Cfr.* Mazzuchi, p. 260.

³²⁵ *Cfr.* García Moreno, p. 171, nota 65.

³²⁶ *Cfr.* Burstein, p. 15, nota 2. *Cfr.* también Dicearch. *Hist.*, *Fr. Gr. Hist.*, F4.

Resulta evidente, en el texto del *cnidio*, que una vez que los pueblos transgreden el orden natural (esto es, cuando pasan de un sistema basado en la economía a uno basado en la crematística), generalmente por entrar en contacto con los imperios, se corrompen, como en el caso de los nabateos. De estas corrupciones hablaré en el capítulo siguiente. Baste por ahora con lo señalado sobre el peripatetismo.

Finalmente, Albrecht Dihle considera que "eventualmente, hay en Agatárquides una notoria afinidad con la escuela peripatética. Así, sus exposiciones sobre el adiestramiento de las fieras (...) suponen una teoría de la memoria (...) que recuerda la tajante división que hace Aristóteles entre *νόησις* y *μνήμη*, mientras el estoicismo ortodoxo acentúa precisamente el elemento intelectual".³²⁷

Si bien los ictiófagos son el pueblo salvaje que con más detalle describe Agatárquides, hay otras etnias salvajes, cazadoras y recolectoras, del interior del continente africano, sobre las que también proyecta algunos de los ideales que se han mencionado a lo largo de este capítulo. Valga la pena revisar brevemente las descripciones que el *cnidio* hace de estos grupos humanos para ver dónde y cuándo se presentan dichos ideales.

El siguiente pueblo que se describe, después de los varios pueblos de ictiófagos, es el de los comedores de raíces, que viven a orillas del río Astábara. Este pueblo se sustenta de raíces de juncos machacadas con piedras y puestas a secar al sol (exactamente el mismo método con que procesan los ictiófagos su alimento), pero tiene una característica curiosa: son atacados por los leones que viven en esos mismos pantanos. Sin embargo, cuando llega la canícula, una invasión de mosquitos obliga al pueblo a huir hacia las ciénagas, y los mismos leones, acosados por el sonido de estos insectos, se ven forzados a escapar, dejando en paz a los hombres. Aunque Agatárquides afirma que refiere estas cosas por el simple hecho de que son asombrosas,³²⁸ es necesario notar que, además de brindar un dato

³²⁷ Dihle, p. 31.

³²⁸ Ἄλλα ταῦτα μὲν ἀπηγγέλθω τοῦ παραδόξου χάριν· τί γὰρ ἰδιώτερον ἢ λέοντος μὲν ἐκχωρεῖν κύωνων, ἀνθρώποις δὲ σώζεσθαι ὑπὸ τοιοῦτου κινδύνου; "Valga referir estas cosas por su extrañeza. En

paradoxográfico que resultaría interesante para su público, el cnidio quiere reforzar la idea de que estos pueblos salvajes viven en estado de naturaleza y que, por lo tanto, se adaptan con resignación a los ciclos de ésta.

Sigue el pueblo de los xilófagos (comedores de madera), que consumen madera tierna, y que no son muy distintos de los comedores de semillas. Estos últimos consumen fruta durante el verano y hierba durante el resto del año. Obsérvense las semejanzas con las bestias, de las que ya se habló anteriormente. Se trata de habitantes de los confines, cuya pertenencia al género humano es poco clara. Trepan a los árboles aprovechándose de pies y manos, con una habilidad que, afirma Agatárquides, resulta increíble a quien no los ha visto; ni siquiera sufren cuando caen, a causa de su gran ligereza.³²⁹ La sencillez y la bestialidad de su vida parecen reflejar los ideales de la filosofía cínica. Estos pueblos también practican la comunidad de mujeres, de la que se ha hablado anteriormente, y mueren a los cincuenta años cegados por los glaucomas. Hay que notar que también su muerte obedece a causas naturales, lo mismo que todas las regulaciones de su vida y su alimentación (que se guían por las estaciones del año).

Sigue en el texto la descripción de los pueblos cazadores, que presentan un sistema de vida más desarrollado que el de los otros pueblos recolectores, como los comedores de semillas y de madera. Estos pueblos cazadores conocen el uso del fuego y de las herramientas; cazan en equipo, con arcos y flechas, y viven en los árboles. Cuando no hay caza, utilizan los cueros de las bestias cazadas como alimento, lo que recuerda la actitud de los ictiófagos que consumen las espinas de los pescados cuando no hay buena pesca. Los pueblos que viven en estado de naturaleza están preparados para hacer frente a cualquier eventualidad.

efecto ¿qué puede ser más insólito que el hecho de que los leones cedan el terreno a los mosquitos, y que, bajo el mismo peligro, haya salvación para los hombres?". *Cfr.* Agatharch., §50.

³²⁹ Καὶ τοὺς κλάδους ἀλλήλων πολλὰκις ἐν ταῖς ἐπισηφαισιότατοις τόποις ἀφαιροῦνται, καὶ τοιαῦτα ἐνδείκνυνται ὥστε τὸν ἰδόντα αὐτὸν μὲν ἐκπλήττεσθαι, μὴ μὲντοι θαρρεῖν εἰς τοὺς ἀπείρους ἐξαγγέλλειν. "Y muchas veces se quitan unos a otros los retoños en los lugares más peligrosos, y demuestran tales acrobacias, que quien las observa queda estupefacto, pero no se atreve a referírselas a los inexpertos". *Cfr.* Agatharch., §51.

Entre los pueblos cazadores destacan principalmente los cazadores de elefantes, subdivididos en tres grupos que cazan de tres maneras distintas, a saber: a) cayendo sobre las bestias desde los árboles y cortándoles, con lujo de acrobacia y una buena dosis de riesgo, los tendones de la pata trasera; b) asaeteando a la bestia con una flecha envenenada, lanzada por tres hombres que tensan un mismo arco; c) aserrando el árbol en que el elefante se reclina para dormir, dado que, según la creencia agatarquídea, los elefantes no podían levantarse una vez que caían al suelo.³³⁰ Así, una vez que los paquidermos se reclinan sobre el árbol aserrado, éste se parte y las bestias se convierten en una presa fácil para los comedores de elefantes. Mientras los primeros elefantófagos consumen al animal cuando todavía está vivo, los terceros esperan a que se desangre para consumirlo. Sin embargo, esta muerte lenta y dolorosa parece plenamente justificable en el texto del cnidio, dado que obedece a la satisfacción de las necesidades naturales y básicas del humano. Al respecto, Agatárquides refiere una historia muy significativa sobre estos cazadores de elefantes: el rey Tolomeo (probablemente Tolomeo II, en ocasión de la expansión egipcia hacia el sur), prometió a los comedores de paquidermos muchas cosas asombrosas a cambio de que, en lugar de matar a los elefantes, los cazadores se los entregaran vivos. Pero éstos no sólo se negaron, sino que le dijeron al rey que ni por todo el reino cambiarían su modo de vida.³³¹

³³⁰ Esta creencia parece haber gozado de cierta difusión en la mentalidad griega, dado que Aristóteles la refuta en *HA*, II, 1 = 498a: ὁ δ' ἐλέφας σὺν οὕτως ὡπερ ἕλεγον τινες, ἀλλὰ συγκαθίξει καὶ κάμπτει τὰ σκέλη, πλὴν οὐ δύναται διὰ τὸ βαρὸς ἐπ' ἀμφότερα ἅμα, ἀλλ' ἀνακλίνεται ἢ ἐπὶ τὰ εὐώνυμα ἢ ἐπὶ τὰ δεξιὰ, καὶ καθέξει ἐν τούτῳ τῷ σχήματι, κάμπτει δὲ τὰ ὀπίσθια σκέλη ὡπερ ἄνθρωπος. "El elefante no es como decían algunos, sino que se sienta y dobla las patas; además, debido a su peso, no puede hacerlo al mismo tiempo por los dos lados, sino que se inclina o bien hacia la izquierda o bien hacia la derecha, y duerme de esta manera, y dobla las patas traseras como el ser humano". El hecho de que Agatárquides la incluya aquí puede señalar su desconocimiento del texto aristotélico. Ideas semejantes se encuentran en culturas muy distantes y diferentes de la griega. Dentro de la cosmogonía otomí, por ejemplo, figuran ciertos gigantes bien dotados de fuerza y tamaño que, cuando caían al suelo, ya no podían levantarse, de manera que morían allí, pese y a causa de toda su corpulencia.

³³¹ "Ὅτι τοῦτους τοὺς κινητοὺς Πτολεμαῖος ὁ Αἰγύπτου βασιλεὺς ἀποσχέσθαι τοῦ φύου τῶν ἐλεφάντων παραυῶν, ἵν' ἔχει αὐτοὺς ζῶντας, καὶ πολλὰ καὶ θαυμαστὰ αὐτοῖς ὑποσχόμενος, οὐ μόνου σὺκ ἐπεισευ ἀλλ' οὐδ' ἂν τὴν ἄλην ἀλλάξασθαι βασιλείου πρὸς τὸν ἐνεστώτα βίον εἰπόντων ἀποκρισὼν ἤκουσεν. "Tolomeo, el rey de Egipto, exhortando a estos cazadores a que se abstuvieran de matar elefantes, para que él los tuviera vivos, y prometiéndoles muchas cosas maravillosas, no solo no los convenció, sino que cuando aquéllos hablaron, escuchó la respuesta de que ni por todo el reino cambiarían su presente forma de vida". *Cfr.* Agatharch., §56.

La fuerza de esta anécdota salta a la vista y es casi inevitable relacionarla con la respuesta que dio Diógenes el cínico a Alejandro Magno cuando este último, acercándose al filósofo, le dijo que pidiera lo que quisiera, y éste simplemente pidió al monarca que no le tapara el sol.³³² Nuevamente nos encontramos con una actitud cínica que desprecia las riquezas y el modo de vida civilizado y sujeto a convenciones.

Al pueblo de los cazadores de elefantes sigue el de los cazadores de avestruces, que obtienen de esta ave su alimento, lecho y vestimenta. Lo mismo que cuando se habló de los comedores de tortugas, un único animal brinda todo lo necesario para la vida, lo que refleja el ideal de la autarquía. Este pueblo lucha con otro al que se conoce como el de los “chatos” utilizando cuernos de antilope. Es curioso notar que incluso las armas provienen de la naturaleza, pues “esa región cría en abundancia tal animal” (τρέφει δὲ ἡ χώρα πολυπληθὲς τὸ ζῷον τοῦτο).³³³

Sigue el pueblo de los acridófagos, o comedores de langostas. Se trata de un conjunto de hombres pequeños, delgados, ágiles y muy negros, que se alimentan todo el año de estos insectos, conservados en sal. Los cazan con humo, cuando se presentan las nubes de langosta. Agatárquides no idealiza la vida de estos hombres, y considera que su muerte es aún peor, porque mueren pronto, acosados por unos piojos alados que los hacen padecer sufrimientos insoportables.³³⁴ Es curiosa la presencia de estas afirmaciones en un texto que

³³² Cfr. D.L., VI, 38.

³³³ Agatharch., §57.

³³⁴ Ζῷσι δὲ οὐ πλείου τεσσάρ᾽ αἰσὶν ἐτῶν, ξηρᾶς κοινωνοῦντες τελείως τροφῆς. Τελευτῶσι δὲ τοῦ ζῆν ἀβλιώτερον ἅμα γὰρ [τῷ] πλησιάζειν τὸ γῆρας ἐγγίνεται τοῖς σώμασιν αὐτῶν πτερωτὰ γένη φθειρῶν, ὁμοία μὲν τῷ τύπῳ τοῖς κρότωσι, βραχέϊ δὲ ἐλάττω τῶν ἐν τοῖς κυσὶ φαινόμενων, ἀρχόμενα μὲν ἀπὸ τοῦ στήθους καὶ τῆς κοιλίας, ἐπινεμόμενα δὲ συντόμως μετὰ τοῦ παντὸς προσώπου τὴν ἐπιφάνειαν. Οἱ τὰ μὲν πρῶτα τοῖς ὑπὸ ψώρας ἠρεθισμένοις ὁμοίως διάκεινται, ὕστερον δ' ἐπιπόνως ἐαυτοὺς σπαράττουσιν· εἴτα τοῦ πάθους εἰς ἀκμὴν ἐλκομένου, καὶ μετὰ τῆς τῶν θηρίων ἐκφύσεως καὶ λεπτῶν ἀναχθεμένων ἰχώρων, ἀκαρτερήτους ὑφίστασθαι τοὺς ἀβλιῶς τὰς δριμύτητος συμβαίνει. Οὗτοι μὲν οὖν εἴτε τοὺς χυμοὺς εἴτε τὴν τροφήν εἴτε τὸν ἀέρα τῆς κακίας ἔχοντες αἵτισιν, οὕτως ἀπόλλυνται. "... pero no viven más de cuarenta años, pues consumen un alimento completamente seco. Y mueren más desgraciadamente que como viven: junto con la llegada de la vejez, nacen en sus cuerpos unas especies aladas de piojos, iguales en su forma a los ricinos, pero un poco más pequeños que los que se ven en los perros. Comienzan por el pecho y el vientre, pero en poco tiempo extienden su aparición por todo el rostro. Al principio, estos hombres se encuentran en la misma condición que los enfermos de sarna, pero luego se desgarran a sí mismos dolorosamente. Cuando el morbo llega a su punto más álgido (con la multiplicación de los animales y el

reivindica constantemente la vida en estado de naturaleza. Es extraño, sobre todo, que a estos párrafos sigue la curiosa descripción de un territorio deshabitado a causa de una terrible invasión de animales ponzoñosos. La idealización del estado de naturaleza, para el cinismo (y luego el estoicismo), no necesariamente implica que éste sea siempre placentero. El sabio tiene que estar preparado incluso para las peores de las eventualidades. Recuérdese que Diógenes, para poner a prueba su resistencia, rodaba sobre la arena ardiente en verano y abrazaba las estatuas nevadas en invierno.³³⁵ Al mismo Diógenes, se dice, lo mató la ingesta de un pulpo crudo, consecuencia del rechazo del uso del fuego. Esto es, desde el punto de vista cínico, la naturaleza también mata, pero es preferible vivir según su lógica, que según la lógica insaciable de la civilización.

Los últimos hombres que habitan hacia el sur son, según Agatárquides, los *cinamolgos*, a quienes sus propios vecinos conocen como bárbaros salvajes (Ἀγρίους βαρβάρους). Son hombres muy peludos, que crían perros con los que cazan. Aprovechan también la leche de las perras, de donde deriva su denominación, que quiere decir “ordeñadores de perros”.³³⁶ Entre sus presas se encuentran los toros indios que llegan a su territorio en el verano. La ubicación de este pueblo en África, en lugar de en la India, a donde verdaderamente corresponde según la tradición, es prueba de la confusión entre la India y Etiopía durante la época helenística y en el contexto de la literatura paradoxográfica.³³⁷ Su inclusión en el texto Agatarquídeo obedece quizá al simple propósito de incluir información

flujo de una sutil purulencia), sucede que los desgraciados enfrentan dolores insoportables". *Cfr.* Agatharch., §58).

³³⁵ *Cfr.* D.L., VI, 23.

³³⁶ "Οἱ ὕστατοι, φησί, τῶν πρὸς μεσημβρίαν οἰκούντων εἰσὶν οὗς Ἕλληες μὲν Κυναμαλοῦς καλοῦσιν, οἱ δ' ἄστυγείτορες, ὡς αὐτὸς εἶποι, Ἀγρίους βαρβάρους. Οὗτοι κομῆται μὲν εἰσὶ καὶ πώγωνας φέρουσιν ἔξαισίους, κύνας δὲ τρέφουσι πολλοὺς καὶ μεγάλους, ὁμοίως τοῖς Ἵρκανοῖς· καὶ τοὺς ἐπιφοιτῶντας αὐτῶν τὴν χώραν Ἰνδικοὺς βόας δι' αὐτῶν θηρῶσι, πλῆθος ἐπιφανομένους ἀμύθητον, ἀπὸ τροπιῶν θερμῶν εἰς μεσουχειμῶνος· εἶτα καὶ πᾶς τῶν κυνῶν θηλείας ἀμέλγαντες τῇ γάλακτι τρέφονται, καὶ ἐξ ἄλλων δὲ θήρας ζῶων. "Los últimos de los que habitan hacia el sur son los que los griegos llaman *cinamolgos*, y sus vecinos, por así decirlo, bárbaros salvajes. Estos hombres son cabelludos y llevan barbas desmesuradas; igual que los hircanos, crían muchos perros, y de gran tamaño. Con éstos cazan a los toros indios, que invaden su región surgiendo en cantidad incontable desde el solsticio de verano hasta mediados del invierno. Además, ordeñan a las perras y se alimentan de su leche, así como de la caza de otros animales". *Cfr.* Agatharch., §60.

³³⁷ *Cfr.* Burstein, p. 107, nota 1; *Cfr.* también García Moreno, p.212, nota 148.

paradoxográfica que agradara a los lectores y, además, mostrar una imagen de los confines familiar a la mentalidad helenística.

Lo que sigue a la descripción de estos pueblos es la información relacionada con los trogloditas.³³⁸ Estos hombres no viven propiamente en estado de naturaleza, pero en algunos puntos coinciden con los pueblos que sí lo hacen. Los trogloditas son pueblos de pastores, que tienen un gobierno monárquico (la palabra griega *τυρραννίς*, en referencia a las jefaturas tribales africanas, era común y no necesariamente designaba una tiranía entendida en el sentido negativo³³⁹). Son seminómadas, luchan por la posesión del territorio, se visten con pieles, se circuncidan y sienten una especial devoción por los toros y las vacas, de quienes depende su subsistencia. Esta devoción no sólo se manifiesta en el hecho de que llamen padre al toro y madre a la vaca,³⁴⁰ sino también en la existencia de una clase de impuros: los cocineros que sacrifican a las reses viejas.

Las mujeres ancianas cumplen con el papel de conciliadoras en las luchas que se entablan entre los varones, lo que habla ya de una división de género más marcada que en las poblaciones anteriores. Esta división también es visible en su modo de pernoctar. Las mujeres y los niños duermen en esteras colgadas de un aprisco, al tiempo que los varones pernoctan cantando mitos ancestrales,³⁴¹ lo que muestra una oralidad que claramente resalta

³³⁸ El término troglodita, que deriva de trogodita, muestra una corrección antigua que pretendía hacer posible un análisis etimológico por parte de los griegos. Troglodita -con lambda - significaría, así, "habitantes de cuevas". La palabra trogodita - sin lambda - tiene un origen desconocido, y se le ha relacionado incluso con el término *targi*, plural de *tuareg*, nombre de una tribu nómada del norte de África (Cfr. Burstein, p.109, nota 1).

³³⁹ Cfr. García Moreno, p. 214, nota 153.

³⁴⁰ Οὔτοι ἀνθρώπων μὲν σὺδ' ἐνι περιτιθέασι τὴν τῶν γονέων κλήσιν, ταύρω δὲ καὶ βοῖ, τὸν μὲν πατέρα καλοῦντες, τὴν δὲ μητέρα, ὡσαύτως κριῶ τε καὶ προβάτω, διὰ τὸ λαμβάνειν τὴν τροφήν τὴν καθ' ἡμέραν οὐ παρὰ τῶν τοκέων, ἀλλὰ παρ' ἐκείνων. "Éstos no conceden el título de progenitor a ningún ser humano, sino al toro y a la vaca, llamando padre a aquél, y madre, a ésta, e igualmente a las cabras y a las ovejas, porque no reciben el alimento diario de sus padres, sino de estos animales". Cfr. Agatharch. §61.

³⁴¹ ἐπὶ αὐτῶν δὲ νύξ ἐπιῆ, εἰς μάθιδρας μὲν συσάγουσι τὴν λείαν, αὐθιγὸν δὲ ἐπιβάλλουσι ῥιπσοὺς ἐκ φοινίκων. Καὶ αἱ μὲν γυναῖκες μετὰ τῶν νηπίων τούτοις ἐπιβαίνουσιν, οἱ δὲ ἄνδρες πυρὰ κύκλω καίουσιν, ᾗδοντες πατριῶς τιναὺς μύθους, καὶ τὸν ἕπυον σὺτ' ἀρωθοῦνται, ἐν πολλοῖς τῆς μελέτης διὰ ταυραγαθίαν τὴν φύσιν νικώσας. "Cuando sobreviene la noche, retinan su rebaño en apriscos, y cuelgan esteras arriba, desde las palmeras. Las mujeres suben a ellas con los niños, y los hombres encienden hogueras en torno, cantando ciertos mitos ancestrales, y así evitan el sueño: muchas veces, la costumbre vence a la naturaleza a causa de la necesidad". Cfr. Agatharch., §63.

contra la inexistencia del lenguaje entre los ictiófagos, por ejemplo. Sin embargo, pese a todas estas diferencias con los que he llamado anteriormente bárbaros salvajes, los trogloditas también practican la comunidad de mujeres, propia de los pueblos que viven en estado de naturaleza.

Quizá lo más peculiar de los trogloditas que se describen en *Sobre el Mar Eritreo* es su relación con la muerte. En primer lugar, como ya se dijo, se suicidan o son sacrificados una vez que la enfermedad o la vejez les impiden llevar una vida útil. Como se vio anteriormente, este tipo de suicidio estaba plenamente justificado para los cínicos y los estoicos. Pero hay algo más. Una vez que alguien muere, los trogloditas no se afligen. A diferencia de los pueblos salvajes, tienen ritos funerarios, pero éstos son sumamente alegres. Consisten en arrojar, entre risas y bromas, piedras que cubren el cuerpo del difunto, del que luego se "alejan sin perturbarse, completamente alegres". El juicio de Agatárquides es sumamente claro: "viven con sensatez los funerales, en cuanto que el hecho de no sufrir por los que ya no sufren es señal de inteligencia".³⁴² Esta sentencia podría estar acorde con el pensamiento epicúreo y con el cínico, o con el estoico. La apatía es un ideal común a todas las filosofías helenísticas. La apatía ante los muertos, empero, ya desde Heródoto aparece un tanto idealizada cuando el padre de la historia habla de la existencia de un pueblo tracio entre cuyos usos y costumbres se contaba el de llorar cuando nacía un niño, en vista de las penas que iba a sufrir en vida, y hacer alegres festividades cuando un individuo de la comunidad moría, pues entonces se liberaba del sufrimiento.³⁴³

342 "Ὅτι οἱ Τρωγλωδοῦται περὶ τοὺς μετελλαχότας, φησὶν, οὕτω πράττουσι. ταῖς ἐκ τῶν παλιούρων λύγοις τὸν αὐχένα πρὸς τὰ σκέλη συνεδησαν, εἶτα ἐπ' ὄχθου ἐπιθέντες, βάλλουσι χειροπληθεῖσι λίθοις, τωθασμῶ χρωμένοι καὶ γέλωτι, ἕως ἀποκρύψωσι τοῦ τετελευτηκότος τῆν μορφήν· κάπνεται ἄνωθεν ἐπιθέντες κέρασ ἀίγος, ἀπαθείς ἀπολύονται καὶ παντελῶς ἴλαροι. οὕτω, φησὶ, ταῖς κηδείαις καταχρώνται νοσυλεχῶς, εἴπερ μὴ λυπεῖν ἑαυτοὺς ἐπὶ τοῖς ἀλυπήτοις συνέσεως σημείον. "Dice que, en torno a los difuntos, los trogloditas proceden de la siguiente manera. Les atan la nuca a las piernas con tallos de cambrón; luego, puestos (los cadáveres) sobre una colina, les lanzan piedras del tamaño de la mano, riendo y burlándose, hasta que hacen desaparecer la forma del muerto. Y luego, después de poner arriba el cuerno de un macho cabrío, se alejan impasibles y completamente alegres. De esta manera, dice, viven con sensatez los funerales, en cuanto que el no sufrir por los que ya no sufren es señal de inteligencia". Cfr. Agatharch., §63.

343 Cfr. Hdt., V, 4.

La visión agatarquídea de los trogloditas no está muy apegada a la tradición, que les atribuía ciertos rasgos fantásticos propios de los seres de los confines. Heródoto decía que eran los hombres más veloces, que se alimentaban de lagartos y serpientes, y que su lenguaje se parecía a los chillidos de los murciélagos.³⁴⁴ La velocidad de los trogloditas parece ser un *topos*, dado que también aparece en Heliodoro, que los describe de la siguiente manera:

Los trogloditas son un grupo etiópico, nómada y vecino de los árabes; están bien dotados por naturaleza en la velocidad de la carrera y se ejercitan en ella desde la infancia; no fueron educados, en lo absoluto, en el manejo de armamento pesado y, en las batallas, disparan desde lejos con sus hondas; a sus enemigos, o les hacen algo por sorpresa, o huyen cuando los sienten superiores. Estos últimos inmediatamente renuncian a una persecución prolongada, sabiendo que aquéllos tienen alas por la velocidad de sus pies, y que se introducen en unas grutas de boca estrecha y en ocultas guaridas de piedras.³⁴⁵

Es interesante notar que la descripción agatarquídea de este pueblo, aunque intermedia entre Heródoto y Heliodoro, no presenta rasgos paradoxográficos como los citados. Se trata de un recuento al parecer mucho más realista que el que refiere la tradición, lo que no sucede con los pueblos árabes de los que se hablará a continuación.

III.2.2 Los pueblos civilizados de los confines

Bajo la categoría de los pueblos civilizados de los confines incluyo las sociedades descritas entre el párrafo 95 y el 102 de la versión de Focio. Todas ellas están situadas en Arabia, y presentan características muy disímiles a las de los pueblos etíopes de que acabo de hablar.

Ya he hablado acerca de los rasgos tradicionales que Agatárquides refleja en la descripción de estos pueblos: la ley de las compensaciones (que se observa en la presencia

³⁴⁴ *Cfr.* Hdt. IV, 183. Véase *supra*, p. 83, nota 249 de este trabajo.

³⁴⁵ Τρωγλοδίται δὲ μοῖρα μὲν ἐστὶν Αἰθιοπική, νομαδική τε καὶ Ἀράβων ὄμιρος, δρόμου δὲ ὀξύτητα φύσει τε εὐτυχύντες καὶ ἐκ παιδῶν ἀσκούντες, τὴν μὲν βαρείαν ἀπλῆσιν οὐδὲ ἀρχὴν ἐδιδάχθησαν ἀπὸ σφενδάνης δὲ κατὰ τὰς μάχας ἀκροβολιζόμενοι ἢ δρώσι τι πρὸς ὄξυ τοὺς ἀθισταμένους ἢ καθυπερτέρους αἰσθόμενοι διαδιδράσκουσιν. οἱ δὲ ἀσιγνυώσκουσιν αὐτίκα τὴν ἐπιδιώξιν ἐπιτερωμένους τῇ ποδωκείᾳ συνειδότες καὶ εἰς ὅπας τινας βραχυστόμους καὶ χηραμοῦς κρυφίους πετρῶν καταδυομένους. *Cfr.* Hdt., VIII, 16, 4.

de serpientes venenosísimas que hacen difícil la obtención de los perfumes) y el carácter poco belicoso de los asiáticos.

El recuento de pueblos árabes comienza con los debas, que son nómadas y agricultores, muy hospitalarios con los peloponesios y los beocios, y que no conocen el trabajo del oro, aunque su territorio lo posee en abundancia a flor de tierra.³⁴⁶

Siguen los aileos y los casandres, que viven en una tierra fértil y templada, misma que no cultivan por su inexperiencia. Se dedican al comercio de pepitas de oro naturales, sin trabajar, que intercambian por otros metales en los pueblos vecinos. Es imposible dejar de confrontar la abundancia y el escaso precio del oro entre estos pueblos, que lo recogen del suelo sin ningún trabajo, y lo aprecian poco,³⁴⁷ con los terribles trabajos y el derroche de vidas que sufren los mineros del Wadi Allaqi para obtener una pequeña cantidad del metal precioso. No sin razón dice Agatárquides que "aquello en lo que toda la vida pone sus ojos no se aprecia por su naturaleza, sino por su uso". El oro, para estos pueblos, no es bueno en sí mismo, dado que no lo necesitan. Estamos de nuevo ante los valores propios de las filosofías helenísticas. Al no entrar el oro dentro de las necesidades naturales básicas del hombre, como, por lo demás, el resto de la riqueza y el poder, no es digno de un precio ni de una atención elevada.

Sigue el pueblo de los sebeos. Éste habita en los bosques de los perfumes y sufre los ataques de las serpientes y la agresividad del perfume, que es sumamente intenso. En el contexto de los problemas que ocasiona el perfume a los sebeos, dice Agatárquides que

³⁴⁶ Ὡς κατὰ μέσην τὴν χώραν ποταμῶς διαφέρεται τριμερῆς μὲν τῆ φύσει, ψήγμα δὲ χρυσοῦ κατόγων, οὕτω σύνδηλον τὴν θαμίλειαν ἔχων, ὥστε τὴν ἰλίην τὴν πρὸς ταῖς ἐκβολαῖς συνηγμένην πόρρωθεν ἀποσιτίλβειν. "En medio de su territorio cruza un río naturalmente dividido en tres partes, que arrastra pepitas de oro con una abundancia tan evidente, que el lodo reunido en las desembocaduras resplandece desde lejos". Cfr. Agatharch., §95.

³⁴⁷ πρὸς τε τοὺς ἀστυγείτοιας μετόχοντες πωλοῦσιν εὐτελῶς· τὸν μὲν γὰρ χαλκὸν πρὸς τὸν χρυσοῦ τρισταθμῶν ἀλλάττονται, τὸν δὲ σίδηρον πρὸς διπλοῦν χρυσοῦ. Ὁ δὲ ἀργυρὸς τοῦ χρυσοῦ δέκα δύναται μοίρας, τῆ θαμίλειαν καὶ σπάει τῆς ἀξίας παραμετρομένης, ἐν οἷς ἀποβλέπει πᾶς ὁ βίος οὐ πρὸς τὴν φύσιν, ἀλλὰ πρὸς τὴν χρείαν. "Trasladándolas a los vecinos, las venden muy barato; en efecto, intercambian el bronce por su triple peso en oro, y el hierro, por el doble. La plata vale diez tantos de oro, pues el valor se estima por la abundancia o la escasez; la vida no pone los ojos en estas cosas por su naturaleza, en lo absoluto, sino por su uso". Cfr. Agatharch., §96.

“todo éxito llevado con moderación y orden, guía la vida; pero, sin equilibrio ni pertinencia, no produce un bien provechoso”.³⁴⁸ Este juicio parece remitirse a las teorías epicúreas de la administración del placer, sobre todo por la presencia de la *συμμετρίας* y del *καιροῦ*. Lo que viene a continuación también podría relacionarse con el pensamiento epicúreo o con el cínico - pero no con el estoico. El *cnidio* dice que el rey de los *sebeos* vive encerrado en un palacio y goza de amplios poderes para hacer su voluntad sin tener que rendir cuentas, pero no puede salir de sus posesiones so pena de ser lapidado por el pueblo, de modo que su supremacía le es nociva (*ὥστε εἶναι τὴν ὑπεροχὴν βλαβεράν*).³⁴⁹ Hay que recordar que el deseo de supremacía es, según *Agatárquides*, una de las causas de las desgracias que nos aquejan. Para un cínico o un epicúreo, toda supremacía será nociva.

Agatárquides menciona una y otra vez la molicie y el afeminamiento de los *sebeos*, pero también resalta su importante papel como nexo comercial entre Asia y Europa, como creadores de mercados y autores del enriquecimiento de la *Celesiria*.

Tras describir la proverbial riqueza de estos pueblos (que no les impide ser felices, como a “nosotros”), *Agatárquides* deja caer el juicio más directo, conciso y fuerte de todo lo que se conserva de su tratado: si estos pueblos “no tuvieran su patria muy lejos de quienes vuelven sus fuerzas hacia todas partes, los dueños de sus conquistas serían aquellos que administran las cosas ajenas, pues su molicie no les permitiría conservar por más tiempo la libertad”.³⁵⁰ Sobre esta sentencia hablaré en el capítulo siguiente. Lo único que salva, al

³⁴⁸ ὅταν ἐπίτευγμα μεσότητι μὲν καὶ τάξει κυβερνώμενον παραπέμπει τὸν βίον, συμμετρίας δὲ καὶ καιροῦ στερηθὲν οὐκ ἔχει τὴν κτήσιν ὀνησιφόρον. *Cf.* *Agatharch.*, § 99.

³⁴⁹ *Agatharch.*, § 100.

³⁵⁰ Ἔστι δὲ πολυτέλεια παρ' αὐτοῖς οὐ μόνον ἐν τοις τεύχεσιν καὶ ποτηρίων ποικιλίας, εἶ δὲ κλιῶν καὶ τριπόδων μεγέθεσι, [ἀλλὰ] καὶ τῶν ἄλλων τῶν κατ' οἰκίαν παρ' ἡμῖν ἐκτεννομένων λαμβάνει τὴν ὑπερβολὴν, πολλῶν, ὡς εἶκε, κεκτημένων χρηγίαι βασιλικῆν. Κισνάς τε πολλοὺς αὐτοῖς φησὶ κατασκευάσθαι ἐπιχρύσους τε καὶ ἀργυρούς, πρὸς δὲ καὶ τὰς ὀροφάς καὶ θύρας φιάλαις λιθοκαλλήτοις ἐξειληφθαι πυκναῖς, ὡσαύτως καὶ τὰ μεσοστύλια θέαν ἔχειν εὐπρεπῆ, καὶ καθόλου τοὺς παρὰ τῶν ἄλλων πλοῦτους ἐκκείσθαι τὴν διαφορὰν μεγάλην. Ἄλλὰ ταῦτα μὲν ἕως τοῦ καθ' ἡμᾶς παρ' αὐτοῖς ἐπαγγέλλεται βίου. Εἰ δὲ μὴ πόρρω διεστηκυῖαν τὴν οἰκίαν κατεῖχον τῶν ἐπὶ πάντα τόπον τὰς δυνάμεις στρεφόντων, οἰκούμοι τῶν ἀλλοτρίων οὐ ὑπῆρχον οἱ κύριοι τῶν ἰδίων ἄβλων, τῆς ῥαθυμίας ἀδυνατοσύνης τὸ ἐλεύθερον πλείω χρόνον διατηρεῖν. "Entre ellos hay una gran magnificencia, no sólo en los admirables objetos de toréutica, en la variedad de copas, así como en la grandeza de sus lechos y trípodes, sino que también el lujo de otros objetos domésticos difundidos entre nosotros llega hasta el exceso: muchos de ellos, al parecer, tienen un oficio real. Afirma el autor que son fabricadas por ellos muchas columnas de

decir del cuido, a estos pueblos, es su categoría de pueblos de confín, inaccesibles, felices, casi utópicos, opulentísimos, pero indefensos.

Así cierra la descripción agatarquídea de los pueblos que viven felices. A lo largo de ella puede verse un eclecticismo filosófico que incluye valores epicúreos, cínicos y estoicos a un tiempo, sin ninguna fidelidad especial a alguna de estas teorías en particular. Agatárquides proyecta sobre los bárbaros que viven en los confines un surtido de valores que, al no limitarse a una escuela, sólo dejan la opción de pensar que se deben a la elección muy personal de un Agatárquides que tomó, de aquí y de allá, guiado por una postura política causada tal vez por su experiencia de vida, los valores que le fueron conviniendo para expresar su inconformidad y su pesimismo ante los tiempos que corrían.

plata y chapadas de oro, y, además, que las techumbres y puertas ostentan vasijas densamente cubiertas de piedras preciosas; los intercolumnios igualmente tienen un aspecto hermoso, y en general, la diferencia es grande respecto a la riqueza de los otros hombres. Estas son las cosas que sobre ellos han llegado a saberse hasta nuestro mundo. Y si no tuvieran su patria muy lejos de quienes vuelven sus fuerzas hacia todas partes, los dueños de sus propias conquistas serían aquellos que administran las cosas ajenas, pues su molición no sería capaz de conservar más el tiempo de la libertad". *Cfr.* Agatharch., §102.

III. 3. Antiimperialismo

III. 3. 1 Antecedentes: el clima de oposición a Roma entre la intelectualidad griega del siglo II a. C.

Durante el siglo II a. C., época en que la República romana expandía sensiblemente sus influencias sobre los reinos helenísticos, la intelectualidad griega no siempre se mostró favorable al creciente poderío de los romanos, y manifestó su oposición a éste de muy diversas maneras.

Aunque sólo sobrevive una parte muy exigua de la literatura helenística del siglo II a. C., pueden notarse, entre las líneas citadas por algunos de los autores que se conservan, actitudes antirromanas que se manifiestan de las más diversas maneras. Dionisio de Skepsis, por ejemplo, en su comentario al “catálogo de los Troyanos” de la *Iliada*, negaba la migración de Eneas y de los troyanos a Roma, al paso que se mofaba de los habitantes de Ilión cuando éstos pretendían hacer de su mísera villa la continuación de la ciudad de Príamo. La actitud de Dionisio de Skepsis es muy representativa, desde el punto de vista político, en un momento en que los Romanos intentaban explotar su parentesco con Ilión para presentarse en el Oriente helenizado como herederos de los troyanos.

El rechazo de los orígenes troyanos de Roma podía tener consecuencias graves, pues validaba la teoría de su origen bárbaro, y no permitía indicar una fecha suficientemente precisa para su fundación. Apolodoro, por ejemplo, en sus *Crónicas* (publicadas entre el 144 y el 143 a. C.), no indica la fecha de la fundación de la ciudad, que no podía establecerse porque se trataba de la mera congregación de una turba de vagabundos, a diferencia de la seriedad, precisión y responsabilidad que implicaba para los griegos la fundación de una

ciudad. La omisión de Apolodoro fue, sin duda, intencional, pues es seguro que conoció a Timeo y la datación que éste hizo para dicha fundación. He aquí otro caso de una actitud antirromana manifestada de manera sutil, que encuentra su contraparte en los esfuerzos que hacen otros autores (como Diógenes I 74-75) por fijar una fecha específica para este acto.³⁵¹

Las actitudes antirromanas pueden verse también en la propaganda oracular de tipo sibilino, en la cual, a los oráculos prorromanos atribuidos a la sibila troyana (que vaticinaba a los descendientes de Eneas el dominio del mundo), se contraponen los antirromanos y filoasiáticos referidos por Antístenes Rodio y por los *Oráculos sibilinos* (libro III). Esta contraposición obedece también al contraste entre Europa, ahora representada por Roma, y Asia.³⁵²

Antístenes fue el portavoz del resentimiento de los rodios contra los romanos, como puede verse en un fragmento atribuido a él por Flegón de Trales,³⁵³ en que se profetiza una terrible invasión asiática contra Europa, Italia y Roma. El personaje que vaticina esto, un general romano llamado Publio, se identifica con Publio Cornelio Escipión Emiliano. La escena se sitúa en la Lócride occidental, dominada por los etolios, hacia el año 190 a. C. No es posible saber en qué contexto estaba inserto este pasaje en la obra de Antístenes, pero es seguro que no era favorable a los romanos.³⁵⁴

Tanto la propaganda sibilina como Antístenes de Rodas se sitúan dentro del contexto de una interesante teoría histórica basada en la sucesión de imperios a la que es probable que también estuviera adscrito Agatárquides. Vale la pena, pues, hacer un rápido recorrido por la evolución de esta teoría observando matices que tomó dependiendo de los diversos contextos en que se fue conformando.

³⁵¹ Cfr. Gabba, 1974, pp. 630-631, 633.

³⁵² Cfr. *Idem*, p. 635. Gozzoli (p. 66, nota 55) cree ver, en la actitud de descontento y protesta de Agatárquides, una primera señal de la concordia de espíritu entre griegos y orientales que se extendió durante el s. I. a. C.

³⁵³ Cfr. Gozzoli, p. 65, nota 51.

³⁵⁴ Cfr. Gabba, 1974, p. 634.

La teoría de la sucesión de imperios se originó en Asia, y sostenía inicialmente que a lo largo de la historia se habían sucedido tres monarquías (todas ellas asiáticas). Tanto Heródoto como Ctesias de Cnido dan testimonio de esta teoría, que debieron haber escuchado durante sus respectivas permanencias en Oriente.

Cuando Alejandro Magno conquistó Oriente, los macedonios se apoderaron de la teoría, que utilizaron como herramienta de legitimación, y se autoproclamaron como el cuarto imperio. Sin embargo, en esta etapa, la teoría aún no era demasiado atendida por la intelectualidad griega y alejandrina, que se limitaba a mencionarla como una curiosidad oriental, en parte porque no incluía, en la lista de imperios sucesivos, ni a Grecia ni a Egipto. No obstante, dado que en Asia esta teoría de la historia sí estaba arraigada, la autoproclamación de los macedonios como cuarto imperio caló hondo en la mentalidad popular, que eventualmente reaccionó contra ella. En las colonias persas de Asia Menor surgieron reacciones anti-griegas contra esta cuarta monarquía que, a diferencia de las anteriores, no era oriental. Fue entonces cuando comenzó a esperarse la llegada de una quinta monarquía que fuera universal e imperecedera.

Por esas épocas, precisamente en Asia Menor, los romanos debieron escuchar esta teoría y se aprovecharon de ella. El testimonio más claro de ello es un fragmento del historiador Emilio Sura (citado por Velejo Patérculo) de principios del s. II a. C.³⁵⁵ Poco tiempo después, debido a las políticas aislacionistas de Catón y su grupo, la teoría dejó de circular durante casi siglo y medio en ambiente romano, pero resurgió luego, con las siguientes características: hacía de cada monarquía un imperio mundial; minimizaba la

³⁵⁵ El fragmento dice lo siguiente: *Aemilius Sura de annis populi Romani: "Assyrii principes omnium gentium rerum potiti sunt, deinde Medi, postea Persae, deinde Macedones; exinde duobus regibus Philippo et Antiocho, qui a Macedonibus oriundi erant, haud multo post Carthaginem subactam, devictis summa imperii ad populum Romanum pervenit. inter hoc tempus et initium regis Nini Assyriorum, qui princeps rerum potitus, intersunt anni MDCCCXCV.*" Emilio Sura, Sobre los años del pueblo romano: "Los asirios fueron los primeros que tuvieron poder sobre todos los pueblos; luego, los medas; después, los persas; luego los macedonios. A continuación, dos reyes, Filipo y Antíoco, que eran oriundos de Macedonia, no mucho después de que Cartago fuera subyugada. Una vez vencidos, el poder supremo pasó al pueblo romano. Entre este tiempo y el inicio del reinado del asirio Nino, que fue el primero en tener el poder, median 1995 años". *Cfr.* Velejo Patérculo, I, 6, 6.

importancia de todas las civilizaciones restantes (por ejemplo, la Grecia pre-alejandrina y el antiguo Egipto); y sostenía que la quinta monarquía sería muy superior a todas sus predecesoras y que duraría para siempre.

En lo sucesivo, la teoría de los cuatro imperios (y un quinto y definitivo), reaparece en varios autores durante varios siglos. Pueden citarse, por ejemplo, Dionisio de Halicarnaso (10 a. C.), Apiano (140 d. C.) y Claudiano (400 d. C.). También se refleja en la obra de los cronologistas que hacen coincidir la caída del imperio asirio con la fecha de la fundación de Roma, de manera que el acto de negarle una fecha precisa a este acontecimiento (como lo hace Apolodoro) también podría equivaler a la negación del papel de Roma como quinto imperio.

Por su parte, en Asia, entre el s. II y el I a. C., esta teoría adquiere un carácter antirromano, que es compartido también por los judíos y que se manifiesta en las profecías populares como el *Oráculo de Hitaspes* (segunda mitad del s. I a. C.) y los *Oráculos Sibílicos* (s. II a. C.). Esta versión hace de Roma la cuarta monarquía y espera la llegada de una quinta monarquía que vendrá de Oriente. Los escritores que exponían esta teoría no se molestaban en identificar las tres primeras monarquías, lo que demuestra que la teoría se había vuelto tradicional, y que la única monarquía que se consideraba importante era la cuarta.

Esta variante de la teoría fue tomada muy en serio por algunos personajes Romanos, y hay citas de ella en Horacio y Salustio. Augusto incluso ordenó que se quemaran más de 200 libros que hablaban sobre el asunto. Pompeyo Trogo, un historiador que no veía con buenos ojos el imperialismo romano, llegó a hacer de la teoría la base de su trabajo, que estaba dividido en la historia de cuatro grandes imperios: Asiria, Persia (con Grecia como subdivisión), Macedonia y Roma.³⁵⁶

³⁵⁶ He tomado la información sobre la teoría de los cinco imperios del artículo de Swain, pp. 1-21.

III. 3. 2 El antiimperialismo de Agatárquides

El probable contenido y organización de las obras agatarquídeas sobre Asia y Europa, que seguiría, como argumento, una sucesión de imperios, partiendo del asirio hasta la caída del macedonio, quizá puedan evidenciar la presencia de la teoría de los cinco imperios en Agatárquides, que en la obra *Sobre el Mar Eritreo* hace duras críticas que deben entenderse en un sentido antirromano y contrario a la política expansionista de los Tolomeos. En efecto, "aunque vivió en el ambiente egipcio, entre personajes políticamente influyentes, en un período histórico en el que el reino tolemaico debía a Roma su propia supervivencia, Agatárquides daba una valoración absolutamente negativa a la expansión romana, dirigida por el puro espíritu de conquista".³⁵⁷ Ello se debe a que, después de la destrucción de Cartago y de Corinto, la suerte de Egipto seguramente parecía bastante clara.³⁵⁸

La actitud crítica de Agatárquides parece estar determinada por la constatación del fracaso de la política tolemaica, que para sus tiempos ya daba claras muestras de la abdicación del mundo helenístico ante Roma. Hay que recordar que, hacia 155 a. C., época en la que Agatárquides todavía debía encontrarse en Alejandría, Tolomeo el Joven (Fiscon) llegó a redactar un testamento en que legaba su reino a Roma.³⁵⁹ Empero, esta situación no hizo que Agatárquides adoptara, ni mucho menos, una postura de defensa del reino tolemaico ante Roma sino que, muy por el contrario, incluso el reinado tolemaico le parecía nocivo para la humanidad que se veía sometida a él. Es necesario, pues, ver cómo manifestaba Agatárquides esta postura opuesta tanto al régimen de los Tolomeos cuanto a Roma.

³⁵⁷ Gabba, 1974, p. 638.

³⁵⁸ Cfr. Gozzoli, p. 78.

³⁵⁹ Cfr., sobre este asunto, Préaux.

Comenzaré por las minas,³⁶⁰ donde, dice Agatárquides, los más desafortunados se veían sometidos por la tiranía (y esta vez la palabra debe entenderse con toda la carga negativa que en ocasiones le atribuía el pensamiento griego) a la más cruel (τὴν πικροτάτην) esclavitud. Aquí es ilustrativo también el texto de Diodoro, que sostiene que "los reyes de Egipto, tras reunir a los condenados por algún crimen y a los cautivos de guerra, así como a los que han sido víctimas de calumnias injustas y han sido enviados a la cárcel por su capricho, los reúnen y los destinan unas veces solos y otras con toda su familia, a las minas de oro, vengándose de los condenados y, al mismo tiempo, obteniendo grandes ganancias de sus trabajos".³⁶¹ Este texto de Diodoro es más crudo y directo en su acusación a los Tolomeos que el de Focio, y debe notarse en él la mención de presos políticos entre los trabajadores forzados de las minas. El sufrimiento de estos hombres, dice la versión fociana, es tan intenso que no puede ser superado por ninguna otra desgracia, y todos ellos prefieren morir a llevar tal vida.

El trabajo en las minas está muy bien organizado por edades y géneros, de la manera siguiente:

— Los jóvenes fuertes van abriendo galerías que siguen el filón de oro entre el mármol, golpeando la piedra "no conforme su fuerza o capacidad (οὐ πρὸς τὴν ἰδίαν ἔξιυν τε καὶ δύναντων), sino bajo la mirada de un capataz (ἀλλὰ πρὸς ὀφθαλμὸν ἐπιστάτου) que nunca escatima en golpes" (§25). Esta afirmación contrasta visiblemente con la situación de los ictiófagos, que comen "no conforme una medida o un peso, sino según la voluntad y el gusto de cada cual" (οὐ πρὸς μέτρον καὶ σταθμὸν, ἀλλὰ πρὸς τὴν ἐκάστου βούλησιν καὶ χάριν) (§34), esto es, conforme la naturaleza, y no conforme alguna especie de *nomos*. Hay incluso cierta simetría gramatical entre ambas frases. Los mineros, sin embargo, no pueden

³⁶⁰ Las minas nubias eran los yacimientos auríferos más ricos del África hasta entonces conocida, y los Tolomeos mostraban mucho interés en ellos. *Cfr.* Gozzoli, p. 71.

³⁶¹ οἱ γὰρ βασιλεῖς τῆς Αἰγύπτου τοὺς ἐπὶ κακουργίᾳ καταδικασθέντας καὶ τοὺς κατὰ πόλεμον αἰχμαλωτισθέντας, ἐτι δὲ τοὺς ἀδίκους διαβολαῖς περιπεσόντας καὶ διὰ θυμῶν εἰς φυλακὰς παραδεδωμένους, ποτὲ μὲν αὐτούς, ποτὲ δὲ καὶ μετὰ πάσης συγγενείας, ἀθροίσαντες παραιδόασαι πρὸς τὴν τοῦ χρυσοῦ μεταλλείαν, ἅμα μὲν τιμωρίαν λαμβάνουτες παρὰ τῶν καταγνωσθέντων, ἅμα δὲ διὰ τῶν ἐργαζομένων μεγάλαν προσόδου λαμβάνουτες. *Cfr.* D.S., III, 12, 2-3.

comportarse como lo dicta su disposición natural, sino que se ven forzados, mediante la violencia, a hacer algo contrario a su naturaleza.

— Los niños pequeños penetran en las galerías y sacan la grava de los orificios.

— Los ancianos y los enfermos llevan esta grava a “los llamados martillos”.

— Los hombres de treinta años y los que parecen robustos muelen la grava hasta reducirla a partículas pequeñas.

— Las mujeres (recluidas, se aclara, junto con sus maridos y sus padres), se encargan de moler aún más lo que se les entrega, hasta la consistencia de la harina, y lo hacen “tan desfiguradamente vestidas, que ocultan sólo sus vergüenzas”. Hay que observar que, al igual que en el caso anterior, hay un contraste visible entre la situación de los pueblos salvajes y la de los mineros. Aquí la desnudez (o el escaso y precario vestido), se ve como algo lastimoso, al tiempo que entre los pueblos salvajes es totalmente natural, y no merece mayores comentarios. La desnudez de los hombres libres obedece a la naturaleza; la de los esclavos mineros se debe a la imposición de un género de vida antinatural.

— Las mujeres entregan el polvo a los “selangeos”. La palabra *σηλαγγεῖς* es un *hapax* agatarquídeo que designa a unos trabajadores que, mediante lavados, separan el oro del mármol. Finalmente, los fundidores reciben el polvo de oro y lo derriten.

La esclavitud en las minas, como puede verse, afecta a niños, mujeres, ancianos, enfermos y hombres de todas las edades. Agatárquides hace énfasis en el sufrimiento de estas personas. La descripción del trabajo en las minas cierra con una reflexión sobre el uso del oro, donde se aclara que su producción es penosa, y exige una vigilancia arriesgada y un gran esfuerzo, y que el uso de ese metal precioso está “entre el placer y el sufrimiento” (*τὴν χρῆσιν ἡδονῆς καὶ λύπης ἀνὰ μέσον κειμένην*).³⁶² En otras palabras, quien engalana su figura con joyas de oro debería estar consciente del enorme sufrimiento que acarreó la recolección del metal con que se adorna. El uso del oro es lo que los epicúreos denominarían

³⁶² Cfr. Agatharch., §29.

un placer innatural e innecesario; en consecuencia, la muerte y el sufrimiento de los esclavos no tienen sentido. Se trata de vidas sacrificadas por un motivo vano.

El proceso de obtención del oro parece ser, en sí mismo, una violación a la naturaleza.³⁶³ Compárense la construcción de intrincados laberintos subterráneos que se extienden hasta el mar³⁶⁴ con la simple obtención del oro por parte de los aileos y casandres que no tienen más que tomarlo del piso, como obsequio de la naturaleza, y que, por considerarlo inútil, lo valoran poco.

La descripción agatárquidea de la explotación de los mineros en los veneros auríferos de Nubia tiene correspondiente en un fragmento muy similar de Posidonio (el 117 de la edición de Jacoby), quien describe las terribles condiciones de trabajo de los mineros en Hispania. De acuerdo con Urías Martínez, la fuente más probable de dicho texto es Agatárquides. El estudioso considera que

la descripción que hace aquí el alejandrino de los sufrimientos de los trabajadores esclavos puede ser explicada como una especie de "aviso" de Agatárquides hacia el poder tolemaico, con el que se encontraba en estrecha conexión: las malas condiciones de vida de los trabajadores esclavos pueden producir una revuelta en las minas, algo para nada infrecuente (...). Un conflicto de estas características podría suponer la interrupción del importante flujo de oro de esas minas, hecho que supondría un innegable trastorno para la economía Lágida del momento, que se apoya en el oro para los proyectos expansivos y regenerativos de Tolomeo VI.³⁶⁵

Hay que considerar, sin embargo, que lo más probable es que el tratado *Sobre el Mar Eritreo* haya terminado de escribirse cuando el cnidio, siendo ya un anciano, se encontraba fuera de Egipto, de donde no salió en buenos términos, sino forzado por ciertas ἀποστάσεις. A pesar de la incertidumbre que hay en torno a dichas revueltas, es evidente que Agatárquides no estaba en buenas relaciones con la corte egipcia de entonces (muy probablemente la de Tolomeo VIII Fiscon). También debe tenerse en cuenta que, en este

³⁶³ Según la opinión de Strassburger, la minería podría ser una especie de profanación a la naturaleza forzada por los soberanos: la profanación de los elementos naturales, entendida como el primer paso de la civilización, acarrea un destino trágico a muchos hombres (Cfr. Gozzoli, p. 72).

³⁶⁴ Cfr. Agatharch., §29.

³⁶⁵ Cfr. Urías Martínez, "Acercas de los textos...", p. 298.

punto, el cnidio critica directamente a los reyes, que condenan por capricho (διὰ θυμῶν) a algunas personas.

La actitud antitolemaica de Agatárquides no sólo se refleja en su recuento de la minería del Wadi Allaqi, sino también en la descripción de la búsqueda de topacios en una isla que se suele identificar con la actual Gazirat Zabarjad. Esta isla, también llamada Ofiodes (Diod. III, 39, 3-9) porque antes contenía gran cantidad de serpientes, fue civilizada por los Tolomeos con una intención muy específica. Citaré aquí la versión de Diodoro, que es más detallada aún que la de Focio (§82):

Al que recorre estos sitios le queda a cierta distancia una isla marina de unos ochenta estadios de extensión, llamada Ofiodes. En tiempos antiguos se hallaba repleta de todo tipo de temibles reptiles, a los que les debe el nombre, pero luego los reyes de Alejandría pusieron tal afán en volverla habitable, que ya no se ve en ella ninguno de los animales que antes había.

Sin embargo, no debemos dejar de lado la causa de este empeño en hacerla habitable, pues en esta isla se encuentra el llamado topacio, que es una agradable piedra transparente semejante al cristal, con un admirable aspecto dorado. Precisamente por eso, la isla se mantiene inaccesible para todos los demás, y todo aquel que navega hacia allí es asesinado por los guardianes que han sido conducidos a ella. Estos guardianes, escasos en número, llevan una vida infortunada. Para que las piedras no sean robadas, no se deja ninguna embarcación en la isla. Los que navegan por los alrededores, por temor al rey, pasan de largo a lo lejos. Los alimentos transportados hacia allí se agotan pronto, y la región no produce otros, de manera que cuando quedan pocos víveres, todos se sientan junto a la aldea esperando el arribo de los que trasportan los alimentos; y al tardarse éstos, aquellos pierden hasta sus últimas esperanzas. La antedicha piedra, que se produce en las rocas, no puede verse durante el día a causa del calor sofocante, opacada por el resplandor del sol; pero al comenzar la noche, resplandece en las tinieblas, y se ve desde lejos en dondequiera que esté. Los guardianes de la isla, saliendo a la zona que se les ha designado, exploran el lugar y ponen, como señal, en torno a la piedra que ven, un vaso con un tamaño equivalente al de la piedra que brilla. Luego, durante el día, deambulan, cortan la parte de la roca señalada y la entregan a los que, por su técnica, pueden pulir adecuadamente lo que se les entrega.³⁶⁶

El mensaje de este párrafo parece insinuar que la avaricia del gobierno tolemaico tiene efectos perniciosos sobre estos hombres, que viven en condición de prisioneros y castigados por el hambre para obtener un material que, al igual que el oro, sólo es útil desde un punto de vista innatural e innecesario, y únicamente sirve para satisfacer la vanidad a costa de la vida miserable de los hombres.

³⁶⁶ D.S., III, 39, 4-9.

Inmediatamente después de esta descripción, el texto de Agatárquides describe las penalidades que sufren los hombres encargados de embarcar los elefantes para su transporte hacia los establos tolemaicos. Dado que la versión de Focio (§83) es más escueta, vale la pena citar aquí la de Diodoro. Muy al sur de Sudán:

El continente parece bajo, dado que no sobresale ninguna elevación; el mar no tiene una profundidad mayor a las tres brazas y su superficie es completamente verde. Dicen que esto sucede, no porque esa sea la naturaleza de las aguas, sino por la cantidad de algas y ovas que se transparenta a través del líquido. Este sitio es apropiado para las naves de remos, dado que no tiene olas demasiado grandes, y presenta una pesca muy abundante. Pero aquellas naves que transportan elefantes, como son profundas debido a su carga y pesadas por su equipamiento, acarrear grandes y terribles peligros a quienes navegan en ellas. Como corren con el impulso de las velas, muchas veces se ven empujadas por la fuerza de los vientos durante la noche, y ora naufragan al estrellarse contra las rocas, ora encallan en istmos lodosos. Los marineros no pueden desembarcar, porque la profundidad del mar supera la estatura de un hombre, y cuando no logran salvar la nave mediante las pértigas, arrojan todo al mar, excepto la comida. Y si ni siquiera de esta manera encuentran una salida, caen en una situación mucho más apurada, porque tampoco se observan naves cercanas. Esos sitios son sumamente inhóspitos, y pocos hombres los atraviesan transportados por barcos. Además de estas desgracias, en poco tiempo el oleaje arroja y acumula contra el cuerpo de la nave tal cantidad de arena, que se forma un montón alrededor de ese sitio, y el casco queda unido al continente como si fuera a propósito.

Los que caen en este infortunio primero se lamentan poco ante la desolación, porque no pierden del todo la esperanza de salvarse al final, pues muchas veces el movimiento de la marea, al presentarse, los saca a flote y salva a los que corren un peligro extremo, como si se estuviera presentando una divinidad. Cuando esta ayuda divina no llega y el alimento les falta, los fuertes arrojan al mar a los más débiles, para que los víveres restantes duren más días. Pero finalmente, perdiendo toda esperanza mueren mucho peor que los que perecieron antes que ellos: unos en poco tiempo entregan su alma a la naturaleza, que se las dio; otros llegan al desenlace de su vida postergando la muerte con mucho sufrimiento y experimentando un infortunio prolongado. Y estas naves, miserablemente privadas de pasajeros, permanecen durante mucho tiempo como una especie de cenotafios, rodeadas de arena por todas partes, y con los mástiles y las antenas sobresalientes mueven a los que las observan al lamento y a la compasión por quienes perecieron. Pues el rey ha ordenado que estas desgracias indiquen claramente a quienes navegan los sitios que provocan la perdición".³⁶⁷

A lo largo de este pasaje resulta patente la violación a la naturaleza que representa esta intrusión de barcas absolutamente inapropiadas para las características del paraje por orden real. Recordemos que bajo el mandato de estos reyes se buscaba a los paquidermos cada vez

³⁶⁷ *Idem*, III, 40.

más al sur y se les embarcaba para llevarlos al norte, hacia los establos de Menfis. Éstas son las consecuencias de esa empresa.

Finalmente, el fragmento 79 de la versión de Diodoro narra la caza de una serpiente gigantesca, emprendida por unos cazadores que deseaban obtener una recompensa de Tolomeo Filadelfo, monarca aficionado a coleccionar animales extraños. Aunque finalmente lograron su cometido, y fueron ampliamente obsequiados por el rey, sufrieron varias bajas violentas. Agatárquides no parece oponerse a la caza cuando ésta obedece a razones naturales, pero el simple deseo de poseer animales extraños (en términos epicúreos, un deseo innatural e innecesario) no parece justificar la muerte.

Lo que da más fuerza a estos fragmentos agatarquídeos es el hecho de que son casi los únicos donde se habla de los Tolomeos. Esto es, en cuanto los Tolomeos (en otras palabras, la civilización) impulsados por ambiciones que serían inaceptables para cualquier cínico o epicúreo, se expanden hacia regiones que antes gozaban de un equilibrio natural, no deben esperarse consecuencias positivas. Así, los nabateos, al entrar en contacto con la civilización, se volvieron piratas.³⁶⁸

Las alusiones al expansionismo romano son claras en el fragmento 102, que habla de los pueblos árabes, libres tan sólo por estar lejos "de aquellos que vuelven sus fuerzas contra todas partes" (τῶν ἐπὶ πάντα τόπον τὰς δυνάμεις στρεφόντων), haciéndose dueños de las conquistas ajenas. Estas aseveraciones parecen naturales en un hombre inmerso en una cultura helena que en esos momentos se escandalizaba ante las últimas empresas romanas, pues éstas excedían en crueldad a cualquier hazaña griega.

La parénesis que ocupa los fragmentos 11-18 de *Sobre el Mar Eritreo* también puede relacionarse con una postura antirromana. Probablemente, Agatárquides deja ver su posición política a través de las palabras de Aristómenes, consejero de Tolomeo IV. Este sabio se había mostrado favorable a una alianza entre Tolomeo y Antíoco en el conflicto entre este

³⁶⁸ Cfr. Agatharch., §89 según la versión de D.S., III, 43.

último y Roma, pero su pupilo terminó apoyando a los romanos, aconsejado por Policrates.³⁶⁹ En caso de que la figura del tutor Aristómenes tuviera realmente rasgos antirromanos e intentara disuadir a Tolomeo de la caza de elefantes al aconsejarle prudencia y moderación en sus acciones, no sería posible dudar que esta pieza formara originalmente parte del tratado, y que, en su momento, cumpliera dentro del mismo una importante función estratégica. Sin embargo, es difícil afirmar esto con seguridad por falta de datos fiables.

Aunque muchos historiadores celebraban la expansión del conocimiento del mundo resultante de las conquistas de Alejandro y sus sucesores, pocos estuvieron conscientes, como Agatárquides, de que debía pagarse un precio por este conocimiento, y de que este precio era pagado por los débiles. La natural sencillez de los pueblos que vivían en estado de naturaleza, dedicados a la satisfacción de sus necesidades básicas, sólo podía ser corrompida por el contacto con los hombres civilizados y su tráfico de lujos.³⁷⁰ Sin embargo, al decir de Burstein, no son los nativos los que se ganan la simpatía de Agatárquides, sino el sufrimiento de los pequeños hombres, barridos del esquema de los Tolomeos, cuyas vidas se ven arruinadas por éstos: los mineros, los cazadores de fieras exóticas, los buscadores de topacio y los marineros que transportaban elefantes.³⁷¹

Así, pesimista ante el panorama que le presentaba el centro, Agatárquides se refugia en unos confines cargados con varios de los más importantes valores de las filosofías helenísticas que pudo escuchar en su Alejandría del siglo II a. C.

³⁶⁹ Cfr. Gozzoli, p. 70.

³⁷⁰ Cfr. Burstein, pp. 28-29.

³⁷¹ Cfr. *ibidem*.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido reflexionar sobre los pasajes etnográficos de la obra agatarquídea *Sobre el Mar Eritreo*. He aquí los resultados de esas reflexiones.

La descripción de los africanos es poco apegada a la visión tradicional griega de los confines, aunque no deja de presentar ciertos rasgos que pueden relacionarse con ella. Algunos pueblos africanos son muy semejantes a las bestias, o gozan de vidas más largas que las de los demás hombres; sobre todo, llevan una vida pacífica y tranquila que parece como un refugio si se le compara con las miserias que sufren otros seres humanos, en especial los que están sometidos a algún gobierno despótico, como el de los Tolomeos. El autor pretende dar una imagen verosímil de estos pueblos salvajes. Cuando describe a los habitantes de Arabia, en cambio, se apega a la tradición: los árabes viven en medio de lujos desmesurados y no se distinguen demasiado, en la visión agatarquídea, de visiones anteriores que se remontan a Heródoto. Agatárquides proyecta sobre ellos ciertos lugares comunes vinculados con la imagen de los confines, tales como la ley de las compensaciones.

Al describir a los grupos humanos, Agatárquides hace énfasis en la integración de los hombres al medio ambiente en que viven. Ello está vinculado, en gran medida, con el ideal de vivir conforme a la naturaleza, propio de las filosofías helenísticas.

Desde mi actual punto de vista, es imposible adscribir a Agatárquides a alguna escuela filosófica determinada. Pertenecer a todas y a ninguna. Repasaré brevemente los puntos observados a lo largo de las páginas anteriores. Ciertos valores manifiestos en sus descripciones no pertenecen exclusivamente a una escuela, sino que son compartidos por varias de ellas; por ejemplo, la ataraxia que muestran los ictiófagos y los trogloditas ante la

muerte de los miembros de la comunidad; la apatía de los ictiófagos ante la violencia; la autarquía que se refleja en la reducción de las necesidades y la especialización del consumo, en el caso de los pueblos africanos. Aquí, la vida en estado de naturaleza se vincula más con el cinismo, dado que no se trata de una vida siempre ni necesariamente placentera, sino de una existencia que prepara a los seres humanos para las peores eventualidades.

Se notan algunos rasgos que pueden remitirse a la corriente filosófica del epicureísmo; por ejemplo, la división de los deseos en a) naturales y necesarios, b) naturales e innecesarios y c) ni naturales ni necesarios, así como la valoración de una actitud despreocupada ante lo desconocido y las connotaciones negativas de la *doxa*. Sin embargo, es imposible afirmar que el autor sea un filósofo epicúreo, pues su descripción de estos pueblos radicalmente distintos al suyo propio va más acorde con el humanismo estoico que con el etnocentrismo de los filósofos del jardín. Por otro lado, su aceptación del suicidio es incompatible con los postulados de Epicuro y sus seguidores.

Son más los rasgos que acercan a Agatárquides al cinismo, si bien tampoco es posible afirmar que se trata de un autor que pertenece a esta corriente filosófica. La indiferencia ante las cosas exteriores, la comunidad de mujeres, la libertad ante convenciones como el matrimonio y los ritos funerarios son propios del cinismo, así como el cosmopolitismo y la valoración de la vida salvaje ante la civilizada. La semejanza entre los hombres y las bestias en cuanto a su vivienda, modo de alimentación, sencillez de vida, salud, desnudez y desconocimiento del fuego, sólo es valorada por el cinismo, que considera la pobreza como un imperativo. Sin embargo, todo buen cínico tenía que aplicar una rigurosa ascesis a lo largo de su vida; no consta que Agatárquides haya vivido así y, mucho menos, que sus bárbaros salvajes, cazadores, pescadores y recolectores, vivieran de esa manera por un acto de conciencia.

Agatárquides puede coincidir un poco con el estoicismo en aquellos puntos en que coincide con el cinismo, su antecedente; sin embargo, no es estoico porque rechaza el enriquecimiento y no parece valorar demasiado la participación en la política.

Finalmente, también son escasos sus vínculos con el peripatetismo. En este sentido, debe tomarse en cuenta su estrecha relación con Heráclides Lembo, su adscripción a la corriente de la historiografía dramática, su actitud contraria al asianismo, su vínculo con las ideas evolucionistas de Dicearco, su creencia en la eternidad de las especies animales; su probable distinción entre economía y crematística, y su preferencia por la primera.

En mi opinión, el autor utiliza todo este cuadro de valores filosóficos, tomados de aquí y de allá, para protestar contra la política de sus tiempos, caracterizada por acciones sumamente violentas, tales como las sangrientas destrucciones de Corinto y de Cartago, por parte de los romanos, o las políticas opresivas y explotadoras de los Tolomeos. En otras palabras, Agatárquides parece recurrir a la etnografía para contraponer un género de vida natural a otro "antinatural" lo que le sirve de base para hacer una crítica a la política de las potencias de su época.

El antiimperialismo de Agatárquides puede reflejarse en una concepción antirromana de la teoría de las cinco monarquías, pero es evidente en la descripción de las consecuencias que acarrea el sometimiento a los imperios: grandes cargas de sufrimiento humano que van contra toda naturaleza. La vida sometida a los imperios, sobre todo la de aquellos que son víctimas del poder absoluto y desmedido, contrasta visiblemente con la vida salvaje que sigue la senda marcada por la naturaleza. Así, los mineros, los buscadores de topacios, los hombres que transportan por mar a los elefantes y los cazadores que intentan complacer a los Tolomeos en su interés por las fieras exóticas no sólo arriesgan su vida, sino que, con frecuencia, la pierden en función de deseos que, para expresarlo en términos epicúreos, no son ni necesarios ni naturales.

En su texto histórico, Agatárquides reflejó la inconformidad propia de un intelectual que probablemente llegó a saber de la desastrosa caída de Rodas, y, luego, en su vejez, fue expulsado de Alejandría debido a las implacables luchas intestinas de la corte lágida. A lo largo de toda su vida, Agatárquides asistió a la capitulación de las otrora poderosas monarquías helenísticas y a la expansión romana, que asombraba, por sus niveles de violencia, a gran parte de los griegos. Así, en sus últimos días, probablemente refugiado en Atenas, Agatárquides decidió dejar inacabada su última obra. Una obra donde, firmemente opuesto a la explotación, a la opresión y a la violencia perpetrada en nombre de ambiciones contrarias a la naturaleza, critica amargamente, mediante descripciones dramáticas, las políticas romanas y tolemaicas, y se refugia en unos confines de localización incierta, donde viven hombres muy distintos entre sí, pero con una misma característica: están alejados de todos los males del “centro” desde el cual el escritor observaba el mundo.

El principal valor del tratado *Sobre el Mar Eritreo* no reside sólo en el hecho de ser un testimonio del antiimperialismo del siglo II a. C., sino precisamente en su curioso eclecticismo filosófico. Agatárquides era una especie de intelectual periférico, en el sentido de que comenzó su carrera como escriba de intelectuales de más renombre que él, y nunca se adscribió claramente a una escuela en especial. Debía haber escuchado múltiples discusiones y leído varios textos de distintas filosofías, al desempeñar sus funciones de escriba y lector. ¿Por qué no pensar que muchos otros intelectuales menores o simples habitantes de Alejandría estaban en una situación como la suya en una época y en una ciudad en donde la filosofía flotaba por los aires? Sin una formación rigurosa y dirigida, Agatárquides, y muchos otros como él, debieron tomar de aquí y de allá valores de muchas corrientes filosóficas, sin pensar demasiado en su compatibilidad o en su procedencia. Así, Agatárquides, intelectual periférico, proyectó hacia la periferia de la ecumene un coctel de valores filosóficos, lo que lo convierte en un ejemplo único de una situación y un modo de

pensar que debió ser común a la mayoría de los mortales más o menos ilustrados de su tiempo.

No es raro que los estudiosos de la Antigüedad se limiten a explorar los esquemas filosóficos claros y bien contruidos, y a traducir y analizar los textos de aquellos pensadores que se adscribieron en cuerpo y alma a ellos. Al hacerlo, con frecuencia se olvida que, en torno a estas mentes insignes, había otras muchas que eran menos rigurosas y quizá también menos geniales, pero, justamente por eso, más elocuentes en cuanto al bullicioso ambiente cultural del helenismo.

Bibliografía

Ediciones y traducciones modernas de *Sobre el Mar Eritreo*

- AGATHARCHIDES OF CNIDUS, *On the Erytraean Sea*, ed. Stanley Burstein, London The Hakluyt Soc., 1989, 202 p.
- MÜLLER, Karl (ed.), *Geographi Graeci Minores*, Hildesheim, G. Olms, 1855, v. 1, pp. LIV-LXXIII, 111-195.
- GARCÍA MORENO, Luis A. y F. Javier GÓMEZ ESPELOSÍN (ed. y trad.), *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, Alianza, 1996, 514 p.

Obras clásicas

- AESCHYLUS, *Prometheus Bound*, trad. Herbert Weir Smyth, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1952, vol. I, 425 p.
- ARISTOPHANES, *The Birds*, trad. Benjamin Bickley Rogers, London, Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1924, vol. II, 442 p.
- ARISTÓTELES, "Acerca de la longevidad y de la brevedad de la vida", en *Tratados breves de historia natural*, trad. intr. y notas Alberto Bernabé Pajares, Madrid, Gredos, 1987, pp. 305-316.
- ARISTÓTELES, *Política*, trad. Antonio Gomez Robledo, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana) 2000, 2ª ed, 250+XLVII p.
- ARISTOTLE, *Generation of Animals*, trad. A. L. Peck, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1963, 607 p.
- ARISTOTLE, *Historia Animalium*, trad. A. L. Peck, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1965, vol. I.

- ARISTOTLE, *Problems*, trad. A. L. Peck, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1963, vol I, 461 p.
- ARRIANO, Flavio, *Obras completas*, trad. Rafael Ramírez Torres, México, Jus, 1964, pp 361-414.
- CICERO, *De Officiis*, trad. Walter Miller, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1913, 423 p.
- DIODORUS OF SICILY, *The Library of History*, trad. C. H. Oldfather, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1967, vol. II, 539 p.
- DIÓGENES LAERTIUS, *Lives of eminent philosophers*, trad. R. D. Hicks, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1965, vol. II, pp. 2-109.
- EURIPIDES, *Bacchanals*, trad. Arthur S. Way, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1912, vol. III, 599 p.
- Die Fragmente der griechischen Historiker*, ed. Felix JACOBY, Brill, Leiden, 1968, A II, pp. 205-222.
- HELIODORO, *Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea*, trad., intr y notas por Emilio Crespo Güemes, Madrid, Gredos, 1979, 476 p .
- HERÓDOTO, *Historias*, trad. Demetrio Frangos, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nuestros clásicos), 1982 (II vols.: 324 y 323 p.).
- HERODOTUS, trad. A. D. Godley, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1928 (IV vols.: 503, 415, 568 y 399 p.).
- HIPÓCRATES, "Sobre los aires, aguas y lugares", en *Tratados hipocráticos II*, trad., intr y notas por J. A. López Férez, Madrid, Gredos, 1986, pp. 9-88.
- HIPPOCRATES, "Airs, Wathers, Places", trad. WHS Jones, Harvard University Press (Loeb Classical Library), vol. I, Cambridge, 1923, pp 65-137.
- HOMERO, *Iliada*, trad. Haroldo de Campos, São Paulo, Editora Mandarim, 2002 (II vols: 481 y 487 p.).
- HOMERO, *Odisea*, Ed. Thomas W. Allen, Oxford, Oxford University Press (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), 1917, 2ª ed. (II vols.: 228 y 224 p).
- LUCIANO, *Relatos verídicos*, trad. y notas: José Luis Navarro González y Andrés Espinosa Alarcón, Barcelona, Planeta DeAgostini 1998, 259 p.

- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. (intr. y trad.), *Paradoxógrafos griegos: rarezas y maravillas*, Madrid, Gredos, 1996, 371 p.
- PHOTIUS, *Bibliothèque*, trad. Jacques Schamp, Paris, Belles Lettres, vol III, 1991.
- PLATO, *Laws*, trad. R. G. Bury, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1926, vol. I., 501 p.
- PLATÓN, *Cratilo*, trad. Ute Schmidt Osmanczik, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1988, 90+CXLVII p.
- PLATÓN, *Protágoras*, trad. Ute Schmidt Osmanczik, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1994, 67+XLIX p.
- PLINY, *Natural History*, trad. H. Rackham, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), vol. II, 1942.
- PLUTARCH, *Lives*, trad. Bernadotte Perrin, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1914, vol. I, p. 3-87.
- POLIBIO, *Historias*, trad. y notàs de Manuel Balasch Recort, Madrid, Gredos, 1981, 538 p.
- POLYBIUS, *The Histories*, trad. W. R. Paton, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), (VI vols.), 1927.
- STRABO, *The Geography of Strabo*, trad. Horace Leonard Jones, Cambridge (Mass.), Harvard University Press (Loeb Classical Library), 1930, vol. VII, 510 p.
- THUCYDIDIS, *Historiae*, Ed. Heinrich Stuart Jones, Oxford, Oxford University Press, (Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis), vol. I, 134 p.
- VARRÓN, *De las cosas del campo*, trad. Domingo Tirado Benedí, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 1992, 166+LXXXIV p.
- VELEIUS PATERCULUS, *Histoire Romaine*, trad. y ed. P. Hainsselin et H. Watelet, Paris, Librairie Garnier Frères, 1932, 602 p.

Estudios

- ABRAMO, Marcelo, *El principio, el fin y el medio. La ritualidad entre los otomies del sur de Querétaro*, México, ENAH (tesis doctoral), 2000, pp.126-130
- BAROJA, Caro, *La aurora del pensamiento antropológico : La antropología en los clásicos griegos y latinos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1991, 236 p.
- BELL, Idris H., *Egipto desde Alejandro magno hasta la época bizantina*, Barcelona, Ediciones Garriga, S.A., s.f., 114 p.
- BERMEJO BARRERA, José Carlos, "Sobre las dimensiones significativas del espacio", en: PÉREZ JIMÉNEZ, Aurelio, y Gonzalo CRUZ ANDREOTTI, *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Clásicas, X + 257 p.
- BUCKLER, J., "On Agatharchides Fr. Gr. Hist. 86 F8", en: *Classical Quarterly*, XXVII, 1977, pp. 333-334.
- BURSTEIN, Stanley, *cf. supra*, AGATHARCHIDES OF CNIDUS, *On the Erythraean Sea*.
- DIHLE, Albrecht, *Antike und Orient (Gesammelte Aufsätze)* Heidelberg, Carl Winter-Universitätsverlag, 1984.
- GABBA, E., "Storiografia greca e imperialismo romano (III-I sec. a. C.)", en: *Revista Storica Italiana*, LXXXVI, 1974, pp. 625-642.
- GABBA, E., "Aspetti culturali dell'imperialismo romano", en *Athenaeum*, 65, 1977, pp. 68-70.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *Epicuro: la génesis de una moral utilitaria*, Barral, Barcelona, 1974, pp. 86-161.
- GLANTZ, Margo, *Borriones y borradores: reflexiones sobre el ejercicio de la escritura (ensayos de literatura colonial, de Bernal Díaz del Castillo a Sor Juana)*, México, UNAM, Ediciones del Equilibrista, 1992, 247 p.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. Javier, *Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, 1994, 384 p.
- GONZÁLEZ PONCE, Francisco J. "El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica", en: PÉREZ JIMÉNEZ, Aurelio, y Gonzalo CRUZ

- ANDREOTTI, *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Clásicas, X + 257 p.
- GOZZOLI, S., "Etnografía e politica in Agatarchide", en: *Athenaeum*, LVI, 1978, pp. 54-79.
- GREKOU, Zadi, "L'image grecque du monde Négro-Africain: observations lexicales et littéraires", en: *Faventia*, 1996, 18, pp. 57-74.
- GRIMAL, Pierre (comp.) *El mundo mediterráneo en la edad antigua II. El helenismo y el auge de Roma*, México, Siglo XXI (Historia universal Siglo XXI), 2002, 17ª ed., 381 p.
- HADOT, Pierre, *Qu'est-ce que la philosophie antique?*, France, Gallimard (Folio essais, 280), 1995, 461 p.
- HARTOG, François, *Memoria de Ulises: relatos de frontera en la antigua Grecia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, 295 p.
- JANNI, Pietro, "Los límites del mundo entre el mito y la realidad. Evolución de una imagen", en: PÉREZ JIMÉNEZ, Aurelio, y Gonzalo CRUZ ANDREOTTI, *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Clásicas, X + 257 p.
- LACY, Ricardo Martínez, *Rebeliones populares en la Grecia Helenística*, México, UNAM (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 38), 1995, p. 272.
- LINAGE CONDE, Antonio, "Entre la geografía real y la fantástica: 'última Thule' en las letras griegas y latinas", en: *Helmantica*, 1988, 39 (2), pp. 297-310.
- LONGO, O., "I mangiatori di pesci. Regime alimentare e quadro culturale", en: *Materiali e Discussioni per l'analisi dei testi classici*, XVIII, 1987, pp. 9-55.
- MARASCO, G., "Nuove testimonie sul regno di Agide IV", en: *Prometheus*, VII, 1981, pp. 35-42.
- MAZZUCHI, Carlo Maria, "Fozio (Biblioteca, codd. 213, 350), Longino e la critica ellenistica", en: *Aevum antiquum*, 1997, 10, pp. 247-266.
- MERKER, Irwin L., "Diodoros Siculus and Hieronymus of Cardia", en: *The Ancient History Bulletin* II, 1988, pp. 90-93.
- MOSTERÍN, Jesús, *Historia de la filosofía* (vol. 5: El pensamiento clásico tardío), Madrid, Alianza Editorial, 1985, 292 p.
- PÉREZ JIMÉNEZ, Aurelio, y Gonzalo CRUZ ANDREOTTI, *Los límites de la tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, Clásicas, X + 257 p.

- PREAUX., "A propos du testament de Ptolémée le Jeune trouvé a Cyrène", en: *Chronique d'Égypte*, 1933, pp 154-158.
- PRONTERA, Francesco, *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia en la Grecia antigua*, Málaga, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, 2003, 161 p.
- REYNOLDS, Leighton, D. y Nigel G. WILSON, *Copistas y filólogos: las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, tr. Manuel Sánchez Mariana, Madrid, Gredos, 1995, pp. 7-80.
- SÁNCHEZ LEÓN, María L., "En torno a la transmisión de la obra de Agatárquides", en: *Hispania Antiqua, Revista de historia antigua*, XI-XII, 1981-1985, pp. 183-195.
- SLOTERDIJK, Peter, *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Siruela, 2003, pp 175-188, 247-275.
- SWAIN, J. W., "The theory of the four Monarchies: Oposition history under the Roman Empire", en *Classical Philology*, 35, 1940, pp. 1-21.
- TODOROV, Tzvetan, *La conquista de América, el problema del otro*, México, Siglo XXI, 2001, 24ª ed., 277 p.
- URÍAS MARTÍNEZ, Rafael, "Acerca de los textos de Diod. V. 35-38 (=Posidonio F117) y Agatárquides, Sobre el Mar Rojo núms. 22-28", en: *Veleia*, 10, 1993, pp. 297-299.
- URÍAS MARTÍNEZ, Rafael, "La historia a través del mundo: Agatárquides de Cnido y la "nueva historia" de Posidonio", en: *Habis*, 24, 1993, pp. 57-67.
- VERDIN, Herman, "Agatharchide de Cnide et les fictions des poètes", en: VERDIN, Herman, Guido SCHEPENS & Els KEYSER (eds.), *Purposes of history: studies in Greek historiography from the 4th to the 2nd centuries B. C.: proceedings of the International Colloquium Leuven, 24-26 May 1988*, Studia Hellenistica, 30, 1990, pp. 1-15.
- VIDAL-NAQUET, Pierre, "Land and Sacrifice in the Odyssey, a study of religious and mythical meanings", en *Reading the Odyssey: Selected Interpretive Essays*, ed. Seth L. Shein, New Jersey, Princeton University Press, 1996, pp. 33-53.

Manuales, gramáticas y diccionarios

- BLÁZQUEZ, José María, et al., *Historia de Grecia antigua*, Madrid, Cátedra, 1989, pp.789-1092.

CAPELLE, Wilhem, *Historia de la filosofía griega*, trad. Emilio Lledo, Madrid, Gredos, 1958, pp. 301-587.

Historia Oxford del mundo clásico, John BOARDMAN, Jasper GRIFFIN y Oswyn MURRAY [eds.]; trad al español por Federico ZARAGOZA ALBERICH, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 353-429.

LESKY, Albin, *Historia de la literatura griega*, trad. José M^a Díaz Regañón y Beatriz Romero, Madrid, Gredos, 1969.

LIDDELL, George and SCOTT, Robert (comp.) *A greek-english lexicon*, Oxford. Oxford Clarendon Press, 1994, 2042 p.

MEYER, Thomas y Herman STEINTHAL, *Vocabulario fundamental y constructivo del griego*, trad. Pedro C. Tapia Zúñiga, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1993, 279 p.

PABÓN S. DE URBINA, José M., *Diccionario Manual Griego-Español*, Barcelona, VOX, 1999, 18^a ed., 711 p.

PAULY, AUGUST FRIEDRICH VON, *Paulys Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft : neue Bearbeitung unter mitwirkung Zahlreicher fachgenossen*, Munchen, Druckenmuller, 1980.

PLANQUE, et al., *Gramática griega*, trad. Antonio Planas, Barcelona, Textos Palestra, 1949, 272 p.

TAPIA ZÚÑIGA, Pedro, *Lecturas áticas: introducción a la filología griega*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, (4 vols.) vol. I, 1994; vol. II, 1997, vols. III y IV, 2004.

Otras obras literarias

CABEZA DE VACA, Álvar Núñez, *Nafragios y Comentarios*, México, Porrúa, 1988. XLIII + 209 pp.

VESPUCCI, Amerigo, *Cartas de viaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, 102 pp.